







PONTIFICIA COMMISSIO PRO AMERICA LATINA

*Reunión Plenaria*

Ciudad del Vaticano, 18-21 de enero de 2005

*Reunião Plenária*

Cidade do Vaticano, 18-21 de janeiro de 2005

# ACTAS

**La Misa dominical,  
centro de la vida cristiana en América Latina**

# ATAS

**A Missa dominical, centro da vida cristã  
na América Latina**

LIBRERIA EDITRICE VATICANA  
2005

*Pontificia Comisión para América Latina*

Oficinas:

Palazzo San Paolo  
Via della Conciliazione, 1  
I-00193 Roma

Dirección Postal  
Pontificia Comisión para América Latina  
V-00120 Città del Vaticano  
Tel.: + [39-06]-698 83131  
Fax: + [39-06]-698 84260  
[pcal@latinamer.va](mailto:pcal@latinamer.va)

© Copyright 2005 - Libreria Editrice Vaticana  
00120 Città del Vaticano  
Tel. 06.6988.5003 - Fax 06.6988.4716

ISBN 88-209-7715-x

[www.libreriaeditricevaticana.com](http://www.libreriaeditricevaticana.com)

## PRESENTACIÓN

El presente libro contiene las *Actas* de la *Reunión Plenaria* de la *Pontificia Comisión para América Latina* realizada en la Ciudad del Vaticano los días 18-21 de enero del año 2005.

Dicha Reunión Plenaria tuvo como tema «*La Misa dominical, centro de la vida cristiana en América Latina*» reflejando con ello el interés por promover una participación más activa y numerosa en la celebración eucarística dominical, y darle así mayor vitalidad al compromiso cristiano de los fieles.

El Papa Juan Pablo II, en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, ha invitado a todos los fieles a tomar con empeño y fidelidad el compromiso de la participación en la Santa Misa Dominical: es uno de los primeros objetivos en el inicio del Tercer milenio. En esta perspectiva, el Papa pide (n. 36) a los Pastores y fieles, comprometerse con toda su fuerza en recuperar y custodiar la centralidad del Domingo en la vida cristiana y, concretamente que «*la participación en la Eucaristía debe ser el corazón del Domingo*». Precisamente, la forma de concretar esta invitación del Santo Padre a vivir con gran intensidad la celebración del Domingo, es cuanto se ha tratado de estudiar y analizar en los trabajos de la Reunión Plenaria.

Esta publicación se abre con el Discurso que el Santo Padre dirigió el día 21 de enero 2005 a los Consejeros y Miembros de la Comisión.

La riqueza contenida en los discursos e intervenciones presentados en este volumen sirvieron como punto de partida para la reflexión y aportes de cada uno de los participantes.

Al final de los trabajos fueron aprobadas una serie de Recomendaciones Pastorales que han sido enviadas a todos los Obispos de América Latina, con el fin de que sean aplicadas.

Al poner esta documentación en las manos de los Pastores de América Latina y a cuantos dedican su actividad eclesial o atención hacia ella, la Pontificia Comisión para América Latina se encomienda a Nuestra Señora de Guadalupe — Patrona de América — para que bendiga las actividades y produzcan abundantes frutos de vida cristiana.

## APRESENTAÇÃO

O presente livro contém as *Atas da Reunião Plenária* da Pontifícia Comissão para a América Latina realizada na Cidade do Vaticano nos dias 18 a 21 de janeiro de 2005.

O tema da Reunião Plenária foi «*A Missa dominical, centro da vida cristã na América Latina*», refletindo assim o interesse por promover uma participação mais ativa e numerosa na celebração eucarística dominical, e dar assim maior vitalidade ao compromisso cristão dos fiéis.

O Papa João Paulo II, na Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, exortou todos os fiéis a assumir com empenho e fidelidade o compromisso da participação na Santa Missa Dominical: é um dos primeiros objetivos no início do Terceiro Milênio. Nesta perspectiva, o Papa pede (n. 36) aos pastores e fiéis que se comprometam com toda a sua força em recuperar e custodiar a centralidade do Domingo na vida cristã e, concretamente, que «*a participação na Eucaristia deve ser o coração do Domingo*». Precisamente, a forma de concretizar esta exortação do Santo Padre a viver com grande intensidade a celebração do Domingo, é quanto se tentou estudar e analisar nos trabalhos da Reunião Plenária.

Esta publicação tem como abertura o Discurso que o Santo Padre dirigiu no dia 21 de janeiro de 2005 aos Conselheiros e Membros da Comissão.

A riqueza contida nos discursos e intervenções apresentados neste volume serviram como ponto de partida para a reflexão e as contribuições de cada um dos participantes.

No final dos trabalhos foram aprovadas uma série de Recomendações Pastorais que foram enviadas a todos os Bispos da América Latina, com o fim de que sejam aplicadas.

Ao entregar esta documentação nas mãos dos Pastores da América Latina e de quantos dedicam a sua atividade eclesial ou atenção a ela, a Pontifícia Comissão para a América Latina se encomenda a Nossa Senhora de Guadalupe — Padroeira da América — para que abençoe as atividades e gerem abundantes frutos de vida cristã.

PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA  
REUNIÓN PLENARIA - REUNIÃO PLENÁRIA

**PROGRAMA**

MARTES 18 DE ENERO

*Mañana*

09:00 ***Concelebración Eucarística en la Cripta de la  
Basílica de San Pedro***

Preside el Cardenal Giovanni Battista Re, Prefecto de la Congregación para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina.

10:30 ***Intervalo***

10:45 ***Sesión Inaugural***

1. Breve saludo del Presidente, Cardenal Giovanni Battista Re.
2. Relación del Obispo Vicepresidente, Mons. Luis Robles Díaz, sobre las recientes actividades de la Pontificia Comisión para América Latina.

11:30 ***Relación***

*Panorama de la celebración del domingo en América Latina: Análisis de la situación (Primera parte).*  
Mons. Andrés Stanovnik, O.F.M. Cap., Obispo de Reconquista y Secretario General del CELAM.

***Diálogo***

12:30 ***Fin de la sesión***

*Tarde*

17:00 **Rezo de las Vísperas**

17:15 **Ponencia**

Enseñanzas pontificias sobre la Eucaristía y la Misa dominical. Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

**Diálogo**

19:00 **Fin de la sesión**

MIÉRCOLES 19 DE ENERO

*Mañana*

09:00 **Rezo de la Hora Tercia**

09:15 **Mesa Redonda**

*Desafíos pastorales para una mayor participación de los fieles en la Misa Dominical*

1. Significado e importancia de la observancia del precepto dominical. Cardenal Pedro Rubiano Sáenz, Arzobispo de Bogotá.
2. *El domingo: momento de encuentro de la comunidad y centro de la vida cristiana.* Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, Arzobispo de Guatemala.
3. *La preparación de la Misa dominical.* Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo de México.

10:30 **Intervalo**

11:00 **Mesa Redonda (continuación)**

*Desafíos pastorales para una mayor participación de los fieles en la Misa Dominical*

4. La homilía dominical. Cardenal Jorge Mario Bergoglio S.I., Arzobispo de Buenos Aires.
5. Recursos pastorales para la Misa dominical. Cardenal Geraldo Majella Agnelo, Arzobispo de São Salvador de Bahía.

11:45 **Ponencia**

*La asistencia a la Misa dominical en América Latina.* Mons. Leonardo Sandri, Sustituto de la Secretaría de Estado.

12:30 **Fin de la sesión**

*Tarde*

17:00 **Rezo de las Vísperas**

17:15: **Diálogo**

*Experiencias y propuestas pastorales para promover la celebración del Dies Domini.*

JUEVES 20 DE ENERO

*Mañana*

09:00 **Rezo de la Hora Tercia**

09:15 **Relación**

*Panorama de la celebración del domingo en América Latina: Análisis de la situación (Segunda parte).* Mons. Andrés Stanovnik, O.F.M. Cap., Obispo de Reconquista y Secretario General del CELAM.

10:30 **Intervalo**

11:00 **Diálogo (continuación)**

*Experiencias y propuestas pastorales para promover la celebración del Dies Domini.*

12:30 **Fin de la sesión**

*Tarde*

17:00 Reunión reducida para la elaboración de las Conclusiones, en la Sede de la Pontificia Comisión para América Latina.

VIERNES 21 DE ENERO

*Mañana*

09:00 **Rezo de la Hora Tercia**

09:15 **Relación**

*Informe sobre la preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM.*

10:30 **Diálogo**

11:30 **Audiencia con el Santo Padre**

*Tarde*

17:00 **Rezo de las Vísperas**

17:15 **Sesión Conclusiva**

Presentación y aprobación de las eventuales conclusiones o recomendaciones.

*Discurso del Santo Padre  
a los participantes  
en la Reunión Plenaria  
de la Pontificia Comisión  
para América Latina*



Señores Cardenales,  
Queridos hermanos en el episcopado:

1. Con inmenso gozo os saludo a todos, Consejeros y Miembros de la Pontificia Comisión para América Latina, participantes en esta Reunión Plenaria, que tiene como tema: «*La Misa dominical, centro de la vida cristiana en América Latina*». Vuestro Continente ocupa un lugar muy especial en mi corazón, tanto por el gran número de católicos como por la vitalidad religiosa que caracteriza a los países que lo integran. Personalmente conservo un grato recuerdo de mis visitas pastorales a vuestras tierras.

Agradezco mucho al Cardenal Giovanni Battista Re las amables y expresivas palabras que me ha dirigido presentándome los trabajos de estos días.

2. Me complace que en este año dedicado a la Eucaristía, hayáis querido reflexionar acerca de las diversas iniciativas para «*redescubrir y vivir plenamente el domingo como día del Señor y día de la Iglesia*» (Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine*, 23). No ha sido la Iglesia quien ha elegido este día, sino el mismo Cristo Resucitado, y por ello, los fieles deben acogerlo con gratitud, haciendo del domingo el signo

de su fidelidad al Señor y un elemento irrenunciable de la vida cristiana.

3. Ya en mi Carta apostólica *Dies Domini* escribí: «*es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, si tomar parte regularmente en la asamblea de la eucaristía dominical*» (n. 81). Participar en la Misa dominical no es sólo una obligación importante, como señala claramente el Catecismo de la Iglesia Católica (cf. 1389), sino, ante todo, una exigencia profunda de cada fiel. No se puede vivir la fe sin participar habitualmente en la Misa dominical, sacrificio de redención, banquete común de la Palabra de Dios y Pan eucarístico, corazón de la vida cristiana.

4. La importancia del tema exige de nosotros, Pastores de la Iglesia, un renovado esfuerzo por hacer descubrir la centralidad del domingo en la vida eclesial y social de los hombres y mujeres de hoy. Para todos los Obispos y sacerdotes es un reto convocar a los fieles a una constante participación en la Eucaristía dominical, encuentro con Cristo vivo.

Por ello es necesario concentrar los esfuerzos en una mejor y más cuidada instrucción y catequesis de los fieles sobre la Eucaristía, así como velar para que la celebración

sea digna y decorosa, de modo que inspire respeto verdadero y piedad auténtica ante la grandeza del Misterio Eucarístico.

La Misa dominical debe ser convenientemente preparada por el celebrante, con su disposición espiritual, traslucida después en los gestos y palabras y preparando convenientemente la homilía. Especial atención también hay que dedicar a la selección y preparación de los cantos, signos y otros recursos que enriquecen la liturgia, siempre dentro del respeto debido a las normas establecidas, valorando toda la riqueza espiritual y pastoral del Misal Romano y las disposiciones propuestas por la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos.

5. Os invito, pues, a que, en unión con los sacerdotes, religiosos y fieles, pongáis el mayor empeño en reflexionar y profundizar en esta dimensión esencial de la vida sacramental de la Iglesia y trabajéis para despertar un amor cada vez más grande por el Misterio Eucarístico en las diócesis. No es una tarea fácil, y por ello se requiere la colaboración de todos: presbíteros y diáconos, consagrados y fieles que están presentes en las parroquias o pertenecen a asociaciones o movimientos eclesiales. ¡Aceptad la colaboración de todos, unid los esfuerzos y trabajad en comunión!

6. Pongo todos estos deseos y los propósitos surgidos en esta reunión plenaria a los pies de la Santísima Virgen María, venerada en toda América con la advocación de Guadalupe. A ella debemos imitar en su relación con este Santísimo Sacramento (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). Que ella interceda por los frutos de las reflexiones de estos días, de modo que las conclusiones alcanzadas se plasmen en una acción más decidida y firme por hacer que cada vez más los fieles amen a Jesús, presente en la Eucaristía, y aprovechen los frutos de incalculable valor que pueden obtener por su participación en este Misterio.

Con estos sentimientos, os imparto de corazón la Bendición apostólica.

*Saludo  
del Cardenal Giovanni Battista Re  
Presidente de la Pontificia Comisión  
para América Latina  
al Santo Padre Juan Pablo II*

21 de enero de 2005



Beatísimo Padre:

Los Miembros y Consejeros de la Pontificia Comisión para América Latina con profundo afecto saludan a Vuestra Santidad y renuevan la expresión de su plena fidelidad y voluntad de perseverar « *cum Petro e sub Petro* », en su servicio a Cristo y a la Iglesia.

De todo corazón, los presentes agradecen a Vuestra Santidad por el ministerio apostólico dado a la Iglesia, a través de su sabia y valerosa guía, de sus enseñanzas, y sobre todo por el ejemplo luminoso de una entrega incansable, que fuertemente nos anima.

Los pueblos de los distintos países de América Latina miran a Vuestra Santidad con profunda fe y gran cariño.

Agradecen también a Vuestra Santidad por el Año de la Eucaristía, que se ha iniciado en el pasado mes de octubre, coincidiendo precisamente con el Congreso Eucarístico Internacional desarrollado en Guadalajara, México, es decir, en uno de los países de América Latina.

A la luz de la Eucaristía, en estos días la Pontificia Comisión para América Latina ha querido reflexionar sobre el tema: « *La Misa Dominical, centro de la vida cristiana en América Latina* ».

Hemos elegido este tema no sólo porque está en sintonía con el Año de la Eucaristía, sino también para actualizar la indicación que Vuestra Santidad ha hecho en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*: que los Pastores y los Fieles tengan un particular compromiso con la Misa dominical.

Le pedimos, Padre Santo, que nos bendiga y que bendiga también a toda América Latina.



*Homilía*  
*en la Concelebración Eucarística*  
*realizada en la Cripta*  
*de la Patriarcal Basílica de San Pedro*

Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE  
*Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina*



1. Iniciamos la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina orando junto a la tumba de San Pedro. Queremos honrar al Apóstol Pedro, ya que Cristo lo honró primero haciéndolo cabeza del Colegio Apostólico y confiándole la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe y ser el fundamento visible de la unidad de la Iglesia.

Al mismo tiempo, queremos comenzar nuestras labores implorando del Señor fuerza y luz para que nuestras reflexiones y aportes sean fecundos para el bien de la Iglesia en América Latina.

2. El pasaje del Evangelio que ha sido proclamado nos habla del singular examen al que Cristo sometió a Pedro antes de confiarle la tarea de Pastor del rebaño de Dios. Es un examen sobre el amor. Cristo pregunta al apóstol Pedro si lo ama más que los demás, y se lo pregunta llamándolo por su nombre: «Simón, ¿me amas?». Cristo utiliza el antiguo nombre del Apóstol, «Simón», como queriendo comenzar de nuevo luego de la traición consumada por éste.

Pedro se muestra humilde al responder. Piensa en su fragilidad, experimentada aquella noche de la traición, pero da igualmente una respuesta de amor sencilla y auténtica: «¡Tú sabes que te quiero!».

En el fondo, el Apóstol Pedro es un hombre que nunca dejó de amar a Jesús, ni siquiera en el momento triste de la traición. Mientras los demás discípulos huyeron (salvo Juan), él intentó permanecer cerca de su Maestro. Su amor lo llevó a afrontar el riesgo de entrar en el palacio de Caifás. Luego su debilidad lo condujo a negarlo. Pero el amor a Cristo permaneció siempre en su corazón.

Cristo examina a Pedro sobre su amor porque su tarea es ante todo un servicio de amor. San Ambrosio dirá que Cristo nos ha dejado a Pedro como «Vicario de su amor» (*Explan. in Lucam* 10, 175). San Agustín —del que se cumplieron el año pasado 1650 años desde su nacimiento—, dice que la tarea de cada Obispo es un «*officium amoris*», una tarea que se acepta por amor y que se realiza por amor: amor a Cristo y amor a las almas. En otros pasajes dirá San Agustín que el episcopado es un peso: «*sarcina*» es la palabra que usa; pero el hecho de ser pesado lo hace aún más «*officium amoris*».

El amor a Cristo es la primera condición para ser Pastores, Sucesores de los Apóstoles.

La pregunta hecha por Cristo a Pedro va siempre dirigida también a cada uno de nosotros: «¿Me amas?».

Dios, que mira el fondo de las conciencias, sabe que lo amamos a pesar de nuestros límites y nuestros pecados, y que queremos ser buenos Pastores en nuestras tareas espirituales y ministeriales.

3. En nuestra Reunión Plenaria reflexionaremos sobre el valor y la centralidad de la Misa dominical para nuestras parroquias y nuestras diócesis. Tomaremos en consideración varios aspectos y perspectivas sobre este tema tan importante desde el punto de vista pastoral.

En este momento de oración, quisiera tan sólo limitarme a evocar un testimonio que nos ha llegado de los cristianos de los primeros siglos acerca de la Misa dominical. Se trata de un testimonio bien conocido por todos nosotros, pero que habla con particular intensidad a nuestro corazón, ahora cercano a la tumba de San Pedro y a la tumba de los primeros cristianos de la Roma imperial que los persiguió.

Al inicio del siglo IV, exactamente en los años 303 y 304 d.C., el Emperador Dioclesiano, después de un periodo de relativa calma durante el cual la comunidad cristiana pudo crecer en diferentes regiones del Imperio Romano, desencadenó una violenta persecución que pretendía eliminar radicalmente el cristianismo en todo el Imperio. La orden mandaba expresamente castigar con la muerte a todo aquel que participase en una celebración sagrada de rito cristiano.

En Abitinia, ciudad de la provincia romana del norte de África, en la actual Túnez, no muy lejos de Cartago, un grupo de 49 cristianos, entre los que había un sacerdote, Saturnino, fue arrestado exactamente mientras celebraban, como de costumbre, la Pascua dominical —el día del Señor— en la casa de un cristiano llamado Octavio Félix.

El autor de la narración, denominada «*Passio*», escribe que, interrogados por el motivo de su transgresión a las órdenes imperiales, los cristianos respondieron: «*Sine dominico non possumus*» (cap. XI). La expresión latina está intensamente cargada de significado: «¡Sin lo que es del Señor no podemos vivir!». Pero podríamos también traducirla así: «¡Sin la Celebración Eucarística dominical, nosotros, los cristianos, no podemos vivir!», ya que fueron arrestados precisamente por haber participado en la Misa dominical.

Para explicar la tenacidad de los cristianos que, a riesgo de la propia vida, se resistían a dejar de celebrar el «*Dominicum*», es decir, la Eucaristía dominical, el narrador de la «*Passio*» agrega las siguientes fuertes palabras: «No puede haber cristiano sin celebración dominical de la Pascua del Señor. [...] donde ésta se celebra, allí están los cristianos. Pues es la Pascua dominical la que hace al cristiano, así como el cristia-

no hace a la Pascua dominical, de modo que uno no puede existir sin la otra y viceversa. Cuando escuchas decir “cristiano”, entonces sabes que hay una asamblea que celebra al Señor, y cuando sientes decir “asamblea” entonces sabes que hay un cristiano» (*cap.* XII).

Esta era la profunda convicción de los primeros cristianos, prontos a dar su vida por celebrar libremente el sacrificio eucarístico, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, su Pascua, en la cena de su Cuerpo y su Sangre.

Durante el proceso, los mártires de Abitinia respondieron repetidas veces que el «*Dominicum*», la Misa dominical, precisamente porque es esencial para la identidad de los cristianos, se celebraba en obediencia a la orden de Jesús, según narra San Pablo: «Porque yo recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó pan [...]. Tomó el cáliz después de cenar, diciendo: “hacedlo en memoria mía”» (*1 Cor* 11,23-24).

De las respuestas dadas durante el proceso, emerge también información acerca de cómo se celebraba la Eucaristía dominical: la gente participaba; estaba presente el presbítero Saturnino; la lectura de la Sagrada Escritura, la consagración y la fracción del pan eucarístico eran momentos esenciales; además se recogían ofertas para los pobres.

Son también conmovedoras las invocaciones dirigidas al Señor por este grupo de mártires en espera del momento supremo. El presbítero Saturnino rezaba así: «¡Te doy gracias, Señor! ¡Dame la fuerza para sufrir por tu nombre!» (*cap.* VI). «¡Cristo Señor, que no quede confundido!», invocaba el senador Dativo (*cap.* VII). «Tengo tus palabras en mi corazón; escúchame, Señor, pues sufro por tu nombre, no quede yo confundido», declaraba el lector Emérito (*cap.* XI).

Una joven mujer, Victoria, dijo así: «He participado en la asamblea con mis hermanos, he celebrado la Pascua dominical porque soy cristiana. ¡Cristo, yo te alabo, escúchame!» (*cap.* XIII).

Son testimonios elocuentes que nos hablan del inmenso aprecio que tenían los primeros cristianos por la Misa dominical. Estaban convencidos de que sin ella hubieran perdido su consistencia de cristianos. Las expresiones que hemos escuchado revelan un testimonio tan fuerte que, por su firmeza y valentía, nos sorprende profundamente. ¿De dónde sacaron la fuerza? ¡De la Misa dominical!

En el testimonio de estos mártires —alguno los ha llamado «mártires de la Misa dominical»— percibimos ecos de las palabras de San Ignacio de Antiocúa, el cual vio su propio martirio como sacrificio eucarístico, y deseaba ser «grano de Dios, molido por los dientes de las fieras, para ser pan puro de Cristo» (*Ep. a los Romanos* 4,1).

En las dificultades que hoy debe afrontar la fe, en la crisis de valores en que se encuentra nuestro mundo, sólo participando en la Misa dominical los cristianos podrán tomar luz y fuerza para hacer de la propia existencia un testimonio de fe y de amor al Señor.

Hoy los cristianos no son con frecuencia llamados al martirio de sangre, pero no es menor la fortaleza que necesitan para vivir su vida cristiana en el mundo hodierno, o dicho de otro modo, para responder a la pregunta de Jesús a Pedro: «¿me amas?».

Invoquemos por tanto la ayuda de Dios para nuestros trabajos en estos días, convencidos de que la celebración eucarística es decisiva para dar nuevo vigor a la fe y reforzar la capacidad de testimoniarla, cambiando el corazón de nuestros cristianos.



*Saludo del Presidente a los Participantes  
al inicio de la Reunión Plenaria*

Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE  
*Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina*



Eminentísimos Señores Cardenales,  
Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,  
Queridos hermanos,

1. Luego de la Celebración Eucarística, con el pensamiento y el corazón vueltos a Cristo, damos inicio a los trabajos de la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina.

Se trata de un encuentro no entre estudiosos de problemas relacionados con América Latina, sino entre Pastores solícitos por el bien de los hombres y mujeres de América Latina.

Saludo a todos con profundo afecto: tanto a los Pastores que han venido de diversos países de América Latina, como a cuantos prestan su servicio aquí, en la Curia Romana.

Todos estamos animados por el mismo amor a Cristo y a la Iglesia que peregrina en América Latina. El Santo Padre Juan Pablo II apoya nuestros trabajos y estará muy feliz de recibirnos y dirigirnos su palabra.

2. El tema de nuestro encuentro es: «*La Misa dominical, centro de la vida cristiana en América Latina*».

No es sólo un tema en sintonía con el Año de la Eucaristía que estamos celebrando, sino que además el compromiso de la Misa dominical es uno de los primeros objetivos que el Santo Padre ha indicado para el inicio del Tercer Milenio.

En la Carta Apostólica «*Novo Millennio Ineunte*», el Papa pide a los Pastores y fieles comprometerse con toda su fuerza en recuperar y custodiar la centralidad del domingo en la vida cristiana (n. 36). Afirma ade-

más que «la participación en la Eucaristía debe ser el corazón del domingo». Es claro que se trata de un compromiso irrenunciable, que se debe vivir no sólo como cumplimiento de un precepto, sino también como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente.

El tema de la Misa dominical es central en la fe cristiana y capital para el futuro de la Iglesia en el continente latinoamericano.

En la América Latina de hoy, preocupa el porcentaje tan bajo —salvo pocas excepciones— de gente que participa en la Misa dominical. En breves momentos, el Excelentísimo Monseñor Secretario del CELAM se referirá a este punto.

Pero lo que preocupa aún más es que se está difundiendo una mentalidad y una cultura que tienden a no tener suficientemente en consideración el domingo y, sobretodo, la asistencia a la Misa dominical. Los domingos se han convertido en días no muy distintos de los demás días de la semana. Debemos ser realistas y reconocer este «diluirse» del sentido del domingo y de su fundamental importancia para la vida cristiana.

En los siglos precedentes, ha sido siempre una gran preocupación de la Iglesia el que los cristianos participen en la Misa los domingos y días festivos. El domingo es el día de la identidad del cristiano y la fiesta de nuestra pertenencia a la Iglesia.

El domingo cristiano, dedicado a la elevación del espíritu, a la asistencia de la Misa dando a Dios el culto que se le debe, a las aspiraciones supremas de la vida, a la bondad, al encuentro en familia, al reposo luego de la fatiga de los demás días, se está convirtiendo en un domingo que es tan sólo un «fin de semana», es decir, un día destinado al ocio que, aun cuando no pecaminoso, se queda en la pura disipa-

ción, faltando el contenido vivificante de la oración, de la escucha de la Palabra de Dios, de la luz y de la fuerza que vienen de la Eucaristía.

Debemos, como Pastores solícitos por el bien de las almas, ayudar a los cristianos de América Latina a redescubrir la centralidad del domingo en la vida eclesial y social de América Latina y a entender que sin la Misa dominical, falta el respiro mismo de la vida cristiana.

3. El domingo es el día en el cual los cristianos se reúnen para confesar juntos su fe y para nutrirse de la Palabra de Dios y de la Eucaristía.

Sin la participación en la *Mesa de la Palabra* y en la *Mesa de la Eucaristía* no hay posibilidad de una Iglesia viva.

Como bien sabemos, la Iglesia se apoya principalmente:

1. En una coordenada espacial, que es la comunidad cristiana, especialmente la comunidad parroquial.
2. En una coordenada temporal, que es el domingo, ante todo con la participación en la Santa Misa. En la celebración eucarística dominical, la Parroquia alcanza el punto más alto y hermoso de su realidad.

Si se debilita, o incluso falta, una de estas dos coordenadas, la transmisión de la fe se debilita también y pierde sustento la construcción de la Iglesia.

Para muchos cristianos en América Latina, el único contacto con la Iglesia, la única fuente que los alimenta en su vida cristiana es la Misa dominical. Por eso, si faltamos a la Misa dominical no nos podemos llamar cristianos, porque poco a poco nos faltaría Cristo: en la Misa, en efecto, nos encontramos con Cristo vivo y presente en el misterio de su Cuer-

po y de su Sangre, que se nos dona. Nos faltaría además la Palabra de Dios, que nutre de verdad y de significado nuestra vida cotidiana. Nos faltaría la relación con la comunidad cristiana, por que sin la Misa, nos encontramos cada vez más solos y aislados en un mundo secularizado que tiende a ignorar a Dios. Nos faltarían, en fin, la luz y la fuerza de nuestra fe, el sostén de nuestra esperanza, el calor de la caridad. El incumplimiento del precepto dominical debilita la fe y sofoca el testimonio cristiano.

Cuando el domingo pierde su significado fundamental como «Día del Señor» y se convierte simplemente en «fin de semana», es decir, simple día de evasión y diversión, queda uno encerrado en un horizonte terreno, tan estrecho que ya no deja ver el cielo (cf. Juan Pablo II, *Carta Apostólica «Dies Domini»*, 4).

Cuando en el año 303 los 49 mártires de Abitinia, pequeña ciudad cercana a Cartago, fueron interrogados y después condenados por el juez por haber asistido el domingo a la Misa, respondieron: «Sine dominico non possumus», es decir: «sin lo que es del Señor, no podemos vivir»; pero puesto que fueron encarcelados por haber sido sorprendidos participando de la Misa celebrada por el Presbítero Saturnino en la casa de un cristiano, podemos también traducir: «Nosotros, los cristianos, no podemos vivir sin celebrar el domingo».

Tampoco nosotros podemos ser cristianos sin reunirnos el domingo para celebrar la Eucaristía. Hay que descubrir de nuevo y acoger en toda su riqueza el sentido del domingo como día del Señor, como día de la alegría de los cristianos. Debemos como Obispos, buscar salvar y hacer vivir profundamente la identidad religiosa de este día. Es de capital importancia que cada fiel se convenza de que no

puede vivir su fe sin participar regularmente en la asamblea eucarística del domingo; de que no puede contrarrestar los nocivos influjos de la «cultura de muerte» sin nutrirse regularmente del «Pan de la Vida». Es una exigencia inscrita en lo más profundo de la existencia cristiana. Y es condición para poder vivir bien la espiritualidad cristiana.

La fidelidad a la Eucaristía dominical da a la vida un dinamismo cristiano que lleva a mirar al cielo sin olvidarse de la tierra, y a mirar a la tierra en la perspectiva del cielo. La fidelidad a la Eucaristía dominical revitaliza semanalmente la fe y hace crecer la sed de Dios y la necesidad de la oración.

La cultura de nuestra sociedad secularizada y globalizada tiende a vaciar el domingo de su significado religioso y originario, y tiende a hacer perder el significado y la importancia de la Misa dominical.

De aquí brota nuestro ineludible compromiso de salvar el domingo, recuperándolo como día del Señor y día de oración, día de la Iglesia, día de reposo y, por ello, día del bien del hombre, día de la familia, día de la caridad y de la solidaridad.

4. Pero existe un motivo y una razón más para ubicar la Misa dominical en el centro de la pastoral: es la consciencia de que la celebración de la Eucaristía es un encuentro con Cristo Resucitado. Y es éste el aspecto específico que inspira nuestra Reunión de la CAL. Me parece importante que entre las tantas y loables iniciativas pastorales que las diócesis en América Latina están llevando adelante, haya alguna que de algún modo sintetice todas, y sirva para dar a todas las comunidades católicas latinoamericanas una señal de cómo la vida cristiana puede reencontrar su «centro», en el cual hacer converger todas las fuerzas

espirituales. Este «centro» es la celebración eucarística dominical y festiva, justamente definida por el Concilio Vaticano II como «fuente y culmen de la vida de la Iglesia» (Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática «Lumen Gentium»*, 11).

En sintonía con las indicaciones del Santo Padre para el Año de la Eucaristía, quisiera sugerir que este encuentro proponga a todas las diócesis latinoamericanas, contando también con la ayuda del CELAM, concentrar durante uno o dos años los esfuerzos en esta importante iniciativa pastoral referida a la celebración eucarística en el día del Señor.

La Misa del domingo no es un simple rito: en sus dos momentos —mesa de la palabra y mesa de la celebración de la Eucaristía— es un encuentro que debemos realizar con Cristo Resucitado. Es entrar en comunión con la fuerza de la Palabra de Cristo y participar al banquete de la cena del Señor. Sólo nutriéndose con el Cuerpo y la Sangre de Cristo puede sostenerse el cristiano en el testimonio que debe dar en favor de la verdad del Evangelio y afrontar con eficacia los desafíos de nuestro tiempo. No cabe duda, el domingo es el centro de la pastoral y la Misa es el centro del domingo, que renueva y robustece la fe y que sostiene la vida cristiana. La escucha de la palabra de Dios y la comunión con el cuerpo de Cristo nos hacen crecer en el amor a Dios y en la solidaridad hacia los hermanos.

Desde el inicio los cristianos abandonaron el sábado como día dedicado a Dios y lo sustituyeron por «el día después del sábado». ¿Porqué lo hicieron? Porque el domingo resucitó el Señor y el domingo tuvo lugar Pentecostés. Cristo mismo afianzó su importancia al aparecerse a sus Apóstoles la tarde de

Pascua y al regresar al cenáculo el domingo sucesivo, estando también presente Tomás.

Si de parte de todos los Obispos y sacerdotes latinoamericanos hay, como fruto del Año de la Eucaristía, un compromiso unánime, el Domingo será nuevamente el corazón de la vida parroquial y la Misa el corazón del domingo. La participación en la Misa dominical volverá a ser un distintivo del cristiano.

Los cristianos de los primeros siglos consideraban la Misa dominical una necesidad sin la cual no podían vivir. La observancia de la Misa dominical era el elemento que distinguía a los cristianos de los demás. San Ignacio de Antioquía, a principios del siglo II, define a los cristianos como «aquellos que celebran el domingo».

La Eucaristía dominical, en efecto, es el momento en el cual se construye nuestro ser cristianos y nuestro ser Iglesia.

Si queremos revigorar el catolicismo en América Latina, es clave maestra «partir nuevamente de Cristo, reconocido en la fracción del pan»: es decir, trabajar para que «la Misa dominical sea el centro de la vida cristiana en América Latina». Es imposible vivir realmente como cristianos sin participar en la Misa los domingos y días festivos, pues gradualmente hará falta Cristo; hará falta la Palabra de Dios que nutre de verdad y da significado a nuestra vida; hará falta la fuerza del pan eucarístico; hará falta el encuentro con la comunidad cristiana y el sustento que aporta tal encuentro.

Debemos por ello multiplicar los esfuerzos y las iniciativas por hacer comprender que el tiempo que demos a Dios yendo a Misa, es el tiempo mejor empleado.

Domingo a domingo, la participación en la Misa se va convirtiendo en una excelente escuela de vida

cristiana y una fuente inacabable de luz y de fuerza para vencer al mal con el bien.

Pero, ¿cómo hacer para que la gente participe en la Misa dominical? Esto, Cristo nos lo ha dejado como tarea; tarea de todos los Obispos y de todos los sacerdotes, pero tarea también nuestra como consejeros y miembros de la Pontificia Comisión para América Latina.

***Relación informativa***

S.E.R. Mons. LUIS ROBLES DÍAZ

*Arzobispo Titular de Stefaniaco*

*Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina*



Esta es para mí, la primera vez que participo en una Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, y aprovecho la ocasión para presentar un respetuoso saludo a todos los Eminentísimos y Excelentísimos Consejeros y Miembros de esta Comisión. Al manifestar mi disponibilidad de cooperación y asistencia en estos días de reunión, renuevo también mi propósito de servir a la Iglesia con lo mejor de mi capacidad, en este nuevo encargo que el Santo Padre ha querido confiarme.

El 15 de diciembre de 2003 inicié mi labor en la Sede de esta Pontificia Comisión y, aprovecho este momento para manifestar mi gratitud al Emmo. Sr. Cardenal Giovanni Battista Re por su acogida y dirección, y también a S. E. Mons. Cipriano Calderón, que gentilmente me informó y orientó a mi llegada; para él me hago también portavoz de la gratitud de todo el personal que colabora en la CAL. Deseamos a Mons. Calderón todo bien en el Señor y que sea Él, el Buen Pastor, quien lo recompense abundantemente por sus catorce años de servicio abnegado y ejemplar en esta Pontificia Comisión.

Al iniciar este año de 2005, la Pontificia Comisión para América Latina cuenta con 43 eclesiásticos entre Consejeros y Miembros, de ellos 25 Cardenales, 15 Arzobispos y 3 Obispos. Durante el año 2004 el Santo Padre nombró como nuevos miembros a los Excelentísimos Monseñores Héctor Miguel Cabrejos Vidarte (Arzobispo de Trujillo, Perú), José Guadalupe Martín Rábago (Obispo de León y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano) y recientemente a S.E. Mons. Nikola Eterovic, Secretario Ge-

neral del Sínodo de los Obispos. Agradeciendo desde ahora esta su primera participación, uno una cordial bienvenida y sincero augurio de fructuosa colaboración.

Durante esta Plenaria nos acompañan y participan con importantes exposiciones y contribuciones Su Eminencia Reverendísima Cardenal Pedro Rubiano, Arzobispo de Bogotá, Su Eminencia Geraldo Majella Agnelo, Arzobispo de São Salvador de Bahía, y S.E. Mons. Andrés Stanovnik, Obispo de Reconquista y Secretario del CELAM. Muchas gracias por su gentil contribución.

Para información de los Miembros de la Pontificia Comisión presento un breve panorama sobre las principales actividades realizadas en el año 2004.

#### REUNIONES Y CONTACTOS ECLESIALES

Durante el último año, miembros de la Presidencia del CELAM han visitado varias veces la sede de la Pontificia Comisión. Han habido varios encuentros de trabajo con el Eminentísimo Presidente, Cardenal Francisco Javier Errázuriz, con el Secretario General S. E. Mons. Andrés Stanovnik, y también con el Presidente del Comité Económico, el Señor Cardenal Pedro Rubiano Sáenz, Arzobispo de Bogotá.

Numerosos Obispos diocesanos, venidos del Continente Latinoamericano, tuvieron contacto con las oficinas de la Pontificia Comisión. En estos encuentros se ha podido escuchar, animar y hacer algunas sugerencias a los Prelados respecto a particulares necesidades o iniciativas. Por otra parte, se ha recibido información importante sobre dificultades y actividades pastorales y, en general, noticias sobre la situación eclesial y socio-religiosa del continente. Se ha dado particular atención al apoyo a los Ordinarios en

la promoción y cuidado de las vocaciones sacerdotales, factor fundamental para la Evangelización. Es consolador que se nota en todo el continente un aumento de las vocaciones.

Dentro del encargo confiado por el Santo Padre a la Comisión, se ha seguido con particular atención la situación de la Iglesia en América Latina; para ello ha sido de gran utilidad la información recibida de las Nunciaturas Apostólicas y de los mismos Obispos latinoamericanos. Con estos registros y tomando como base de partida los datos del «Anuario Pontificio», se ha trabajado en la elaboración de un Banco de datos sobre las diócesis de América Latina que permite tener un cuadro de consulta general sobre la vida de la Iglesia en la región y una idea sobre la evolución —hasta donde es posible— de la situación de la práctica religiosa.

Aunque no podamos encuadrar en números los dones de la fe, los datos numéricos nos pueden ayudar a comprender la realidad. En las estadísticas, como sin duda les es bien conocido, los datos obtenidos se pueden presentar de manera que resalten una situación y ayuden a su comprensión y, por lo tanto se contribuya a encontrar soluciones adecuadas. Pero también se puede hasta manipular esa presentación para justificar una ideología. De los cuadros mencionados anteriormente, se ponen algunos a disposición de los participantes en esta Reunión Plenaria que me parece podrían ser de interés.

Durante el año 2004 el Episcopado de Colombia realizó la *Visita ad Limina*: el primer grupo lo hizo del 7 al 19 de junio. Estuvieron presentes todos los Obispos de las provincias eclesiásticas de Barranquilla, Cali, Cartagena, Manizales, Medellín, Popayán, y de Santa Fe de Antioquia, el 8 de junio tuvo lugar un encuentro con los Excelentísimos Prelados en la Sede

de esta Pontificia Comisión. Del 20 al 30 de septiembre estuvo en Roma el segundo grupo de Obispos colombianos, que comprendía las provincias eclesiásticas de: Bogotá, Villavicencio, Bucaramanga, Ibagué, Nueva Pamplona y Tunja, además de los Vicariatos Apostólicos. Como es norma, los Prelados, además de las audiencias con el Santo Padre, tuvieron diversos encuentros con la Curia Romana. El día 24 de septiembre se reunieron en la Sede de la Pontificia Comisión para América Latina y se trataron argumentos relativos a la situación eclesial en sus territorios.

Dentro de la encomienda propia de la Pontificia Comisión de mantener contacto con los organismos internacionales o nacionales que cooperan en América Latina, se han tenido numerosos encuentros e intercambio de información con instituciones que ofrecen su generosa contribución con personal o con medios económicos a la Iglesia latinoamericana, entre ellos, ADVENIAT, Kirche in Not, «L'Ufficio per la Cooperazione Missionaria» de la Conferencia Episcopal Italiana y la Comisión Episcopal para las Misiones de España.

El día 29 de abril, por encomienda recibida del Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado, el Vicepresidente representó a la Santa Sede en la firma del Acuerdo Internacional entre el Hospital Pediátrico «Bambino Gesù» —ente de la Santa Sede— y el Instituto Italo Americano. El acuerdo se firmó en la sede de dicho Instituto. En base a tal acuerdo, los niños latinoamericanos podrán recibir asistencia —también en forma de consultas a especialistas por internet— de este importante centro hospitalario de la Ciudad de Roma, y los pediatras latinoamericanos podrán beneficiarse de las experiencias y descubrimientos del Hospital. En la firma del acuerdo participaron el Profesor Dr. Francesco Silvano, Director

del Hospital, el Secretario General del Instituto Italo Latinoamericano, el Embajador Paolo Faiola y el Vice-Ministro de Relaciones Exteriores de Italia.

#### VIAJES Y OTROS CONTACTOS ECLESIALES

Todavía en el año 2003, en septiembre, el Eminentísimo Cardenal Presidente de la Pontificia Comisión, acompañado por Mons. Cipriano Calderón, participaron en la reunión ordinaria —electiva— del CELAM, que tuvo lugar en Paraguay, donde se trataron importantes temáticas, entre otras también la posibilidad y conveniencia de la celebración —en un futuro próximo— de una Quinta Conferencia General del Episcopado Latino Americano.

Al inicio del año 2004, del 12 al 16 de febrero, el Vicepresidente participó en la reunión especial del CELAM y en las celebraciones que tuvieron lugar en Puebla de los Ángeles con ocasión del 25<sup>o</sup> aniversario de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Allí se trataron importantes temas relacionados con la celebración de la Tercera Conferencia y sobre los documentos de ella emanados, además se estudiaron algunos aspectos de la preparación de una futura V<sup>a</sup> Asamblea (a esto último se referirá sin duda con más detalles el Emmo. Presidente del CELAM).

En el mes de agosto, del 26 al 30, el Emmo. Cardenal Presidente realizó una visita a Panamá, teniendo contacto con la Conferencia Episcopal, con miembros del gobierno y con la realidad de la vida eclesial de aquella nación. De particular relevancia y centro de la visita fue la celebración de los 50 años del Colegio S. Agustín, institución establecida por la Orden de los Agustinos Recoletos.

El Cardenal Presidente y el Vicepresidente estuvieron presentes en el 48º Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara, México, celebrado con el tema «La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio» del 10 al 17 de octubre pasado. En esa ocasión, el Emmo. Cardenal Giovanni Battista Re presidió, la tarde del 16 de octubre en el atrio de la Basílica de Zapopan, el «Encuentro juvenil con Jesús Eucaristía», ceremonia marcada por el entusiasmo y fervor de una multitud de jóvenes que incluía muchos que habían peregrinado desde otros continentes. Tanto el Presidente como el Vicepresidente de la Pontificia Comisión participaron en otros encuentros del Congreso, en particular en la fervorosa celebración eucarística de clausura, donde se recibió el Mensaje del Sumo Pontífice, y en la que declaró solemnemente el unicio del Año de la Eucaristía.

#### MENSAJE A LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS EN OCASIÓN DEL DÍA DE HISPANOAMÉRICA

Como es costumbre, la Pontificia Comisión para América Latina envió un Mensaje a las Diócesis Españolas con ocasión de la celebración del «Día de Hispanoamérica» celebrado el 7 de marzo de 2004 con el lema «Nos Unimos a su Compromiso Misionero». El mensaje exhortaba a todos los fieles a orar y a contribuir, también económicamente, con los sacerdotes y con los seglares españoles que ofrecen su ayuda a las Iglesias del Continente Latino-Americano. El mensaje ha tenido resonancia en los ambientes eclesiales, en los medios de comunicación, así como en muchos fieles, y ha contribuido a aumentar la atención y el interés por Latinoamérica.

## OTRAS ACTIVIDADES

Es evidente y todos hemos sentido, el especial interés y cariño que el Santo Padre ha manifestado por Latinoamérica. Ello también conlleva en el Sumo Pontífice una especial preocupación por la fe, por la vida del Continente. Es también significativo que haya coincidido la clausura del Congreso Eucarístico Internacional en Guadalajara con la apertura del Año de la Eucaristía. El Santo Padre en su último documento sobre la Eucaristía «Mane nobiscum Domine» n. 29, dice que ya estaría muy feliz si el año dejara como fruto el aumento de la asistencia a la Misa Dominical.

Auguro de corazón que, con la gracia y bendición divina, estos días de trabajo y estudio den frutos abundantes de reflexiones y sugerencias para una más eficiente pastoral y catequesis del Día del Señor en nuestras tierras; sugerencias y reflexiones que podamos someter a la consideración del Santo Padre y de la Iglesia que peregrina en Latinoamérica.

Que María, Trono de la Sabiduría y Madre de la Iglesia, bajo la advocación de Santa María de Guadalupe, Evangelizadora de América, nos acompañe con su protección maternal.



## **INTERVENCIONES**



*Panorama de la celebración del domingo  
en América Latina:  
Análisis de la situación*

S.E.R. Mons. ANDRÉS STANOVNIK, O.F.M. Cap.  
*Obispo de Reconquista y Secretario General del CELAM*



#### ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Permítanme que inicie estas reflexiones con unas frases de san Francisco de Asís sobre la Eucaristía, que se encuentran en la «Carta a toda la Orden» y que nos sirven como plegaria.

«¡Oh, celsitud admirable, condescendencia asombrosa! ¡Oh, sublime humildad! ¡Oh, humilde sublimidad, que el Señor del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan! Miren hermanos, la humildad de Dios y derramen ante El sus corazones (*Sal* 61,9); humíllense también ustedes, para ser enaltecidos por El (cf. *1 Pe* 5,6; *Sant* 4,10). En conclusión: nada de ustedes retengan para ustedes mismos, para que enteros los reciba el que todo entero se les entrega».

Quisiera rescatar de esta oración el tamaño de asombro que manifiesta ante el misterio de la Eucaristía. La magnitud de asombro que produce la contemplación del misterio (o el «conocimiento» de lo que acontece en el misterio eucarístico), pide la entrega de la vida toda: adhesión total, testimonio, sacrificio martirio..., para cualquier creyente y en cualquier vocación a la que el Señor lo llame. Este acontecimiento está en las antípodas de una cierta nueva visión sobre el ser humano, que tiende a extenderse por todo el mundo, con inusual rapidez y agresiva imposición.

En los análisis de la realidad se ha convertido en lugar común decir que vivimos no sólo unos cambios

profundos en la época actual, sino un verdadero cambio de época. Sin embargo, hay también quienes opinan que no habría fundamento suficiente para una afirmación de esas dimensiones y consideran que la época actual es una continuidad de la llamada modernidad. Pero para unos y otros la señal más característica de nuestro tiempo sería la radical tendencia a la emancipación del ser humano de toda sujeción o tutela «exterior» y una afirmación de sí mismo que parte exclusivamente de sí mismo. Hay un profundo anhelo de libertad, pero con síntomas que aparecen por lo menos preocupantes.

Las preocupaciones para la antropología cristiana aparecen con afirmaciones como, por ejemplo, que el hombre es su propio experimento; que el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe; en consecuencia, que el hombre se define libremente según su propio deseo. Al mismo tiempo se defiende la preferencia sexual como una orientación libre del deseo y la ley natural sería fruto de una construcción cultural hoy superada por la ciencia. En la misma línea, se reivindica a Sor Juana Inés de la Cruz sólo cuando reclama los derechos de la condición femenina. Y en particular, se afirma que la mujer es dueña de su cuerpo. Esto es apenas una muestra que indicaría cómo el nuevo modo de ser humano se estaría construyendo exclusivamente a partir de sí mismo.

En el fondo sabemos que esta «curvatura» del ser humano que se vuelve sobre sí mismo no es una novedad en la historia y tampoco desconocemos las consecuencias trágicas que una tal curvatura provoca en el individuo y en la comunidad. Lo que alarma en el momento histórico que vivimos, es la globalidad y la magnitud que está adquiriendo este fenómeno.

Sin embargo, a pesar de la extensión y del poder que ese fenómeno tiene, los observadores coinciden en que, en general, no se percibe una disminución del sentimiento y de la conducta religiosa en las personas. Pero el «lugar» para esa manifestación religiosa deberá ser la esfera de lo privado. La consigna es desterrar del espacio público toda expresión religiosa. Mientras tanto, la religión es tolerada sólo en cuanto no pretenda configurar las relaciones entre los seres humanos, ni intente proponer valores y estilos de vida que vayan en contra de ese nuevo sujeto humano. Para éste, la trascendencia es todavía una manifestación primitiva, de la cual será preciso liberarlo cuanto antes.

América Latina no escapa a esta realidad. Poderosos medios de propaganda se encargan de destruir el modo de ser humano, que se constituye a partir de la ley natural y está iluminado por el mensaje cristiano, para proponer otro diferente. Los grandes centros urbanos, donde se concentra la gran mayoría de la población, son los lugares más vulnerables a la nueva catequización de nuestros pueblos.

Por otra parte, es cierto que hay todavía una fuerte reserva cultural de valores cristianos en nuestra gente, que le permite resistir a esa fuerte embestida neocultural. Ante esta amenaza, nuestra gente necesita ser acompañada, protegida y catequizada con paciencia y perseverancia, para soportar la creciente presión de las «nuevas ideas» sobre la vida y el ser humano contrarias a la visión cristiana. Vale también para América Latina, como advertencia, la observación que hiciera el Cardenal Ruini en una entrevista al *L'Espresso* (12-19.12.2002) sobre el proceso de des-cristianización al que está sometido el pueblo italiano: la sólida raíz popular del catolicismo italiano y su

benéfica influencia sobre la vida de todo el pueblo no parecen tener la fuerza de frenar el proceso de des-cristianización.

Por eso, el llamado a la Nueva Evangelización es mucho más que una piadosa invitación para mejorar la transmisión del mensaje cristiano. El llamado profético del Santo Padre a la Nueva Evangelización apuntó a hacerla nueva en el ardor, en los métodos y en la expresión. Sobre todo «nueva en el ardor», que significa hacerla nueva por el testimonio. Y el testimonio es ante todo un acontecimiento. Y el acontecimiento se comunica con otro acontecimiento. En esto consiste la profunda dinámica de la misión de la Iglesia: hacer nacer en el corazón de los hombres la adhesión total a Jesucristo vivo e integrarlos a la comunidad de la Iglesia. Somos testigos y celebradores de ese acontecimiento, que encuentra su fuente y su culminación en el misterio de la Eucaristía.

El camino de Emaús es emblemático para acercarnos al itinerario y al espíritu de la nueva evangelización. El acontecimiento de Emaús está constituido por sucesivos acontecimientos que desembocan en el gran acontecimiento: a) acercamiento personal que va acompañado de acogida, diálogo, comprensión y anuncio; b) culminación del encuentro en la Eucaristía; c) comunicación a otros de la feliz experiencia. La comunión interpersonal, lejos de cualquier propuesta de intimismo estéril, es el acontecimiento que permite la adhesión personal e íntegra a la persona de Jesucristo vivo, que se concreta luego en la entrada visible a la comunidad de fieles, como nos lo recuerda la *Evangelii Nuntiandi*.

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se percibe fuertemente como aconteci-

miento misionero. Y la misión es fruto del ardor que nace en el encuentro con Jesús, cuya expresión máxima se realiza en la Eucaristía. En esta línea, las primeras reflexiones sobre el tema de la V Conferencia tomaron como fuente inspiradora *Ecclesia in America*, *Novo Millennio inenunte* y *Pastores gregis*. Y últimamente nos hemos visto enriquecidos por *Ecclesia de Eucharistia* y *Mane nobiscum Domine*, para hacer referencia sólo al magisterio del Santo Padre.

La misión deberá llevarnos al encuentro con Jesucristo vivo y a reunirnos en torno a la mesa de la Eucaristía. Esta profunda experiencia de comunión se realiza mediante la entrega total de la persona, a ejemplo del que totalmente se entregó por nosotros y a nosotros. Este acontecimiento nos constituye Iglesia, Pueblo de Dios, Comunidad. Este acontecimiento fue el fermento que hizo posible la existencia de los pueblos en América Latina y les dio un sustrato cultural y religioso común. Baste recordar cómo fueron naciendo y desarrollándose nuestras ciudades alrededor de las iglesias y cómo fue madurando la identidad católica de nuestros pueblos. Esta identidad católica necesita hoy de una nueva evangelización. En ella, el misterio de la Eucaristía necesita reencontrar su centralidad, cuya expresión pedagógica es la asistencia a la Misa dominical. No podría recuperarse su centralidad, sino va mediada por una renovada y vigorosa propuesta de asistencia a la Misa dominical.

¿Cuál es la realidad actual de la asistencia a la Misa dominical o, en la expresión clásica, del cumplimiento del precepto dominical? ¿Cuáles son las causas de la poca asistencia a la Misa dominical? A estas preguntas intentaríamos ofrecer a continuación algunas líneas de respuesta.

## INTRODUCCIÓN

La primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Río de Janeiro en el año 1955, bajo el título «Organización de la cura de almas», expresó su «vivísimo anhelo» de que se promueva la asistencia frecuente y aún diaria a la Santa Misa, con el empleo de medios aptos para favorecer la consciente participación de los fieles al Santo Sacrificio.<sup>1</sup> En todas las Conferencias Generales que le siguieron (Medellín, Puebla y Santo Domingo), se retomó el tema eucarístico, se señaló su importancia y centralidad en la vida de la Iglesia, y se profundizó la reflexión sobre sus implicancias en la vida del cristiano, pero en ninguna de ellas se volvió a manifestar de un modo explícito el «vivísimo anhelo» pastoral de promover la asistencia a la Misa dominical.

He querido señalar ese «vivísimo anhelo» desde el inicio de esta reflexión, porque lo percibo en íntima relación con el «nuevo ardor», primera nota que debe distinguir la nueva evangelización a la que nos ha convocado el Papa Juan Pablo II.<sup>2</sup>

El tema que se me ha pedido tiene tres perspectivas: la participación de los fieles en la Misa dominical, la celebración dominical en comunidades sin sacerdote y el papel de los catequistas. Los tres temas están relacionados entre sí. El tema de fondo que une las tres perspectivas que se proponen para abordarlo es la asistencia a la Misa dominical.

<sup>1</sup> *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Río de Janeiro 1955), n. 56.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea del CELAM* (9 de marzo de 1983), III: «una evangelización nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión».

En particular, la cuestión de la celebración dominical en comunidades sin sacerdote está inserta en el amplio contexto de los ministerios laicales y lleva necesariamente al planteo de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes. Sin embargo, para la finalidad de nuestra reflexión, nos interesa tener presente, sobre todo, la Misa dominical en relación a las celebraciones dominicales sin sacerdote y detenernos en los principales criterios que deben orientar dichas celebraciones.

También quisiera recordar que la cuestión de los ministerios laicales fue abordada recientemente por el CELAM, quien ha elaborado un *Informe sobre la realidad de los ministerios laicales en América Latina<sup>3</sup> y el Caribe*. Este trabajo debe ser completado con un análisis doctrinal y pastoral sobre sus datos.

<sup>3</sup> La Congregación para la Doctrina de la Fe ha solicitado un estudio al CELAM sobre la realidad de los Ministerios laicales en América Latina y el Caribe. Se ha concluido la primera etapa de ese estudio, que consistió en realizar un informe sobre la realidad actual de los ministerios confiados a los laicos en América Latina y el Caribe. La segunda etapa está en proyecto y consistirá en un estudio sobre esos datos por parte de un grupo de expertos.

# 1. PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES EN LA MISA DOMINICAL ¿POR QUÉ LA GENTE ASISTE POCO A LA MISA DOMINICAL?

Para el primer tema se nos propone que respondamos a la pregunta ¿por qué la gente asiste poco a la Misa dominical?, o sea, cuáles serían las causas de este fenómeno. Pero antes de ir a las causas, veamos el panorama que nos ofrecen las estadísticas sobre la asistencia a la Misa dominical en América Latina.

## 1.1. ALGUNOS INDICADORES DE LA ASISTENCIA A MISA EN AMÉRICA LATINA

El Observatorio del CELAM<sup>4</sup> realizó una investigación sobre la frecuencia de asistencia a la Misa dominical en América Latina,<sup>5</sup> cuyos resultados pre-

<sup>4</sup> Observatorio socio-pastoral del CELAM, dirigido por el Dr. RODRIGO GUERRA LÓPEZ.

<sup>5</sup> *Consideraciones en torno a la asistencia a servicios religiosos en el continente americano*, Dr. RODRIGO GUERRA LÓPEZ, Observatorio socio-pastoral del CELAM, 15 de noviembre de 2004. La información ha sido extraída de: Ronald Inglehart-Miguel Basañez et al., *Human Beliefs and Values. A cross-cultural sourcebook based on the 1999-2002 values surveys*, Siglo XXI, México 2004. Ronald Inglehart-Miguel Basañez et al., *The 1999-2002 Values Surveys Integrated Data File 1.0 (Companion CD ROM)*, Siglo XXI, México 2004. El estudio indica en cada caso la compañía responsable y la fecha. Los datos que se utilizan en este trabajo corresponden a los años 1997-2001. La mayoría de los datos son del año 2000. Los encuestados fueron varones y mujeres mayores de 18 años, exceptuando Ecuador, del cual no tenemos información sobre la edad de los encuestados. Las fuentes consultadas para los cuadros estadísticos sobre la asistencia a la Misa dominical en América Latina y el Caribe se consignan a continuación.

*Argentina*: Instituto Gallup / 22 de enero al 9 de febrero 1999 / n = 1280;

*Brasil*: Instituto Gallup / Otoño de 1997 / n = 1149;

*Chile*: Latinobarómetro-MORI / 9 al 19 de noviembre del 2000 / n = 1791;

sentamos a continuación. En ellos se exponen datos sobre la asistencia a servicios religiosos en 12 países<sup>6</sup> del Continente, con especial énfasis en la práctica religiosa al interior de la Iglesia católica.

Por «servicios religiosos» se comprenden, en ese estudio, las actividades propias de las diferentes religiones que permiten afirmar que un individuo «practica su religión». Quedan deliberadamente excluidas las asistencias a bodas, funerales y bautizos.

La República del Ecuador<sup>7</sup> figura solo en algunos cuadros, con datos que no provienen del estudio del Observatorio mencionado.

*Colombia:* Centro Nacional de Consultoría / Abril de 1998 / n = 6025;

*El Salvador:* Universidad Centroamericana José Simeón Cañas - FEPADE / Septiembre 1999 / n = 417;

*Venezuela:* Red Interuniversitaria de Cultura Política, Universidad de Zulia / 30 de noviembre al 30 de diciembre del 2000 / n = 1200;

*México:* Instituto Tecnológico Autónomo de México / 28 de enero al 7 de febrero 2000 / n = 1535;

*Perú:* Instituto Bartolomé de las Casas - Datum Internacional / 19 al 25 de julio 2001 / n = 1501;

*Puerto Rico:* Department of Political Science, University of Puerto Rico / 15 de abril al 15 de mayo de 2001 / n = 720;

*República Dominicana:* Centro POVEDA / Abril 1996 / n = 417;

*Uruguay:* Equipos Consultores Asociados / Octubre 1996 / n = 1000.

<sup>6</sup> La información sobre Ecuador no forma parte del estudio realizado por el Observatorio del CELAM, sino que fue añadida posteriormente.

<sup>7</sup> Estos datos fueron extraídos del *Informe de Investigación*, preparado para la Conferencia Episcopal Ecuatoriana por «Market-Estudios de mercado y opinión pública» (Julio 2000).

### *Datos generales*

A continuación podemos apreciar los porcentajes que corresponden al número de miembros de las diferentes confesiones.

	<i>Evangélicos</i>	<i>Otros</i>	<i>Protestantes</i>	<i>Católicos</i>	<i>No miembros</i>
<i>Total</i>	4.0%	2.9%	5.0%	69.7%	18.4%
<i>Argentina</i>	5.0%	2.4%	0.4%	79.0%	13.2%
<i>Brasil</i>	—	—	4.1%	81.9%	14.0%
<i>Chile</i>	7.6%	2.2%	2.0%	54.2%	34.0%
<i>Colombia</i>	2.1%	2.4%	0.7%	86.3%	8.5%
<i>Rep. Dominicana</i>	6.5%	2.8%	1.8%	63.5%	25.4%
<i>El Salvador</i>	32.2%	—	—	45.4%	22.4%
<i>México</i>	3.3%	1.6%	1.5%	74.1%	19.4%
<i>Perú</i>	7.2%	—	—	87.8%	5.0%
<i>Puerto Rico</i>	—	10.0%	14.6%	63.2%	12.3%
<i>Uruguay</i>	5.5%	4.5%	1.4%	40.6%	48.0%
<i>Venezuela</i>	—	0.3%	6.7%	65.9%	27.1%

Como puede apreciarse casi el 70% de la población en el Continente pertenece a la Iglesia Católica. La presencia evangélica y protestante alcanza un 9%. Sin embargo, el indicador que sobresale desde nuestro punto de vista es el referente a quienes no se reconocen como miembros de ninguna denominación religiosa. Este rubro alcanza casi el 20%. El dato no debería interpretarse unívocamente como «indiferencia religiosa» ya que sólo un 4.6% de la población continental<sup>8</sup> considera que la religión en sus vidas no es importante en absoluto. Al parecer se debe de interpretar como personas, que si bien se consideran

<sup>8</sup> Este dato se puede comprobar en el estudio realizado por el Observatorio socio-pastoral del CELAM, *op. cit.*

religiosas, no se sienten identificadas con alguna religión más o menos institucionalizada.

El Salvador y Uruguay son los únicos países en los que la Iglesia católica se encuentra por debajo de la media. Sobresale la situación del Uruguay ya que prácticamente es igual la proporción de personas que no se reconocen dentro de alguna religión (48%) que las pertenecientes a todas las religiones juntas. La presencia de la Iglesia católica en este país alcanza sólo el 40.6%.

#### *Frecuencia de asistencia a la Misa dominical<sup>9</sup>*

	<i>Más de 1 vez a la semana</i>	<i>Semanal</i>	<i>Mensual</i>	<i>Fiestas</i>	<i>Anual</i>	<i>Menos frecuente</i>	<i>Nunca</i>	<i>No responde</i>
<i>Argentina</i>	6.5%	17.4%	21.8%	10.3%	10.0%	12.9%	21.1%	—
<i>Brasil</i>	7.7%	28.3%	40.5%	11.2%	8.6%	—	3.2%	0.5%
<i>Chile</i>	12.1%	26.2%	17.7%	8.7%	9.9%	14.7%	10.7%	—
<i>Colombia</i>	9.1%	37.3%	23.5%	5.5%	7.6%	13.7%	3.3%	—
<i>Ecuador</i>	—	38.5%	26.5%	—	32 %	—	—	—
<i>República Dominicana</i>	20.0%	29.4%	13.5%	13.9%	3.7%	14.3%	4.1%	1.1%
<i>El Salvador</i>	34.5%	49.3%	7.9%	3.7%	1.5%	2.4%	0.5%	0.2%
<i>México</i>	13.6%	48.5%	19.7%	8.9%	3.6%	3.6%	1.8%	0.3%
<i>Perú</i>	13.7%	32.2%	26.8%	12.5%	6.2%	5.7%	2.8%	0.1%
<i>Puerto Rico</i>	18.4%	37.1%	16.0%	11.4%	4.9%	1.2%	10.7%	0.3%
<i>Uruguay</i>	4.3%	13.3%	18.6%	7.8%	11.8%	18.6%	25.6%	—
<i>Venezuela</i>	6.9%	28.2%	21.1%	15.6%	9.3%	12.8%	5.8%	0.3%

<sup>9</sup> Los datos que corresponden a Ecuador responden a una media entre los feligreses y público en general, a quienes se les preguntó: ¿Asiste usted a misa los domingos?, ofreciéndoseles las siguientes opciones: siempre, frecuentemente, de vez en cuando. Los resultados de esa encuesta se colocaron en el cuadro superior, junto a los demás países, buscando una cierta aproximación respecto de las diversas opciones que allí se encuentran. El mismo criterio se ha seguido en algunos cuadros sucesivos donde figura la República del Ecuador.

Una primera observación que podemos hacer, a partir del cuadro anterior, es sobre los datos de frecuencia a Misa más de una vez por semana. En este rubro se destacan El Salvador, Puerto Rico y la República Dominicana. Además de ostentar las cifras más altas en este punto, es mínima la diferencia que se observa en estos países con relación a aquellos que asisten a Misa semanalmente.

En cambio, Colombia y Venezuela, seguidas luego por México y Brasil, muestran una diferencia muy grande entre los que asisten a Misa semanalmente respecto de los que lo hacen más de una vez por semana. Le siguen Uruguay y Perú, y luego los demás países.

#### *Cumplimiento del precepto dominical*

En el cuadro que tenemos a continuación, podemos ver un panorama general acerca de la asistencia a la Misa dominical en América Latina.

En la primera columna, se han sumado los porcentajes de los que asisten más de una vez por semana y aquellos que lo hacen semanalmente. Tendríamos así un panorama aproximado de los católicos que cumplen con el precepto dominical.

En la columna siguiente se suman aquellos que asisten a Misa con cierta regularidad durante el año, sea en forma mensual, o para las fiestas, o anualmente. Esto nos estaría dando un dato importante sobre un grupo de católicos que, si bien no tienen una práctica semanal, en cierto modo mantienen un vínculo de comunión con Iglesia.

Finalmente, en la tercera columna se han colocado los porcentajes totales de los que tienen una frecuencia por debajo de la anual, sumados a aquellos que no lo hacen nunca. También en este rubro podemos observar unas cifras no menos importantes de católicos, que tienen un vínculo prácticamente nulo o nulo del todo

con la Iglesia. Aquí sobresalen Uruguay (44.2%), seguidos por Argentina (34%), Ecuador (32) y Chile (25.4%). El resto de los países está por debajo del 20%.

	<i>Más de 1 vez a la semana y semanal</i>	<i>Regularmente durante el año</i>	<i>Menos frecuente o nunca</i>
<i>Argentina</i>	23.9%	42.1%	34%
<i>Brasil</i>	36%	60.3%	3.2%
<i>Chile</i>	38.3%	36.3%	25.4%
<i>Colombia</i>	46.4%	36.6%	17%
<i>República Dominicana</i>	49.4%	31.1%	18.4%
<i>Ecuador</i>	38.5%	26.5%	32%
<i>El Salvador</i>	83.8%	13.1%	2.9%
<i>México</i>	62.1%	32.2%	5.4%
<i>Perú</i>	45.9%	45.5%	8.5%
<i>Puerto Rico</i>	55.5%	32.3%	11.9%
<i>Uruguay</i>	17.6%	38.2%	44.2%
<i>Venezuela</i>	35.1%	46%	18.6%

#### *Lugar de América Latina en la escala mundial*

En el cuadro siguiente, podemos observar el lugar de los países latinoamericanos en la escala mundial de asistencia (una vez a la semana o más) de las personas mayores de 18 años a servicios religiosos en la Iglesia católica. Recordemos que se excluyen deliberadamente las asistencias a bodas, funerales y bautizos, lo cual permite presumir que se trata de la asistencia a la Misa dominical.

De todos modos, con estos datos no es fácil sacar conclusiones. Pero notemos, por ejemplo, en la última columna las enormes diferencias que hay entre los países en esta materia. Mientras El Salvador se distancia con un 83% de todo el resto, en el extremo

opuesto está Uruguay con el 17.6%. México y Puerto Rico se mantienen por sobre la media. La República Dominicana, Colombia y Perú están ligeramente por debajo de la media. En cambio, Chile, Brasil y Argentina empiezan a disminuir progresivamente sus porcentajes de asistencia.

Por otra parte, es interesante notar también el caso de la República Dominicana, que figura entre los primeros lugares de asistencia a la Misa dominical, pero por otro lado, se encuentra entre los países con mayor propensión a justificar el aborto.<sup>10</sup> ¿No será ese dato un indicador más que nos alerta sobre la necesidad de catequesis y de formación de nuestro pueblo?

<i>País</i>	<i>Lugar en la escala mundial (Se toma en cuenta todas las religiones y la asistencia a servicios religiosos)</i>	<i>Lugar en la escala de América Latina (Se toman en cuenta sólo a los fieles de la Iglesia católica y la asistencia a servicios religiosos una vez al mes o más)</i>	<i>Porcentaje de asistencia de católicos a servicios religiosos una vez a la semana o más</i>
<i>El Salvador</i>	14	1	83.8%
<i>México</i>	11	2	62.1%
<i>Puerto Rico</i>	13	3	55.5%
<i>Rep. Dominicana</i>	21	6	49.4%
<i>Colombia</i>	18	7	46.4%
<i>Perú</i>	12	8	45.9%
<i>Chile</i>	33	9	38.3%
<i>Brasil</i>	10	10	36%
<i>Venezuela</i>	29	11	35.1%
<i>Argentina</i>	37	13	23.9%
<i>Uruguay</i>	57	14	17.6%

<sup>10</sup> Más del 8% de la población de la República Dominicana justifica el aborto en todos los casos, junto con Uruguay que lo hace en un 13%. Estos porcentajes son muy elevados si los comparamos con el resto de los países de América Latina, como por ejemplo: Perú 1.3%; Venezuela 1.5%; Colombia 1.7%; Puerto Rico 2.4%; los demás oscilan entre el 3% y el 4%. (Cf. *Consideraciones en torno a la asistencia a servicios religiosos en el continente americano*, Observatorio CELAM).

### *Una brevísima consideración final*

No es fácil extraer conclusiones sólo a partir de unos datos estadísticos. Éstos nos sirven para tener un panorama general. Entonces, tomando como punto de partida el panorama que nos dan estas cifras, podemos decir que, aproximadamente, la mitad de los católicos no asisten a Misa los domingos en América Latina. Por otra parte, hay datos que indicarían un cumplimiento sensiblemente menor sobre el precepto dominical en América Latina.<sup>11</sup>

Aún cuando no tengamos datos objetivos sobre tendencias acerca de la asistencia a la Misa dominical, estamos percibiendo que la misma no iría en aumento, sino que estaría disminuyendo. Esta percepción justifica las razones de esta reunión, en la que compartimos nuestra preocupación pastoral acerca de la poca frecuencia en la asistencia a la Misa dominical.

Sabemos que no es suficiente con aumentar sólo la cifra estadística en esta materia. Uniéndonos a los deseos del Santo Padre, quisiéramos que el aumento numérico fuera acompañado por un fortalecimiento de la fe, para lo cual la Eucaristía es el lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo vivo. La Misa dominical, sigue diciendo el Papa, debe ser compromiso y práctica constante de todos los fieles.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Los informes que provendrían de las diversas diócesis de América Latina estarían mostrando cifras menores de asistencia a la Misa dominical. De todos modos, el dato que fundamentalmente nos interesa es que la gente asiste poco a la Misa dominical y que esa asistencia iría disminuyendo en los próximos años.

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a los Miembros de la Comisión Pontificia para América Latina*, 23 de marzo de 2001.

## 1.2. ¿POR QUÉ LA GENTE ASISTE POCO A LA MISA DOMINICAL?

La experiencia pastoral y las estadísticas coinciden con el fenómeno que nos preocupa: la gente asiste poco a la Misa dominical. Esta baja participación se percibe incluso cuando nos comparamos con otras confesiones religiosas.<sup>13</sup> Entre los grupos religiosos, los católicos no nos distinguimos por cumplir con el precepto dominical. Por eso es necesario y urgente que nos preguntemos por las causas de este fenómeno que, por otra parte, amenaza dilatarse en los próximos años.<sup>14</sup>

Antes de ir a las causas, deberíamos aclarar dos puntos. El primero se refiere a la naturaleza de las causas por las cuales la gente asiste poco a Misa. Aquí se trata, por así decir, de las situaciones negativas que influyen en la disminución de la asistencia a la Misa dominical. Pero estas situaciones, miradas desde la fe, se convierten en desafíos pastorales, o sea, en oportunidades para que caminemos en esperanza con la ayuda de Cristo y la fuerza de su Espíritu. En segundo lugar, me limitaré preferentemente al fenómeno actual<sup>15</sup> de la poca asistencia a la Misa dominical en

<sup>13</sup> RODRIGO GUERRA LÓPEZ, *Consideraciones en torno a la asistencia a servicios religiosos en el continente americano*, Observatorio sociopastoral del CELAM, 15 de noviembre de 2004.

<sup>14</sup> La Iglesia católica en el Brasil ha perdido últimamente el 10% de sus miembros. Según IBGteen (International Biometric Group) las cifras del número de católicos en el Brasil en el año 1991 era del 83.3%; en el año 2000 ese número bajó al 73.8%. En cambio, en el mismo período, el número de evangélicos pasó de un 9% al 15.4%.

<sup>15</sup> «A pesar del intenso trabajo pastoral de la Iglesia, ha disminuido el número de católicos en la recepción de los sacramentos, especialmente en la participación en la Misa dominical; ha descendido el número de personas que se profesan católicas, muchas de las cuales se adhieren a otros grupos religiosos; crece la indiferencia religiosa y, entre los fieles laicos, se debilita el compromiso con las instituciones

América Latina y no me voy a detener en las causas históricas.<sup>16</sup>

Por otra parte, para una comprensión más amplia de este fenómeno habría que añadir otros, que de algún modo responderían a las mismas causas y que son, por ejemplo: la fuerte disminución de matrimonios y en menor medida de bautismos; el aumento de matrimonios que se separan y establecen nuevas uniones y el alto número de jóvenes que después de la Confirmación abandonan la práctica religiosa; la indiferencia religiosa crece y se debilita el compromiso de los laicos con las instituciones y comunidades eclesiales; la escasez de agentes de pastoral y de vocaciones sacerdotales y religiosas.

### *La causa principal*

Me animaría a afirmar que la causa principal por la cual la gente asiste poco a la Misa dominical es la falta de conocimiento. Esta falta puede originarse por ignorancia o por sustitución. Por ignorancia, cuando la persona no tuvo noticia de la verdad de Jesucristo. Por sustitución, cuando la persona tuvo noticia de Jesucristo, pero por diversas razones, la sustituyó

y comunidades eclesiales; los agentes pastorales son insuficientes y con una escasa formación para la tarea evangelizadora que resulta muy exigente; y aún hace falta superar el clericalismo y darle en la Iglesia el lugar que les corresponde a los laicos, especialmente a la mujer» (*Caminando hacia la V Conferencia*, capítulo sobre los desafíos).

<sup>16</sup> Dejo expresamente de lado las consecuencias que la primera evangelización pudo haber dejado en la conducta de los pueblos de América Latina y el Caribe por las prolongadas ausencias del misionero sacerdote, quien regresaba a esos pueblos muy de vez en cuando para celebrar la Santa Misa. Esta situación generó, por otra parte, una rica espiritualidad de peregrinación a los santuarios, que ayudaba a mucha gente a conservar su fe católica, su pertenencia eclesial y los valores cristianos.

por otras que ahora ocupan su mente y su corazón.<sup>17</sup> En nuestra reflexión nos referimos preferentemente a esta última categoría de personas.

No debemos confundir esta falta de conocimiento con la falta de motivación. La falta de motivación es una consecuencia de la falta de conocimiento. La falta de motivación aparece cuando el conocimiento entra en una etapa de confusión y sollicitación por otros conocimientos, los cuales aparecen más atractivos y por consiguiente más motivadores.

Tampoco debemos confundirlo con el conocimiento que propuso la Ilustración. Ésta tentó al conocimiento<sup>18</sup> y le sugirió el encanto del poder por acumulación. Así, el ser humano alimentó su autosuficiencia hasta el extremo de afirmar su identidad con el «pienso, luego existo». Las consecuencias de aquel «pienso, luego existo» se transformaron rápidamente en «pienso, luego soy dueño de mí mismo».

En cambio, el verdadero conocimiento conduce a un reconocer agradecido, que podríamos expresar en frases como éstas: pienso, luego me comunico; pienso, luego soy comunión; pienso, luego soy encuentro.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Mt 13,3-9.18-23. La parábola del sembrador es altamente significativa al respecto.

<sup>18</sup> En la misma línea estaría la tentación gnóstica, presente en la cultura postmoderna.

<sup>19</sup> Es fácil descubrir el reflejo trinitario que se proyecta desde este modo de concebir la identidad humana. Por el contrario, en la gélida afirmación «pienso luego existo», no hay otra proyección que la del propio individuo. Por eso, Ernesto Sábato, en una de sus últimas obras escribe: «No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía» (*Antes del fin*, p. 193). Afirmado el ser humano desde sí mismo, no puede dejar de hundirse entre «el ser y la nada». Por

Para iluminar esto, tengo presente dos textos bíblicos: *Génesis* 3, donde se describe la tentación y el pecado del hombre;<sup>20</sup> y *Romanos* 10,14,<sup>21</sup> donde se propone el conocimiento como camino para la fe. Por eso, san Pablo es categórico al escribirle a Timoteo: «predica esto y enséñalo».<sup>22</sup> Podríamos glosar a san Pablo diciendo: comunica esta noticia y enséñala para que los hombres sepan, es decir, tengan conocimiento. Como veremos en seguida, este conocimiento hace referencia a la verdad, que es mucho más que las nociones que de la misma logramos elaborar: es la verdad del encuentro con Jesucristo vivo. La verdad es él y el encuentro con él nos coloca en el camino de la verdad.

En efecto, como podemos notar, al hablar de conocimiento, nos referimos a aquel conocimiento que lleva inmediatamente a la comunión de amor con el «objeto» conocido. Porque se conoce en verdad sólo aquello que se ama y no es posible amar lo que no se conoce. Este conocimiento lleva en sí la dinámica de la acogida y del encuentro, es un conocimiento que crea comunión. Cuando se pierde esta dimensión del conocimiento, se ha perdido una dimensión fundamental de la persona humana: la dimensión de comunión.

eso, Jean-Paul Sartre no puede sino concebir su vida paralela con la de Simone de Beauvoir, sin jamás poder encontrarse.

<sup>20</sup> Es interesante saber que la serpiente se traduce por *logismos*, que significa mal pensamiento. Se transforma en mal pensamiento desde el momento en que el hombre busca apoderarse de la vida y no responder ante nadie por ella, es decir, transformarse en: «conocedores del bien y del mal», dueños absolutos de sí mismos.

<sup>21</sup> *Rm* 10,14: «Pero, ¿cómo invocarlo sin creer en él? ¿Y cómo creer, sin haber oído hablar de él? ¿Y cómo oír hablar de él, si nadie lo predica?».

<sup>22</sup> *1 Tim* 4,11.

En conclusión, se debilita o se pierde la motivación de ir a Misa cuando se debilita o se pierde el conocimiento, la noticia o el verdadero saber de lo que acontece en ese encuentro.

Fue muy oportuno colocar el tema del papel de los catequistas con relación a la asistencia a la Misa dominical y a las celebraciones en ausencia de presbítero. Son ellos los primeros llamados a colaborar con los párrocos y los obispos en la misión, y llevar adelante una profunda catequesis sobre la Eucaristía, respondiendo a la interpelación de Pablo: «predica esto y enséñalo».

### *Tres causas importantes*

A continuación voy a señalar tres causas importantes, que se derivan de la anterior y de las cuales, a su vez, se derivan otras. Luego, señalaré algunas causas más generales que influyen sobre las primeras y contribuyen a agravarlas:

a) En primer lugar, la poca asistencia a la Misa dominical en América Latina habría que situarla, principalmente, en el debilitamiento o, inclusive, en la pérdida de la fe. Se trata de la disolución o ruptura del vínculo que mantiene una adhesión personal, viva y total a Jesucristo.<sup>23</sup> Ese debilitamiento de la fe no habría que buscarlo sólo en los que se alejan de la Iglesia, sino también en los mismos miembros que permanecemos en ella: obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, agentes de pastoral y fieles laicos en general.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> «En efecto, participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida» (JUAN PABLO II, Encíclica *Veritatis Splendor*, n. 107).

<sup>24</sup> SAN AGUSTÍN, en la *Prima Catechesi Cristiana* (n. 14.22), respondiendo a inquietudes catequísticas de Deogratias, le advierte que

b) En segundo lugar, el debilitamiento de la fe en Jesucristo vivo lleva al debilitamiento de la comunión y de la pertenencia a la comunidad eclesial.<sup>25</sup> La consecuencia de esta situación, en el mejor de los casos, lleva a la persona a buscar nuevas experiencias religiosas en otras iglesias y, en el peor de los casos, a una vida sin horizontes de trascendencia, sumergida en el individualismo, el secularismo y el materialismo, que invaden hoy la mente y el corazón del ser humano.

c) En tercer lugar, la fe va íntimamente unida al testimonio.<sup>26</sup> A una fe débil sigue un testimonio mediocre.<sup>27</sup> Esta anomia del testimonio resquebraja la comunión y la solidaridad en la comunidad. Entonces sucede la experiencia contraria del « todos compartían y no había pobres entre ellos »:<sup>28</sup> aparece el individualismo materialista de Ananías y Safira.<sup>29</sup> De esta suerte, la experiencia de fe que no va acompañada del testimonio, se convierte en algo poco creíble y nada atrayente.<sup>30</sup> Esta falta de coherencia entre fe y vida, y

« talvolta il discorso [catequístico] è reso difficile per la scontentezza causata da un nostro errore o peccato ».

<sup>25</sup> JUAN PABLO II observa que « esta peculiar eficacia para promover la comunión, propia de la Eucaristía, es uno de los motivos de la importancia de la Misa dominical » (*Ecclesia de Eucharistia*, 41).

<sup>26</sup> « La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio » (PABLO VI *Evangelii Nuntiandi*, n. 21).

<sup>27</sup> A propósito, el documento de Santo Domingo constata « una falta de coherencia entre la fe y la vida en muchos católicos, incluidos, a veces nosotros mismos o algunos de nuestros agentes pastorales. La falta de formación doctrinal y de profundidad en la vida de la fe hace de muchos católicos presa fácil del secularismo, el hedonismos y el consumismo que invaden la cultura moderna y, en todo caso, los hace incapaces de evangelizarla » (Conclusiones, *IV - Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 44).

<sup>28</sup> *Hech* 2,44-47.

<sup>29</sup> *Hech* 5,1-11.

<sup>30</sup> Con relación al testimonio es necesario que hagamos una precisión fundamental. El testigo de la fe debe estar dispuesto a dar la vida. Cuando se pierde del horizonte cristiano esta dimensión martirial, el testimonio pierde su correlativo esencial: Jesucristo muer-

entre fe y cultura, fue señalada como el drama de nuestro tiempo.<sup>31</sup>

En resumen, la fe en Jesucristo y en la Iglesia, acompañada por un testimonio coherente de vida y compromiso, constituyen el soporte fundamental de la vida del cristiano católico. Cuando se debilita una, pierde también la otra. La nueva evangelización deberá centrar cada vez más sus esfuerzos en predicar a Jesucristo vivo e incorporar vivamente sus miembros a la Iglesia. El lugar privilegiado del encuentro de la comunidad es la Misa dominical. Sin ésta, no hay comunidad ni hay Iglesia. La catequesis tiene en esto un desafío y una tarea enormes. De allí que la reflexión hacia la V Conferencia General se vaya centrando en el discípulo de Jesucristo en la Iglesia católica en vista de la nueva evangelización.

#### *Otras causas*

Si hacemos un recorrido de los estudios sobre la realidad actual y sus desafíos,<sup>32</sup> podemos descubrir allí

to y resucitado, cuerpo entregado y sangre derramada, único camino de vida y de comunión para los seres humanos. Esta dimensión martirial tiende a desaparecer del horizonte de la vida del cristiano. Se trata del martirio en el sentido cabal del término: la totalidad en la entrega de la propia vida, inclusive y ordinariamente por el camino de la coherencia en los compromisos cotidianos de la vida del cristiano. No extraña, pues, que a esta desaparición la acompañen también en cierto modo la profecía y la diaconía. El misterio de la Eucaristía se vacía de sentido sin esas tres dimensiones (martirio, profecía y diaconía). Por consiguiente, vaciada de sentido la Eucaristía, es abandonada o sustituida por otras reuniones familiares o entretenimientos que se ofrecen para el descanso semanal y que satisfacen inmediatamente las necesidades de las personas.

<sup>31</sup> Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 20.

<sup>32</sup> *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, Principios y orientaciones, Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, nn. 47-59. *Misión y Ministerios de los cristianos laicos*, Conferencia Nacional de los Obispos del Brasil (año 1999), Colección Documentos CELAM (n. 158), n. 22-43. *La Celebración del Día*

cuáles son las causas culturales, sociales, religiosas, políticas y económicas que influyen sobre los fieles católicos en América Latina, para que cumplan cada vez menos con el precepto dominical.

Optamos por agrupar las causas en generales y particulares. Por causas generales entendemos aquellas que conforman el momento histórico que estamos viviendo, caracterizado fundamentalmente por un profundo cambio de época. Y por causas particulares entendemos aquellas que se originan en el interior de la comunidad eclesial. Con todo, hay que tener en cuenta que esta distinción es relativa, porque en realidad unas y otras interactúan e influyen simultáneamente sobre la vida de las personas.

#### *Causas generales*

La cultura de la modernidad, que tiende a suplantarse la cultura tradicional, se caracteriza por la crítica del pasado y el ofrecimiento de diferentes modelos de vida. A esta cultura de masa, sustentada por una fuerte difusión de los medios de comunicación masiva, resisten, con dificultades, la cultura popular, con sólidas raíces en el mundo rural.

En esa nueva cultura subyace una concepción relativista de la verdad y en extremo individualista de la libertad. Se difunde un relativismo moral y un materialismo a todos los niveles, generando una grave crisis en la jerarquía de valores de nuestros pueblos, lo

*del Señor*, «Reto actual a la identidad cristiana», Documentos de Estudio n. 4, CELAM (año 2003), pp. 83-84. CELAM, *Plan Global 2003-2007*, «Hacia una Iglesia, casa y escuela de comunión y de solidaridad en el mundo globalizado», nn. 61-119. *Caminando hacia la V Conferencia General*, material de trabajo para las Conferencias Episcopales, año 2004.

cual va resquebrajando la identidad del hombre y la mujer de hoy, lo mismo que de la familia y de las comunidades locales.<sup>33</sup> Desde esta óptica, no existen verdades absolutas, sino que todas son contingentes y revisables; ni existen valores que merezcan una adhesión permanente e incondicional.

La presencia de Dios, en estos ambientes, ha ido desapareciendo progresivamente para dar paso a un indiferentismo religioso, a un agnosticismo intelectual, a un secularismo agresivo y, en muchas partes, a un laicismo exacerbado que niega a los creyentes la posibilidad de manifestar públicamente su fe.

Sin embargo, se puede observar un nuevo interés por la religión. En este aspecto, a los sociólogos les sorprende la actitud religiosa de la inmensa mayoría de los latinoamericanos. Pero las nuevas actitudes religiosas, más que mirar hacia la revelación de Dios, buscan la solución de problemas personales. Así, el sentido religioso de la vida va siendo relegado al ámbito de lo privado y subjetivo. Se pierde así la vinculación de la fe con lo público y por consiguiente con la comunidad. De allí también la dificultad de vivir la «mediación sacramental» en el encuentro con Dios.

De fondo se manifiesta un problema antropológico subyacente en la sociedad actual causado, entre otras cosas, por la cultura de lo inmediato, el debilitamiento de la identidad del varón y la mujer, la confusa

<sup>33</sup> «Hoy la fe sencilla de vuestros pueblos sufre el embate de la *secularización*, con el consiguiente debilitamiento de los valores religiosos y morales. En los ambientes urbanos crece una modalidad cultural que, confiando sólo en la ciencia y en los avances de la técnica, se presenta como hostil a la fe. Se transmiten unos «modelos» de vida en contraste con los valores del Evangelio. Bajo presión del *secularismo*, se llega a presentar la fe como si fuera una amenaza a la libertad y autonomía del hombre» (JUAN PABLO II, *Discurso inaugural en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 11).

teoría de la «perspectiva de género», la desintegración familiar, el permanente ataque a todo lo institucional, el relativismo ético y axiológico, la separación fe-ética y fe-vida, y la cultura de los derechos sin responsabilidades.

La ilusión de emancipación total encandila hoy al ser humano y se difunde desde el ambiente científico y cultural a través de los medios de comunicación, creando una fuerte desconfianza hacia todo lo que escapa al control de la razón y por consiguiente a todas las verdades de la fe. De la mano van la difusión del relativismo moral, la destrucción de la verdad objetiva y el desprecio y el abandono de la ley natural. Es necesario elaborar un diagnóstico más preciso que permita identificar con mayor claridad el cambio antropológico y cultural que se está experimentando en América Latina y el Caribe.

Las consecuencias de esta mentalidad influyen negativamente sobre todo en los niños y en los jóvenes. Es preocupante en muchos sectores la continuidad del compromiso cristiano de los niños que toman la primera comunión y luego los jóvenes que reciben el sacramento de la confirmación. El porcentaje de deserción que manifiestan estos grupos en el cumplimiento de asistir a la Misa dominical es por lo general muy alto.

El secularismo hedonista afecta sobre todo a las nuevas generaciones, que abandonan la práctica eucarística dominical. Este fenómeno se percibe tanto en los centros urbanos, en las periferias pobres de las grandes ciudades, como en los ambientes rurales con escasa atención pastoral.

Las migraciones y desplazamientos humanos llevan a que las personas debiliten o pierdan sus vínculos de pertenencia a una comunidad. Esto se verifica, sobre todo, en las migraciones del campo a

la ciudad, provocadas por la pobreza y por la falta de políticas de arraigo, por la guerra (como es el caso de Colombia).

Se extienden los cordones de pobreza<sup>34</sup> y miseria que rodean las grandes ciudades con la llegada constante de familias que emigran del campo a la ciudad y viven allí en condiciones muy precarias. El insuficiente acompañamiento pastoral a estos grupos humanos, la mayoría de ellos con una práctica religiosa al menos frecuente, hace que se debiliten sus raíces religiosas.

«El fracaso de la cultura moderna en su pretensión de brindar sentido a la existencia humana y la dificultad pastoral para mantener la identidad cristiana de nuestros pueblos, han dado lugar a la búsqueda creciente de alternativas religiosas y han favorecido la aparición de un auténtico supermercado religioso».<sup>35</sup> En casi todos los países de América Latina y el Caribe la oferta de sectas y grupos religiosos es cada día más amplia, desarrollando un proselitismo agresivo; de igual manera, crece el sincretismo religioso que propicia la «Nueva Era», donde sobresale el relativismo moral subjetivo.

La Eucaristía es el lugar privilegiado de la unidad,<sup>36</sup> donde la comunión es anunciada y cultivada

<sup>34</sup> Las tasas de pobreza e indigencia han aumentado en América Latina y el Caribe en los últimos años. De acuerdo con las estadísticas de organismos internacionales, la población pobre alcanza la suma de 226 millones, de los cuales 102 millones son pobres extremos; y de éstos 54 millones sufren de desnutrición, afectando especialmente a los niños y niñas menores de 5 años. A esto se agrega que nuestra región es la más inequitativa del mundo. (Cf. *Documento conclusivo* [n. 7] del III Simposio sobre Ética, Política y Economía, Quito-Ecuador, Septiembre de 2004).

<sup>35</sup> CELAM, *Plan Global 2003-2007*, «Hacia una Iglesia, casa y escuela de comunión y de solidaridad en el mundo globalizado», n. 107.

<sup>36</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Dies Domini*, n. 36.

constantemente.<sup>37</sup> Es un espacio de encuentro universal, en donde hay lugar para el niño y el anciano, el pobre y el rico, el enfermo y el sano, el culto y el inculto; para las diferencias étnicas, políticas y culturales. Es un lugar donde la comunión no se limita a la asamblea, sino que inmediatamente se experimenta abierta hacia una comunión universal.<sup>38</sup> Es de los pocos espacios tan universales que se conservan en medio de nuestro pueblo, hoy amenazados por la fragmentación social, consecuencia de una concepción subjetivista e individual de la vida. Esta fragmentación lleva al abandono de valores como la solidaridad, el interés por el bien común, la visión trascendente de la vida, la gratuidad y la dimensión martirial.<sup>39</sup>

### *Causas particulares*

Ya hace más de una década, el documento de Santo Domingo comprobaba que «no se ha logrado aún plena conciencia de lo que significa la centralidad de la liturgia como fuente y culmen de la vida eclesial, se pierde en muchos el sentido del «día del Señor» y de la exigencia eucarística que conlleva».<sup>40</sup> En consecuencia, la formación catequética sobre la importancia

<sup>37</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 41.

<sup>38</sup> «Cada comunidad, al reunir a todos sus miembros para la fracción del pan, se siente como el lugar en el que se realiza concretamente el misterio de la Iglesia. En la celebración misma la comunidad se abre a la comunión con la Iglesia universal, implorando al Padre que se acuerde de la Iglesia extendida por toda la tierra, y la haga crecer, en la unidad de todos los fieles con el Papa y con los Pastores de cada una de las Iglesias, hasta su perfección en el amor» (*Dies Domini*, n. 34).

<sup>39</sup> «La participación sucesiva en la Eucaristía es (...) principio y fuerza del don total de sí mismo» (*Veritatis Splendor*, n. 21).

<sup>40</sup> *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 43; cf. JUAN PABLO II, *Dies Domini*, n. 5.

y centralidad de la Eucaristía para la santificación del domingo se convierte en una urgencia y prioridad pastoral.

Más recientemente, el *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*,<sup>41</sup> hizo un cuidadoso análisis de la problemática actual sobre la liturgia y la piedad popular, y señaló las causas del desequilibrio entre ambas.<sup>42</sup> Una lectura atenta de las causas de este desequilibrio revela que algunas de ellas pueden influir en la disminución de la asistencia a la Misa dominical.

Al respecto y muy sintéticamente, extraigo de ese *Directorio* alguna nota de interés sobre el particular. Por ejemplo, se observa que hay una escasa conciencia o disminución del sentido de la Pascua y del lugar central que ocupa en la historia de la salvación, de la cual la Liturgia cristiana es actualización; también se da un desconocimiento del lenguaje propio de la Liturgia, por el que los fieles pierden en gran medida el sentido de la celebración, prefiriendo un lenguaje más

<sup>41</sup> *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia – Principios y Orientaciones*, Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (2002), Documento CELAM n. 164.

<sup>42</sup> El mencionado *Directorio* aclara que «no se debe plantear la relación entre Liturgia y piedad popular en términos de oposición, pero tampoco de equiparación o de sustitución. De hecho, la conciencia de la importancia primordial de la Liturgia y la búsqueda de sus expresiones más auténticas no debe llevar a descuidar la realidad de la piedad popular y mucho menos a despreciarla o a considerarla superflua o incluso nociva para la vida cultural de la Iglesia» (n. 50). Más adelante afirma que «Liturgia y piedad popular son dos expresiones legítimas del culto cristiano, aunque no son homologables. No se deben oponer, ni equiparar, pero sí armonizar (...) en cualquier caso, la Liturgia deberá constituir el punto de referencia para encauzar con lucidez y prudencia los anhelos de oración y de vida carismática que aparecen en la piedad popular; por su parte la piedad popular, con sus valores simbólicos y expresivos, podrá aportar a la Liturgia algunos referencias para una verdadera enculturación, y estímulos para un dinamismo creador eficaz» (n. 58, citando el documento de *Puebla*, 465e).

adecuado a las exigencias y situaciones concretas de la vida cotidiana; hay una pérdida del sentido del sacerdocio universal, que da lugar a que a veces los fieles se orienten hacia la práctica de ejercicios de piedad, en los cuales se consideran participantes activos.

Todo el apartado sobre este punto concluye señalando la importancia de la formación litúrgica y la formación en lo referente a la piedad popular tanto del clero como de los laicos.<sup>43</sup>

En el último Congreso Eucarístico Internacional (Guadalajara, octubre 2004) se ha hablado de la fe en la sagrada Eucaristía en las Iglesias que peregrinan en América Latina.<sup>44</sup> Entre las «sombras» que se proyectan sobre la vida eucarística en el Continente, se dijo que hay una tendencia a la minimización del valor sacrificial de la Sagrada Eucaristía. Se pone más el acento en el sentido de “una comida de acción de gracias”, de un convivio social para las interrelaciones humanas, al grado que casi desaparece su intrínseco valor sacrificial. Todavía no se tiene una suficiente conciencia clara del ejercicio del sacerdocio común como participación plena, consciente y activa —aunque esencialmente distinta— del oficio del sacerdote ordenado. En algunos lugares se han omitido las formas tradicionales del Culto al Sacramento, como la Bendición con el Santísimo, procesiones, visita orante al Señor Sacramentado. Haciendo referencia al documento de *Santo Domingo*,<sup>45</sup> se recordó que no se atiende todavía el proceso de una sana incultura-

<sup>43</sup> *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, n. 59.

<sup>44</sup> *La sagrada Eucaristía en las Iglesias que peregrinan en América Latina*, conferencia pronunciada durante el XLVIII Congreso Eucarístico Internacional por Mons. Emilio Carlos Berlie Belaunzarán, Arzobispo de Yucatán, México, el 12 de octubre de 2004.

<sup>45</sup> *IV Conferencia General de Episcopado Latinoamericano*, n. 43.

ción de la Liturgia y esto hace que las celebraciones sean aún para muchos, algo ritualista y privado, que no los hace conscientes de la presencia transformadora de Cristo y de su Espíritu, ni se traduce en un compromiso solidario para la transformación del mundo.

A continuación recojo libremente algunas opiniones de sacerdotes, que están comprometidos en la pastoral ordinaria en sus parroquias, sobre las causas de disminución de asistencia a la Misa dominical.

- En algunos lugares, culturalmente no está incorporado el domingo como «Día del Señor». La religión sigue un ritmo diferente: aniversarios de difuntos, fiestas patronales, etc.
- La falta de una adecuada preparación de las celebraciones.
- La exaltación de la sensibilidad a través de la televisión, videos, Internet, equipos de música hace que se perciban las celebraciones litúrgicas como excesivamente monótonas.
- Limitaciones o desaciertos en quien ejerce la presidencia de la Misa: homilías demasiado largas, falta de unción en el sacerdote que preside, premura por terminar, etc.
- La imposibilidad de comulgar por parte de algunos cristianos en situaciones irregulares termina alejándolos de la celebración eucarística en su conjunto.
- Historias particulares de conflicto con el sacerdote o con algunos miembros más activos de la comunidad, que influyen en la distancia que algunos adoptan frente al culto oficial.

- La catequesis que damos no logra transmitir a los jóvenes una clara cosmovisión cristiana, con una fe y un amor firmemente arraigados en Jesucristo, una activa pertenencia a la Iglesia y un compromiso solidario con los demás.<sup>46</sup>

<sup>46</sup> En octubre de 2004 se realizó un sondeo a 60 estudiantes, entre los 16 y 17 años, de un colegio católico, ubicado en el cono urbano de la ciudad de Buenos Aires. A todos se les preguntó qué es la Misa; a 42 de ellos se les pidió que escribieran las razones por las cuales no iban a Misa y a 18 las razones por las que iban a Misa.

A la pregunta qué es la Misa, un poco más del 50% respondieron con frases vagas como, por ejemplo, «es un momento para estar con Dios». El 30% entendió que la Misa es un momento para revisar la propia vida, para pedir, para agradecer, para rezar y para estar en paz. Un 15% utilizó en su respuesta expresiones como «Palabra de Dios», «presencia de Cristo en la Eucaristía», «comunión», «estar con los hermanos», pero sin clara referencia al Misterio de la Eucaristía.

Respecto de las razones por las cuales no asistían a Misa, más del 50% dijo que «se puede estar (hablar) con Dios sin ir a Misa». El 30% fue categórico en decir que ir a Misa «es aburrido», «no tengo tiempo», «necesito descansar» o expresiones similares. Y un 15% dijo que concurría a Misa de vez en cuando.

Del grupo que respondió dando razones por las cuales iba a Misa, un 50% dijo que lo hace porque siente alivio, cercanía de Dios y paz. Un 20% agrega que asiste «para recibir a Jesús en la Eucaristía», «encontrarse con Jesús», «encontrarse con Dios». Menos del 10% alude a la dimensión comunitaria de la Misa, diciendo que concurre para «compartir en comunidad»; otro tanto se refiere a la necesidad de cumplir con la «obligación cristiana», en la posibilidad de «conocer más la Biblia» y «conocer más a Jesús». Dos se refieren a la confesión de los pecados, a la necesidad de pedir y de agradecer.

Ninguna respuesta indica que alguno de los encuestados asista regularmente a la Misa dominical.

Esta muestra nos permite observar una seria deficiencia de conocimiento sobre qué es la Misa. Estos datos se suman a otros similares para indicarnos cuáles son los desafíos actuales para la evangelización y la catequesis.

## 2. LA CELEBRACIÓN DOMINICAL EN COMUNIDADES SIN SACERDOTE

Antes de introducir el tema de la celebración dominical en ausencia de presbítero, quisiera hacer una breve referencia a la participación de los fieles laicos en la misión de la Iglesia y de sus ministerios, oficios y funciones, ámbito en el cual se mueve el tema que ahora nos ocupa.

### 2.1. UNA FELIZ CONSTATAción: LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES LAICOS

Con el impulso del Concilio Vaticano II y por el Magisterio Pontificio, se ha hecho un fecundo camino para promover ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, pudiéndose verificar un sorprendente florecer de iniciativas pastorales.<sup>47</sup> El llamado a la participación activa de todos los fieles en la misión de la Iglesia ha suscitado nuevas energías de santidad y de participación de tantos fieles laicos. Esta constatación se puede evidenciar América Latina, donde la vida y acción de la Iglesia sería imposible de imaginar sin la participación del laicado en general y de los ministerios laicales en particular.<sup>48</sup>

Esto se manifiesta en un nuevo estilo de relaciones y colaboración entre Obispos y Presbíteros y de ellos con su pueblo, caracterizadas por mayor sencillez, comprensión y amistad en el Señor;<sup>49</sup> por la participación activa de los laicos en la liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y en la catequesis; por

<sup>47</sup> Cf. *Instrucción sobre algunas cuestiones...* (*op. cit.*).

<sup>48</sup> Cf. *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 95.

<sup>49</sup> *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 626 (Puebla, 1979).

los múltiples servicios y tareas confiadas a los fieles laicos y por ellos asumidas; por el fresco florecer de grupos, asociaciones, movimientos de espiritualidad y compromiso social y caritativo; por la participación más amplia y significativa de las mujeres en la vida de la Iglesia y en el desarrollo de la sociedad.<sup>50</sup> Llena de gozo constatar que son innumerables los fieles laicos que llevan una vida santa, testimoniada tantas veces hasta el heroísmo.

## 2.2. Y UNA ARDUA TAREA:

### CLARIFICAR Y ACOMPAÑAR ESA PARTICIPACIÓN

Como hemos visto, las nuevas energías de santidad y participación de tantos fieles laicos dio lugar a un sorprendente florecer de iniciativas pastorales. Estas nuevas energías, suscitadas por el Espíritu Santo, necesitan ser clarificadas,<sup>51</sup> promovidas y orientadas, lo cual representa una ardua tarea para la Iglesia en América Latina, especialmente en lo que se refiere al ámbito de la participación de los fieles laicos en la misión de la Iglesia.

En Santo Domingo se planteó como urgencia de la hora presente en América Latina «que todos los laicos sean protagonistas de la Nueva Evangelización, la Promoción Humana y la Cultura Cristiana. Es ne-

<sup>50</sup> Cf. *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los Fieles Laicos en el sagrado Ministerio de los Sacerdotes*, Instrucción Interdicasterial, *Premisa*, (15 de agosto de 1997); Cf. *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, nn. 104-110 (Santo Domingo, 1992).

<sup>51</sup> El Informe sobre la realidad de los Ministerios Laicales en América Latina, al que hicimos alusión más arriba (cf. nota al pie n. 3), revela una gran diversidad terminológica y en realidad una verdadera confusión en cuanto al uso de los términos relacionados con los ministerios confiados a los laicos. Es un clamor casi unánime el que se haga un esfuerzo de clarificación en esta materia.

cesaria la constante promoción del laicado, libre de todo clericalismo y sin reducción a lo “intraeclesial”». <sup>52</sup>

Desde la *Ministeria Quaedam*, pasando por *Christi fideles laici* y *Ecclesia de Eucharistia*, hasta la *Redemptionis Sacramentum*, hubo muchas alocuciones del Santo Padre en las visitas *ad limina* sobre este tema, varias de ellas dirigidas a diversos episcopados en América Latina. <sup>53</sup> En todos estos documentos se puede apreciar una línea común de pensamiento acerca de la participación de los fieles laicos en la misión de la Iglesia. Hay dos principios que se mantienen constantes:

a) El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. A ellos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. <sup>54</sup>

b) Los laicos también pueden ser llamados de diversos modos a una colaboración más inmediata con el apostolado de la Jerarquía. <sup>55</sup>

La participación de los laicos en la misión de la Iglesia se ha desarrollado más en el ámbito de la colaboración con el «apostolado de la Jerarquía», que en el ámbito secular, que les es propio y peculiar. <sup>56</sup> En consecuencia, ese desarrollo ha llevado a profundizar más la reflexión sobre los «diversos modos» de colaboración. En esos diversos modos está

<sup>52</sup> *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 97.

<sup>53</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la Conferencia Episcopal de las Antillas en la visita Ad limina apostolorum*, 7 de mayo de 2002; JUAN PABLO II, *Discurso al cuarto grupo de Obispos de Brasil la visita Ad limina apostolorum*, 21 de septiembre de 2002.

<sup>54</sup> *Lumen Gentium*, n. 31.

<sup>55</sup> *Lumen Gentium*, n. 33. Cf. *Christi fideles laici*, n. 15.

<sup>56</sup> El documento de *Santo Domingo* animó la participación de los laicos en los diversos niveles de la estructura eclesial, pero advirtió que era preciso evitar que los laicos reduzcan su acción al ámbito intraeclesial (n. 97).

implícito el planteo sobre los ministerios, oficios y funciones de los laicos, teniendo en cuenta la distinción de los ministerios ordenados, que son los que derivan del sacramento del Orden.<sup>57</sup>

Para explicitar un poco más los diversos modos de colaboración, quisiera recordar los principios doctrinales que ofrece la Instrucción Interdicasterial *Sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los Fieles Laicos en el Sagrado Ministerio de los Sacerdotes*,<sup>58</sup> en la que se recoge y sintetiza la doctrina del Magisterio sobre esta materia.

a) La diferencia esencial entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial no se encuentra en el sacerdocio de Cristo, el cual permanece siempre único e indivisible.

b) La diversidad está en relación con el modo de participación en el sacerdocio de Cristo.

c) El modo de participación del sacerdocio ministerial tiene su raíz en la sucesión apostólica y está dotado de una potestad sacra, la cual consiste en la facultad y responsabilidad de obrar *in persona Christi* Cabeza y Pastor. Esto es lo que hace de los sagrados ministros servidores de Cristo y de la Iglesia, por medio de la proclamación autorizada de la Palabra de Dios, de la celebración de los Sacramentos y de la guía pastoral de los fieles.

d) El modo de participación de los fieles laicos, sólo en algunas funciones y en cierta medida, es de colaboración, si son llamados a ella por la legítima Autoridad y en los debidos modos.

Estos principios teológicos tienen en América Latina todavía un arduo camino por delante, para que se conviertan en una fecunda expresión de uni-

<sup>57</sup> Cf. *Christi fideles laici*, n. 22.

<sup>58</sup> *Idem*, cf. nn. 1, 2 y 3.

dad en la diversidad,<sup>59</sup> construyan la comunión eclesial, y se transformen en asumidas y efectivas orientaciones pastorales.

### 2.3. ORIENTACIONES DEL MAGISTERIO PARA LAS CELEBRACIONES DOMINICALES EN AUSENCIA DE PRESBITERO

En forma resumida, quisiera recordar las principales orientaciones del Magisterio sobre este tema. Veamos primero el *Directorio para las celebraciones dominicales en ausencia del presbítero*.<sup>60</sup> Allí, luego de presentar en la *Introducción* las diversas circunstancias que impulsaron su elaboración, revela que «los Obispos han considerado necesario establecer otras celebraciones dominicales ante la falta del presbítero, para que se pudiese tener una asamblea cristiana del mejor modo posible, y se asegurase la tradición cristiana del domingo». <sup>61</sup> A continuación, el *Directorio*, recuerda algunos elementos doctrinales sobre el domingo y establece las condiciones que legitiman tales celebraciones en las diócesis, haciendo algunas indicaciones para su recto desarrollo. Luego, en el Capítulo II,

<sup>59</sup> «Los Pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros y al de los restantes fieles; éstos, a su vez, asocien gozosamente su trabajo al de los Pastores y doctores. De esta manera, todos rendirán un múltiple testimonio de admirable unidad en el Cuerpo de Cristo. Pues la misma diversidad de gracias, servicios y funciones congrega en la unidad a los hijos de Dios, porque todas... estas cosas son obra del único e idéntico Espíritu (1 Cor 12, 11)» (*Lumen Gentium*, n. 32).

<sup>60</sup> *Directorio para las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero*. Directorio preparado por la Congregación para el Culto divino y aprobado y confirmado por el Sumo Pontífice JUAN PABLO II, de 2 de junio de 1988, para las celebraciones dominicales en ausencia del presbítero.

<sup>61</sup> *Directorio para las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero*, n. 6.

trata sobre las «condiciones para las celebraciones dominicales en ausencia del sacerdote».

Del capítulo sobre las condiciones, me parece importante rescatar tres aspectos que subyacen a las condiciones para las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero:

a) encuentran sentido en referencia a la Misa dominical;<sup>62</sup>

b) deben vivirse en comunión eclesial a través del presbítero y el obispo;<sup>63</sup>

c) es necesario atender a la recta instrucción de los fieles.<sup>64</sup>

En el Capítulo III del Directorio, se trata de la *celebración* en cuanto tal. Con indicaciones precisas para estos tipos de celebración, se empeña en dife-

<sup>62</sup> Algunas referencias del *Directorio*, a modo de ejemplo, que indican la centralidad de la Misa dominical: «cuando en algunos lugares no es posible celebrar la Misa del domingo» n. 18; «cuando no es posible la celebración del Misa» n. 20; «no pueden celebrarse nunca en aquellos lugares en los que se ha celebrado la Misa en la tarde del día precedente» n. 21; «evítese con cuidado la confusión entre las reuniones de este género y la celebración eucarística» n. 22; «la comunión eucarística, que pueden recibir en estas reuniones, está íntimamente unida al sacrificio de la Misa» n. 23;

<sup>63</sup> Algunas referencias del *Directorio*... Compete al Obispo diocesano, oído el parecer del consejo presbiteral establecer normas para estas reuniones (cf. n. 24); «la comunidad podrá experimentar cómo se reúne el domingo no “faltando el presbítero”, sino solamente “en su ausencia” o, mejor aún, “en su espera”» n. 27; «los laicos designados considerarán el encargo recibido no como un honor, sino como una misión y un servicio para con los hermanos, bajo la autoridad del párroco» n. 31.

<sup>64</sup> Algunas referencias del *Directorio*... «que los fieles estén recatemente instruidos sobre el sentido pleno de la asamblea dominical» n. 18; «estas reuniones no deben suprimir sino aumentar en los fieles el deseo de participar en la celebración eucarística y prepararlos mejor para frecuentarla» n. 22; El Obispo instruirá a la comunidad diocesana con la oportuna catequesis (cf. n. 26); escogerá a quienes han de promoverlas y hará que estén debidamente instruidos preparar a los fieles para estas reuniones (cf. n. 27); «el párroco se responsabilizará de dar a estos laicos una oportuna y continua formación» n. 30.

renciarlas de la celebración eucarística y establecer vínculos de comunión con el párroco y el Obispo.

En *Pastores dabo vobis*, el Santo Padre resume esos aspectos recordando que «a falta de la Santa Misa, el Obispo ha de procurar que la comunidad, aun estando siempre en espera de la plenitud del encuentro con Cristo en la celebración del Misterio pascual, pueda tener una celebración especial al menos los domingos y días festivos. En estos casos los fieles, presididos por ministros responsables, pueden beneficiarse del don de la Palabra proclamada y de la comunión eucarística mediante celebraciones de asambleas dominicales, previstas y adecuadas, en ausencia del presbítero».<sup>65</sup>

Luego, en la *Dies Domini* podemos ver cómo se reasumen esos aspectos: «El objetivo debe seguir siendo la celebración del sacrificio de la Misa, única y verdadera actualización de la Pascua del Señor, única realización completa de la asamblea eucarística que el sacerdote preside *in persona Christi*, partiendo el pan de la Palabra y de la Eucaristía. Se tomarán, pues, todas las medidas pastorales que sean necesarias para que los fieles que están privados habitualmente, se beneficien de ella lo más frecuentemente posible, bien facilitando la presencia periódica de un sacerdote, bien aprovechando todas las oportunidades para reunirlos en un lugar céntrico, accesible a los diversos grupos lejanos».<sup>66</sup>

La *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* da cuenta claramente del lugar central que ocupa la Eucaristía y de la urgencia de darle al domingo todo su sentido y su fuerza evangelizadora y, al mismo tiempo, revela una «preocupación especial en

<sup>65</sup> JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica postsinodal, *Pastores dabo vobis*, 37, 25 de marzo de 1992.

<sup>66</sup> JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Dies Domini* (1998) n. 53.

promover y dar una seria formación a quienes estén encargados de dirigir la oración y la celebración de la Palabra en ausencia del sacerdote».<sup>67</sup>

Más recientemente, en la Exhortación postsinodal *Ecclesia in America*, el Santo Padre, asumiendo las proposiciones del Sínodo, subraya la importancia de la celebración eucarística dominical «como el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo» y exhorta a los Pastores del pueblo de Dios en América «a esforzarse en dar a la celebración eucarística dominical una nueva fuerza». A los sacerdotes les dice que hagan todos los esfuerzos para «hacer más fácil la participación y posibilitarla en las comunidades lejanas». Y a los fieles les recuerda que «la participación plena en ella, consciente y activa, aunque es esencialmente distinta del oficio del sacerdote ordenado, es una actuación del sacerdocio común recibido en el Bautismo».

Finalmente, en la misma Exhortación,<sup>68</sup> recordando *Lumen Gentium* n. 31, sobre los dos ámbitos en los que se realiza la vocación de los fieles laicos, se detiene en el segundo, «en el que muchos fieles laicos están llamados a trabajar, y que puede llamarse “intraeclesial”. Muchos laicos en América sienten el legítimo deseo de aportar sus talentos y carismas a la construcción de la comunidad eclesial como delegados de la Palabra, catequistas, visitantes de enfermos o de encarcelados, animadores de grupos etc. Los Padres sinodales han manifestado el deseo de que la Iglesia reconozca algunas de estas tareas como ministerios laicales, fundados en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, dejando a salvo el carácter

<sup>67</sup> *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Santo Domingo (1992) n. 51.

<sup>68</sup> *Ecclesia in America*, n. 44.

específico de los ministerios propios del sacramento del Orden. Se trata de un tema vasto y complejo para cuyo estudio constituí, hace ya algún tiempo, una Comisión especial y sobre el que los organismos de la Santa Sede han ido señalando paulatinamente algunas pautas directivas. Se ha de fomentar la provechosa cooperación de fieles laicos bien preparados, hombres y mujeres, en diversas actividades dentro de la Iglesia, evitando, sin embargo, una posible confusión con los ministerios ordenados y con las actividades propias del sacramento del Orden, a fin de distinguir bien el sacerdocio común de los fieles del sacerdocio ministerial.

A este respecto, los Padres sinodales han sugerido que las tareas confiadas a los laicos sean bien distintas de aquellas que son etapas para el ministerio ordenado y que los candidatos al sacerdocio reciben antes del presbiterado. Igualmente se ha observado que estas tareas laicales no deben conferirse sino a personas, varones y mujeres, que hayan adquirido la formación exigida, según criterios determinados: una cierta permanencia, una real disponibilidad con respecto a un determinado grupo de personas, la obligación de dar cuenta a su propio Pastor. De todos modos, aunque el apostolado intraeclesial de los laicos tiene que ser estimulado, hay que procurar que este apostolado coexista con la actividad propia de los laicos, en la que no pueden ser suplidos por los sacerdotes: el ámbito de la realidades temporales».<sup>69</sup>

En ese sentido, también el *Informe sobre la realidad de los ministerios laicales en América Latina y el Caribe* da cuenta sobre las dificultades que existen al centrarse excesivamente la participación de los laicos en las actividades litúrgicas intraeclesiales, dejando en una

<sup>69</sup> *Idem*, n. 44.

consideración secundaria el amplio campo de las actividades ordenadas al servicio de la sociedad.

Salvando el ámbito de las realidades temporales, como actividad propia de los laicos, volvamos al campo específico de los ministerios laicales, que están relacionados con las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero. En este punto es oportuno que nos detengamos en el papel de los catequistas.

### 3. EL PAPEL DE LOS CATEQUISTAS

#### 3.1. OBISPOS, CATEQUISTAS POR EXCELENCIA

Con esa expresión, el Santo Padre señalaba la importancia del Obispo como el catequista por excelencia.<sup>70</sup> Para remarcar esa importancia, y ante la multiplicidad de compromisos que requieren la presencia del Obispo, «desde la formación de nuevos sacerdotes, a la presencia activa en medio de las comunidades de fieles, desde la celebración viva y digna del culto y de los sacramentos, a la solicitud por la promoción humana y por la defensa de los derechos del hombre», el Papa no dudó en afirmar «que la solicitud por promover una catequesis activa y eficaz no ceda en nada a cualquier otra preocupación».

Luego, en *Pastores dabo vobis*, leemos que «el deber de celebrar la Eucaristía es el cometido principal y más apremiante del ministerio pastoral del Obispo. A él corresponde también, como una de sus principales tareas, procurar que los fieles tengan la posibilidad de acceder a la mesa del Señor, sobre todo el domingo que, como acabamos de recordar, es el día en que la Iglesia, comunidad y familia de los hijos de Dios, expresa su específica identidad cristiana en torno a sus propios presbíteros» (n. 37).

En la misma Carta se subraya que «para remarcar la identidad cristiana en nuestro tiempo hace falta dar renovada centralidad a la celebración del Día del Señor y, en él a la celebración de la Eucaristía», que está en el centro del *munus sanctificandi* del Obispo. Si a él le corresponde, en primer lugar, dar esta renovada centralidad a la celebración del Día del Señor, junto con él deberán asociarse en esta tarea, en primer lugar los

<sup>70</sup> Cf. *Catechesi tradendae*, n. 63.

sacerdotes y enseguida los catequistas. De tal manera, que también el catequista deberá dar una renovada centralidad a la Misa dominical, tanto con su testimonio personal como en su misión catequística.

### 3.2. LA FORMACIÓN DE LOS CATEQUISTAS

Es necesario atender con especial cuidado la formación de los catequistas. A este propósito, ya el Concilio exhortaba a los Obispos a que vigilen para que se dé con diligente cuidado la instrucción catequética, y que dicha instrucción se funde en la Sagrada Escritura, en la Tradición, Liturgia, Magisterio y vida de la Iglesia. Y específicamente señalaba que los Obispos cuiden que los catequistas se preparen de la debida forma para su función.<sup>71</sup>

Es interesante ver cómo la preocupación por la formación de los catequistas ya estuvo presente en las líneas pastorales de la Conferencia de Río de Janeiro. Con el lenguaje propio de la época, se encarecía con particular interés que «se instruya (también) debidamente a los catequistas laicos, formándoles en un profundo sentimiento de defensa y propagación de la fe católica entre sus hermanos».<sup>72</sup> Un número especial se dedica a los «doctrineros» y otros «similares colaboradores a la acción del Sacerdote» y se recomienda para ellos una mejor formación.<sup>73</sup> Más adelante, el documento se detiene en enumerar un amplio número de propuestas sobre la formación de los catequistas y la organización la catequesis.<sup>74</sup>

<sup>71</sup> Cf. *Christus Dominus*, n. 14.

<sup>72</sup> *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Río de Janeiro 1955), n. 73 b.

<sup>73</sup> *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 52.

<sup>74</sup> *I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 57.

Luego, en Medellín, entre los 14 temas que abordó esta Conferencia General,<sup>75</sup> uno de ellos está dedicado a la catequesis, en el que se subraya la importancia de la renovación y la formación de los catequistas.

En Puebla se habló de la necesidad de dar prioridad pastoral a la adecuada formación de los catequistas y se enunciaron los cuatro grandes principios teológicos que deben orientar la formación y la acción catequética: a) comunión y participación; b) la fidelidad a Dios; c) la fidelidad a la Iglesia y d) la fidelidad al hombre latinoamericano.<sup>76</sup>

Más recientemente, la Conferencia General de Santo Domingo, colocó un fuerte acento en la necesidad de que los catequistas y agentes de pastoral tuvieran «un sólido conocimiento de la Biblia que los capacite para leerla, a la luz de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, y para iluminar desde la Palabra de Dios su realidad personal, comunitaria y social».<sup>77</sup>

### 3.3. CENTRALIDAD DE LA MISA DOMINICAL EN LA CATEQUESIS

Si «la Iglesia vive de la Eucaristía»,<sup>78</sup> podríamos decir también que «el catequista vive de la Eucaristía». De allí se desprende la importancia vital de la Eucaristía para la persona del catequista y su centralidad en la pedagogía catequística.

<sup>75</sup> Cf. *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Medellín 1968), n. 8 (14).

<sup>76</sup> Cf. *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, nn. 992-997 y 1002.

<sup>77</sup> Cf. *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Santo Domingo (1992), n. 49; n. 99. Cf. JUAN PABLO II, *Discurso inaugural en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, n. 12.

<sup>78</sup> JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 1.

*Dies Domini* coloca el papel de los catequistas en colaboración con la responsabilidad que tienen los padres de educar a sus hijos para la participación en la Misa dominical.<sup>79</sup> Y añade que los catequistas se han de preocupar de incluir la iniciación a la Misa en el proceso formativo de los muchachos, ilustrando el motivo profundo de la obligatoriedad del precepto.

Aquí conviene señalar que no es lo mismo «ir a misa por obligación» que la «obligación de ir a misa», conceptos que con cierta frecuencia se equiparan y confunden, para convertirse luego en un argumento superficial en contra de la obligatoriedad del precepto. De igual modo, una prédica centrada exclusivamente en la obligatoriedad, que no profundice el motivo de la misma, puede derivar en una conducta de cumplimiento formal del precepto, sin una verdadera incidencia en la vida de la persona.<sup>80</sup>

La Carta Apostólica señala la importancia que «corresponde, ante todo a los padres educar a sus hijos para la participación en la Misa dominical». Si los padres no cumplen con esta responsabilidad, es muy difícil que luego los catequistas puedan suplir esa carencia.

La misma insistencia la encontramos en *Ecclesia in America*, donde se nos recuerda que «en la familia tampoco puede faltar la práctica de la oración en la que se encuentren unidos tanto los cónyuges entre sí, como con sus hijos. A este respecto, se han de fomentar momentos de vida espiritual en común: la participación en la Eucaristía los días festivos, la prác-

<sup>79</sup> Cf. *Dies Domini*, n. 36.

<sup>80</sup> El Santo Padre insiste «para que la *participación en la Eucaristía* sea, para cada bautizado, el *centro del domingo*. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente» (*Novo millennio ineunte*, n. 36).

tica del sacramento de la Reconciliación, la oración cotidiana en familia y obras concretas de caridad».<sup>81</sup>

«Sobre todo en la preparación de los sacramentos, los catequistas se preocupen de orientar los intereses de los catequizados a la función y a la figura del sacerdote como solo dispensador de los misterios divinos a los que se están preparando».<sup>82</sup>

### 3.4. CATEQUISTAS CON NUEVO ARDOR

En el llamado que nos hizo el Santo Padre, para ponernos en camino hacia una evangelización nueva, nos ofreció una bellísima clave para comprender cuál es el estilo que debe distinguirla: «nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión».<sup>83</sup> Quisiera detenerme un instante en la primera nota: nueva en su ardor.

Tal vez nos hayamos ocupado más en mejorar los «métodos y la expresión», y no tanto en sumergirnos en la contemplación de una evangelización nueva en el ardor.

Al respecto, quisiera señalar que esa nota, primera e indispensable para la evangelización, está en íntima relación con la expresión «primacía de la gracia», que significa dar prioridad a la oración, personal y comunitaria. La oración nos hace vivir precisamente en esta verdad. Nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con él, la primacía de la vida interior y de la santidad.<sup>84</sup> Es fácil concluir que la

<sup>81</sup> *Ecclesia in America*, n. 46.

<sup>82</sup> *Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado Ministerio de los Sacerdotes*, Interdicasterial, 15 de agosto de 1997.

<sup>83</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea del CELAM* (9 de marzo de 1983), III: AAS 75 (1983), 778.

<sup>84</sup> Cf. *Novo millennio ineunte*, n. 38.

fuentes y la cumbre de esta «relación con él» es la Eucaristía, y ésta celebrada en el Día del Señor. Ningún «método y expresión» de la nueva evangelización resultarán eficaces si no están impulsados por esa relación profundamente transformadora de la acción del Espíritu Santo.<sup>85</sup> Esa acción primacial y transformadora del Espíritu Santo es la misma que acontece cada domingo, cuando «Cristo resucitado nos convoca de nuevo como en el Cenáculo, donde al atardecer del día «primero de la semana» (Jn 20,19) se presentó a los suyos para «exhalar» sobre de ellos el don vivificante del Espíritu e iniciarlos en la gran aventura de la evangelización».<sup>86</sup>

Son actualísimas las palabras del Papa en *Catechesi tradendae*: «La catequesis, que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia (...) La Iglesia, cuando ejerce su misión catequética —como también cada cristiano que la ejerce en la Iglesia y en nombre de la Iglesia— debe ser muy consciente de que actúa como instrumento vivo y dócil del Espíritu Santo. Invocar constantemente este Espíritu, estar en comunión con Él, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista (...) Además, es necesario que el deseo profundo de comprender mejor la acción del Espíritu y de entregarse más a él —dado que «nosotros vivimos en la Iglesia un momento privile-

<sup>85</sup> «Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, no podemos hacer nada (cf. Jn 15,5)» (NMI, n. 38).

<sup>86</sup> *Novo millennio ineunte*, n. 58.

giado del Espíritu», como observaba mi Predecesor Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*— provoca un despertar catequético.<sup>87</sup>

*Ecclesia in America* dedica un punto especial a la importancia de la catequesis<sup>88</sup> y al servicio que prestan los catequistas en introducir al creyente en la experiencia de vida cristiana, que incluye la celebración litúrgica del misterio de la redención y el servicio cristiano a los otros. En seguida dice que es necesario reconocer y alentar la valiosa misión que desarrollan tantos catequistas en todo el Continente americano, añadiendo que su fe y su testimonio de vida son partes integrantes de la catequesis.

También el reciente *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia* dedica un título a la importancia de la formación, «tanto del clero como de los laicos». A continuación recuerda que la participación en la Eucaristía «no puede penetrar en una vida carente de oración personal y de valores comunicados por las formas tradicionales de piedad del pueblo cristiano».<sup>89</sup>

Por otra parte, la V Conferencia General, que estamos preparando, quiere ser un nuevo impulso del Espíritu Santo «en la gran aventura de la evangelización», cuya atención quiere detenerse en el discípulo de Jesucristo en la Iglesia católica, dispuesto a ser transformado por el encuentro con Jesucristo vivo, agradecido y gozoso de pertenecer a la comunidad eclesial, y con un renovado entusiasmo evangelizador. El papel de los catequistas, como discípulos de Jesucristo en esta aventura evangélica, es de una importancia capital.

<sup>87</sup> *Catechesi tradendae*, n. 72.

<sup>88</sup> *Ecclesia in America*, 69.

<sup>89</sup> *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, n. 59.

Para finalizar, y a propósito del nuevo ardor y del papel de los catequistas, quisiera recoger el mensaje que nos transmite Juan Pablo II con su vivo testimonio y por medio de su palabra. A medida que su cuerpo se debilita, sus palabras cobran mayor estatura, consistencia y ardor: «Si creemos que Jesús es la Verdad (cf. *Jn* 14,6) desearemos ardientemente ser sus testigos para acercar a nuestros hermanos a la verdad plena que está en el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado por la salvación del género humano. De este modo podremos ser, en este mundo, lámparas vivas de fe, esperanza y caridad».<sup>90</sup>

Inspirado en ese ejemplo, el catequista con nuevo ardor será aquel que desee ardientemente adherirse a Cristo y a su Iglesia, y lo viva con «entusiasmo martirial» en su misión. Esto lo impulsará a participar de la Mesa del Sacrificio y a desempeñar su tarea con el «vivísimo anhelo» de que también sus catequizandos vivan de la Eucaristía.

### *Consideración final*

A modo de resumen, quisiera presentar algunas reflexiones finales sobre la celebración del domingo en América Latina.

Como hemos observado con preocupación, ha disminuido el número de católicos en América Latina, son menos los que se acercan a los sacramentos y pocos asisten a la Misa dominical. Esta disminución ofrece perspectivas poco alentadoras para las próximas décadas. Ante este panorama se hace urgente la necesidad de retomar con vigor el llamado a la nueva evangelización, nueva sobre todo en el ardor.

<sup>90</sup> *Idem*, 53.

La novedad en el ardor nace del encuentro con Jesucristo vivo y se hace auténtico cuando lleva a la comunidad y a los más necesitados.<sup>91</sup> En la Iglesia, el discípulo de Jesucristo celebra y nutre su fe a través de los sacramentos y muy especialmente de la Eucaristía, centro vital de su identidad y de su misión. Para ello es necesario seguir profundizando la formación, la identidad, la comunión, el vigor misionero y el compromiso con Jesús y con la Iglesia de los discípulos de Jesucristo, en particular de los catequistas y de aquellos que animan las celebraciones dominicales sin sacerdote.

El vigor misionero se fortalece en el encuentro frecuente con Jesús, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, fuente y cumbre de toda vida cristiana.<sup>92</sup> América Latina clama por un nuevo impulso misionero que lleve al creyente al encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad, conforme a la gran orientación que nos dejó el Santo Padre con el Sínodo de América.

La indiferencia religiosa y el debilitamiento del compromiso del laico con las instituciones y comunidades eclesiales, el escaso número de agentes de pastoral y su escasa formación para la tarea evangelizadora, que resulta hoy muy exigente, además de ofrecer una adecuada formación, es necesario «predicar y enseñar» la dimensión martirial que exige el encuentro y compromiso con Jesucristo vivo. Esta dimensión sacrificial<sup>93</sup> está a la base del Misterio de la Eucaristía y hace posible, como consecuencia, su realidad como banquete fraterno.

<sup>91</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Mane nobiscum Domine*, n. 28.

<sup>92</sup> *Lumen Gentium*, n. 11.

<sup>93</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Mane nobiscum Domine*, n. 15.

El mundo actual, a pesar de su complejidad y también gracias a ella, ofrece nuevas posibilidades para un anuncio creativo de la persona y del mensaje de Jesús. Pero la novedad principal deberá distinguirse, sobre todo, por una ardiente adhesión a Jesucristo y una entrega total a él y a su Iglesia. Esta experiencia de amor-comunión se celebra y fortalece en la Eucaristía y de ella nace el nuevo vigor misionero.

Finalmente, los discípulos de Jesucristo, somos varones y mujeres, misioneros de esperanza, comprometidos en la construcción de un mundo más justo y solidario, a través del cual vislumbramos y esperamos poseer un día la plenitud de las promesas de Dios en el Reino de los Cielos, cuyo anticipo celebramos en la Misa dominical, que «nos permite anticipar en cierto modo el cielo en la tierra».<sup>94</sup>

<sup>94</sup> JUAN PABLO II, *Mane nobiscum Domine*, n. 19.



*Enseñanzas pontificias  
sobre la Eucaristía y la Misa dominical*

S.E.R. Cardenal JOSEPH RATZINGER  
*Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*



*«Quoniam sine dominico non possumus».*

Con estas palabras el presbítero Emérito respondió al Procónsul que le preguntaba por qué no había impedido la asamblea de cristianos en su casa.

#### EL TESTIMONIO DE LOS MÁRTIRES

Durante la persecución de Diocleciano, un grupo de cristianos fue sorprendido en la casa de Emérito mientras celebraba la Eucaristía del domingo. Éste, para explicar qué cosa se hacía en tal encuentro, dijo al Procónsul: «Sin preocuparnos (*securi*) hemos celebrado lo que es del Señor». «Lo que es del Señor»: así traduzco la palabra «*dominicum*», que en su amplio significado no es fácil expresar en otro idioma. En primer lugar significa el Día del Señor, pero al mismo tiempo se refiere al contenido de este día, al sacramento del Señor, a su Resurrección y a su presencia en la Celebración Eucarística. Pero volvamos al protocolo del proceso de los cristianos arrestados. Cuando el Procónsul insiste y repite su pregunta sobre el porqué de esa reunión, el presbítero responde de modo soberano y grandioso: «*Non poteram, quoniam sine dominico non possumus*» («Nosotros no podemos [estar] sin lo que es del Señor»). En estas palabras se expresa la conciencia de un Señor que está sobre todos los demás señores. Esa clara conciencia eliminaba toda preocupación y daba «seguridad» al presbítero, justo en el momento en que la absoluta precariedad de la pequeña comunidad cristiana se hacía totalmente evidente.

«Nosotros no podemos estar sin lo que es del Señor»: las palabras del mártir Emérito recuerdan la respuesta de los apóstoles Pedro y Juan: «Nosotros no podemos callar» (*Hcb* 4,20). El deber de la predicación hacía comprender a Pedro y Juan que no podían someterse al mandato del Sanedrín, que quería impedirles anunciar el mensaje evangélico.

«*Sine dominico non possumus*». Aquí no se habla de una obediencia fatigosa a un precepto de la Iglesia percibido como impuesto desde el exterior. La frase expresa al mismo tiempo un deber y un querer interior. Manifiesta aquello que se ha transformado en el centro y soporte de la propia existencia. Muestra algo que ha llegado a ser tan importante que incluso se vive en peligro de muerte, en virtud de una seguridad y de una libertad interior. Habría parecido absurdo, en efecto, comprarse la vida y la tranquilidad exterior renunciando al fundamento de la propia existencia. No estaba en juego la elección entre un mandamiento u otro, sino entre el sentido de la vida o una vida insensata. La misma lógica caracteriza las famosas palabras de San Ignacio de Antioquía: Nosotros vivimos «en la observancia del día del Señor, en el que también nuestra vida se ha elevado gracias a Él y a su muerte. ¿Cómo podemos vivir sin Él?».<sup>1</sup>

#### LA ELECCIÓN DE HOY

«Nosotros no podemos vivir sin lo que es del Señor», sin su palabra, sin sus sacramentos, sin su Iglesia. Palabras insólitas, casi increíbles, para un mundo que progresa aparentemente mucho, aunque

<sup>1</sup> IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Magn.* 9, 1-2. Colección de textos bilingües: W. RORDORF, *Sabato e domenica nella Chiesa antica*. Ed. italiana a cargo de G. RAMELLA. Torino 1979 (Traditio Christiana 2).

se aleje cada día más de Dios. Un mundo que trata de crear sobre esta tierra un nuevo paraíso, fruto de la ciencia y del trabajo, pero un paraíso del que la gran mayoría de la gente parece estar excluida.

Mientras se predica la sustitución de la felicidad eterna con el éxito terreno, éste último no resulta más alcanzable que la primera para algunos miles de millones de hombres de la tierra. El domingo, tiempo de reposo, de descanso físico y espiritual, se sacrifica en cambio sobre el altar de bienes materiales que parecen más reales, pero que en definitiva son ilusorios y engañosos.

La cuestión del domingo nos sitúa frente a la elección radical entre la multiplicación infinita de las consideraciones económicas y materiales, y la contemplación de las realidades fundamentales, eternas y divinas que dan sentido a la vida humana precisamente porque provienen del más allá y nos orientan a él. El domingo nos recuerda nuestra propia esencia creada y el don de la salvación y de la perfección divina.

#### LA ENSEÑANZA PONTIFICIA

El domingo es el día en el que « todos los dones de la gracia se concentran ». Ésta es la convicción de San León Magno, que enumerándolos: Creación, Resurrección y Misión del Espíritu, deduce de ahí que justamente el domingo debe ser el día para la celebración de los sacramentos.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> LEÓN MAGNO, *Ep.* 9, 1 (PL 54, 625AB) del 21/06/441 a Dióscoro de Alejandría: « *his qui consecrandi sunt nunquam benedictio nisi in die resurrectionis Dominicae tribuatur, cui a vespera sabbati initium constat ascribi, et quae tantis divinarum dispositionum mysteriis est consecrata, ut quidquid est a Domino insignius constitutum, in hujus diei dignitate sit gestum. In hac mundus sumpsit exordium. In hac per resurrectionem Christi, et mors interitum,*

El Santo Padre Juan Pablo II, en su Carta Apostólica *Dies Domini*, promulgada el 31 de mayo de 1998, domingo de Pentecostés, hacía propia precisamente esa enseñanza<sup>3</sup> de venerable tradición, poniendo el acento sobre el misterio pascual, llamando al domingo «Día del Señor», «Pascua de la Semana» y, a través de las palabras de un autor paleocristiano, «Señor de los días».<sup>4</sup> El Papa propone una reflexión profunda y comprensiva sobre el misterio del domingo que celebra a Dios, a la vez, como creador y redentor, y de ese modo el día de la asamblea eucarística de la Iglesia es también *Dies hominis*, en cuanto «día de alegría, reposo y solidaridad».<sup>5</sup>

La invitación del Santo Padre alienta a todos los creyentes a «redescubrir y vivir plenamente el Domingo»,<sup>6</sup> celebrado por los cristianos desde el inicio como día de la Resurrección del Señor, que asume en sí la dimensión creatural del sábado, siendo el domingo, además del octavo día, el primero no sólo de la semana sino también de todo el tiempo creado, símbolo de la plenitud escatológica que se cumple en la Segunda Venida de Cristo.<sup>7</sup> Tal comprensión cristo-

*et vita accepit initium. In hac apostoli a Domino predicandi omnibus gentibus Evangelii tubam sumunt, et inferendum universo mundo sacramentum regenerationis accipiunt. In hac, sicut beatus Joannes evangelista testatur, congregatis in unum discipulis, januis clausis, cum ad eos Dominus introisset, insufflavit, et dixit: Accipite Spiritum sanctum; quorum remiseritis peccata remittuntur eis; et quorum detinueritis, detenta erunt. In hac denique promissus a Domino apostolis Spiritus sanctus advenit; ut coelesti quadam regula insinuatam et traditum Spiritus sanctus advenit; ut coelesti quadam regula insinuatam et traditum noverimus, in illa die celebranda nobis esse mysteria sacerdotalium benedictionum, in qua collata sunt omnia dona gratiarum» (cf. Ep. 111,2-58 [ACO II 4, 63, 17-28/PL 54,1021BC]).*

<sup>3</sup> Cf. DD 20: Resurrección, apariciones, Pentecostés, primera predicación y primeros bautismos.

<sup>4</sup> DD 1-2.

<sup>5</sup> DD cap. IV.

<sup>6</sup> MND 23.

<sup>7</sup> Cf. DD 26.

céntrica implica una visión de su fundamento en la Creación y de su fin en la perfección escatológica, dando así un nuevo sentido al reposo y a la celebración semanal del domingo.

## CREATIO

La dimensión de la Creación, iluminada por la luz de Cristo Resucitado, caracteriza esencialmente al domingo. La unión con Cristo Creador y Redentor, Dios y hombre, remite al mismo tiempo a una comprensión de aquel día no sólo cristocéntrica sino también humana, como tiempo de reposo, fiesta y comunión.

Ya el Antiguo Testamento da al *Shabbat* un doble significado, uniéndolo tanto a la Creación divina como a la liberación de la esclavitud, preparando así la lógica divina según la cual el orden de la creación es distinto pero íntimamente unido al orden de la salvación.<sup>8</sup>

En el Antiguo Testamento, el precepto del sábado no se limita a una norma del culto o de la vida de la comunidad religiosa. Al contrario, el tiempo puesto aparte, «santificado» y «bendecido» (*Gn 2,3*) por Dios, es «*una expresión específica e irrenunciable de su relación con Dios*».<sup>9</sup> Según el texto del Génesis, se podría casi decir que el ritmo de siete días fue elegido a propósito del sábado. El mundo creado, desde su inicio, está designado para ser el lugar de la alianza entre Dios y los hombres. Y toda teología, todo tentativo de comprender el misterio de Dios y del hombre debe nutrirse de la relación entre metafísica e historia fundada por tal concepción.

<sup>8</sup> Cf. DD 12.

<sup>9</sup> DD 13.

Según la lógica de la concreción propia de la vida humana, «la relación del hombre con Dios *necesita también momentos de oración explícita*, en los que dicha relación se convierte en diálogo intenso que implica todas las dimensiones de la persona».<sup>10</sup> La observancia del sábado percibe y actualiza esta relación y da gracias al Creador que es también Señor de la historia, y al mismo tiempo lleva a respetar las criaturas y las obras de Dios.

Detrás de la diferencia externa entre días feriales y sábado, entendido como día de reposo consagrado a Dios, está la diferencia interna entre vida material y vida espiritual y, por último, la diferencia entre el hombre creado y su Creador. Pero estas diferencias se basan siempre en una relación profunda. En efecto, el hombre es creado «*a imagen y semejanza de Dios*» (Gn 1,26). Vivir el sábado, entonces, no es otra cosa que vivir la relación con Dios, reconocer y hacer operante el hecho de que toda la existencia humana proviene de Él y se cumple en Su presencia y que, sin esto, se perdería en la informe mezcla de las dimensiones y preocupaciones de la vida de cada día. El sábado abre la mirada al más allá y es casi una ventana a través de la cual la creatura mira hacia Dios y lo hace entrar en la casa de su ser, de su vida práctica, intelectual y espiritual.

#### REDEMPTIO

«El Señor ha trasladado el sábado al día del Señor».<sup>11</sup> Tal convicción, atribuida a San Atanasio, habla ya de una situación en la que el domingo ha asumido en sí todo el significado del sábado. En

<sup>10</sup> DD 15.

<sup>11</sup> PS-ATANASIO, *Homelias de semente* 1 (PG 28, 143A/Rordorf Nr. 64, p. 65).

tiempos de los primeros cristianos no era siempre así. «Celebrad en la gloria ... el sábado y el día del Señor, porque uno es recuerdo de la creación y el otro de la resurrección».<sup>12</sup> Con esta exhortación, las *Constitutiones Apostólicas* no ofrecen un precedente, bastante antiguo, del «weekend», sino que nos recuerdan esos dos puntos focales, la Creación y la Resurrección, que siguen siendo fundamentales para una comprensión plena del misterio del Día del Señor. A estas palabras se une la crítica de San Gregorio de Nisa: «No cultivas la justicia, no aprendes la virtud, olvidas la oración: he aquí lo que el día de ayer ha revelado. ¿Con qué ojos miras ahora al día del Señor, tú que has deshonrado el sábado? ¿No sabes quizás que estos días son hermanos?».<sup>13</sup>

El sábado, y más tarde «la dimensión sabática» del domingo, protege el domingo cristiano de la tentación de un espiritualismo absoluto. No se trata aquí de caer en el legalismo, criticado duramente por Jesús, sino de una verdadera espiritualización del mandamiento de honrar el día santo. Escribe un autor del siglo IV: «Cada uno de vosotros celebre el sábado según el espíritu, ponga su gozo en la meditación de la Ley, no en reponer el cuerpo, admirando la creación de Dios, no consumiendo alimentos que sobran del día anterior o bebidas tibias ... Mas después del sábado, quien ama a Cristo celebre el Día del Señor, consagrado para la Resurrección del Señor, el rey y el más grande de todos los días».<sup>14</sup>

<sup>12</sup> *Constitutiones Apostolorum* 2, 59, 3 (Rordorf Nr. 58, p. 58).

<sup>13</sup> GREGORIO DE NISA, *Adversus eos qui castigationes aegre ferunt* (PG 46, 309BC/Rordorf Nr. 52); en griego las ἡμέραι son «hermanas» (ἄδελφαι).

<sup>14</sup> PS-IGNACIO, *Ad Magnesios* (PG 5, 768f/Rordorf Nr. 59, p. 61); de nuevo, el domingo en griego y el «rey y el más grande de todos los días».

La dimensión creatural y natural del sábado no se separa de su significado para la historia de la salvación. En efecto, con la misma Creación se inicia la historia de Dios con los hombres que lleva hacia la alianza con su pueblo, entre cuyas condiciones el precepto del sábado ocupa un lugar privilegiado. Desde esta perspectiva, la observancia del sábado llega a ser una forma concreta y una ayuda para los hombres, a fin de que recuerden y entiendan que su existencia y libertad provienen y dependen de Dios, quien los distingue y une a sí mismo.

El culmen de tal experiencia en la historia de Israel consiste en la liberación del Pueblo Electo de la esclavitud egipcia. El pueblo electo no sólo ve en aquel hecho su liberación histórica, sino también, celebrando la Pascua, lo actualiza, viviendo el mismo Éxodo y ejercitando la misma libertad que Dios le da. No por casualidad, entonces, el «tercer día» de la resurrección es también el primero de la Creación, porque en éste la historia de la alianza y de las teofanías encuentra su cumplimiento definitivo en Cristo Resucitado. En Él, Dios entra verdaderamente en la historia, se hace palpable y muestra su potencia divina en medio de la Creación que no ha dejado jamás sola, que no ha abandonado jamás en las manos de la muerte.

A través del tiempo, el sábado recuerda la misma lógica de la existencia humana que, aun siendo parte de la realidad terrestre, se abre hacia la eternidad. En efecto, el domingo cristiano incorpora el significado del sábado y lo lleva a cumplimiento en la celebración del Día de la Resurrección de Cristo, día de la recreación y liberación profunda, «vértice de la historia de la salvación y anticipación del fin escatológico del

mundo». <sup>15</sup> El sábado del Antiguo Testamento, conectado con la obra divina de la Creación y Liberación, e íntimamente unido a la creación del hombre, encuentra aquí un cumplimiento que no anula la dimensión creatural, sino que la actúa plenamente en la perspectiva cristocéntrica de la Nueva Creación, de la Redención y Resurrección del Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre. <sup>16</sup>

#### PERFECTIO

«En efecto, de domingo en domingo, la Iglesia se encamina hacia el último “día del Señor”, el domingo que no tiene fin. En realidad, la espera de la venida de Cristo forma parte del misterio mismo de la Iglesia y se hace visible en cada celebración eucarística. Pero el día del Señor, al recordar de manera concreta la gloria de Cristo resucitado, evoca también con mayor intensidad la gloria futura de su “retorno”». <sup>17</sup>

De esta dimensión del domingo nace su significado como día de la esperanza cristiana, tiempo que «es fermento y luz de la esperanza humana». <sup>18</sup> Una dimensión escatológica estaba ya contenida en el sábado y todavía más en los años sabáticos y jubilares, celebrados respectivamente cada 7 y 50 años. La división entre señores y siervos, ricos y pobres se suspende e incluso queda abolida. Aparece la libertad de los hijos de Dios y toda la creación comienza a respirar el aire de la misma y sus dimensiones. El precepto del sábado revela que, frente a Dios, todas las diferencias sociales deben considerarse relativas. En

<sup>15</sup> DD 18.

<sup>16</sup> Cf. DD 59-60.

<sup>17</sup> DD 37.

<sup>18</sup> DD 38.

este sentido, el domingo anticipa y concreta la libertad e igualdad a las que todos los hombres estamos destinados.

## EUCARISTIA

Los aspectos de memoria y de anticipación escatológica reaparecen si se mira a la Misa del domingo. En el contexto del Día del Señor, la celebración de la Eucaristía se hace más que nunca expresión de gratitud por las obras de Dios; en primer lugar por el misterio de Cristo y por su Sacrificio de la Cruz, del que la Misa es viva representación y al que se une el sacrificio de la Iglesia.<sup>19</sup> El Santo Padre ha recordado a los creyentes que pertenece al domingo la memoria del bautismo, sacramento que se celebra primariamente en este día y que es recordado al comienzo de la Santa Misa dominical en el rito de la aspersion con el agua bendita.<sup>20</sup> La preparación y los ritos iniciales de la Misa recuerdan la Creación y la Redención realizadas por Cristo.

En la Misa dominical «los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. *Jn* 20,19). En aquel pequeño núcleo de discípulos, primicia de la Iglesia, estaba en cierto modo presente el Pueblo de Dios de todos los tiempos».<sup>21</sup> La celebración del domingo manifiesta con mayor énfasis la dimensión eclesial del ser cristiano. En ella, la Iglesia se hace realidad concreta en la convocación de la comunidad y, al mismo tiempo, se abre a la comunión

<sup>19</sup> Cf. DD 42-43.

<sup>20</sup> Cf. DD 25.

<sup>21</sup> DD 33.

con los creyentes de la Iglesia universal, los cuales se reúnen el mismo día para celebrar la liturgia común a todos, «con la obligación de la presencia comunitaria y la especial solemnidad que la caracterizan precisamente porque se celebra el día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal».<sup>22</sup>

«Aunque el domingo es el día de la resurrección, no es sólo el recuerdo de un acontecimiento pasado, sino que es celebración de la presencia viva del Resucitado en medio de los suyos».<sup>23</sup> Los creyentes, redimidos por Cristo como miembros de su cuerpo, no se pueden contentar con un recuerdo privado, sino que se acercan al Altar de Cristo sobre el que el misterio de su *Pascua*, de su Muerte y Resurrección, y su Persona se hacen real y eficazmente presentes en el Sacramento eucarístico.

Gracias a la relación entre Cristo y su Iglesia, la celebración de la Misa, lejos de alejar a los fieles de la solidaridad entre sí y con los demás, los prepara y compromete «a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, para que se ponga de manifiesto que los fieles sin ser de este mundo, son la luz del mundo y dan gloria al Padre delante de los hombres».<sup>24</sup> Entendida como «acontecimiento y proyecto de fraternidad»,<sup>25</sup> la Eucaristía dominical se convierte en invitación y comienzo de una cultura de comunicación y solidaridad, que a partir de ese día, se extiende a toda la vida cotidiana.

En una auténtica síntesis entre la visión del Antiguo y del Nuevo Testamento, se valoriza toda verdad

<sup>22</sup> DD 34, citando las palabras del embolismo.

<sup>23</sup> DD 31.

<sup>24</sup> Vat II, SC 9.

<sup>25</sup> DD 72.

creatural, social y espiritual humana. En la concreción de la *Pascua* del Verbo Encarnado cual evento histórico y escatológico, realmente presente en el misterio de la Eucaristía, el significado del tiempo sufre un cambio profundo que lo pone en relación con la eternidad de Dios, tiempo en el que el hombre, por su propia vocación, está llamado a participar.

#### EL PRECEPTO DOMINICAL

«Los sacerdotes, en su trabajo pastoral presten, durante este año de gracia, una atención todavía mayor a la Misa dominical, como celebración en la que los fieles de una parroquia se reúnen en comunidad».<sup>26</sup> Sobre la base del significado teológico de la celebración eucarística dominical, esta exhortación del Sumo Pontífice, expresada en la reciente Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, se hace todavía más urgente.

El mandamiento antiguo, precisado a lo largo de la historia de la Iglesia, se debe leer en la lógica según la cual la ley se da siempre para favorecer y hacer crecer la libertad donada por Dios. El precepto dominical, así como su cumplimiento a veces heroico, encuentran un rico testimonio en la Tradición de la Iglesia. Las «Actas de los mártires» revelan que la reunión dominical no es tanto una ley externa cuanto una obligación de conciencia. Las exhortaciones y disposiciones dadas en tiempos más recientes apuntan siempre a esa exigencia interior.<sup>27</sup>

En la actual situación, uno debe recordarse y recordar a los demás esa obligación de participar a

<sup>26</sup> MND 23.

<sup>27</sup> Cf. DD 46-47: Didascalia de los Apóstoles, S. Justino, otros mártires.

la Misa del domingo. La vida de los creyentes, en un ambiente indiferente e incluso hostil, tiene hoy necesidad del apoyo visible y comunitario que proporciona la Misa dominical.<sup>28</sup>

La Misa del domingo se inserta en dos contextos más amplios:

1) la teología del domingo, en cuyo centro se encuentra Cristo Resucitado, que comprende las dimensiones de la Creación y de la Redención, de la vida de la Iglesia y de la perfección escatológica;

2) la vida cristiana ordenada en torno a su corazón sacramental, con sus dimensiones de belleza cultural y de responsabilidad social. Dice el Santo Padre: «Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, *está en el centro de la vida eclesial*».<sup>29</sup>

Por Iglesia no se entiende aquí sólo la comunidad presente, y la Eucaristía no es sólo su expresión culminante, sino también lugar «fontal» de la comunidad eclesial.<sup>30</sup> San Agustín, «al recordar las palabras del Apóstol: “Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno por su parte” (1 Co 12,27), observaba: “Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros”. Y, de esta constatación, concluía: “Cristo el Señor [...] consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí”».<sup>31</sup>

<sup>28</sup> Cf. DD 48.

<sup>29</sup> EDE 3.

<sup>30</sup> Cf. DD 32; *Dominicae Cena* 4; *Dominum et vivificantem* 62-64.

<sup>31</sup> EDE 40, cf. AGUSTÍN, *Sermo* 272 (PL 387, 1247-1248).

De esta lógica nace para los fieles la obligación interior de participar en la Misa dominical, obligación interior que motiva el precepto y encuentra su equivalente en el deber que tienen los Pastores de hacer posible que aquéllos cumplan dicho «deber».<sup>32</sup> La Misa del domingo es el lugar privilegiado donde la comunión con Cristo en su Iglesia «es constantemente anunciada y cultivada. Precisamente mediante la participación eucarística, el día del Señor es también día de la Iglesia, que de este modo puede desempeñar eficazmente su papel de sacramento de unidad».<sup>33</sup>

Si la celebración de la Misa dominical responde a una necesidad interior y no sólo a una norma útil para la vida de la comunidad, se puede entender entonces que la lógica de la fe no contraría sino que corresponde a las exigencias más profundas de la vida social y de la naturaleza humana. Si, por un parte, la celebración eucarística alimenta y expresa la comunión y la unidad de los cristianos que participan en ella, la observancia de las normas litúrgicas hay que entenderla como «una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo. La liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en la que se celebran los Misterios [...] También en nuestros tiempos la obediencia a las normas litúrgicas debería ser redescubierta y valorada como reflejo y testimonio de la Iglesia una y universal, que se hace presente en cada celebración de la Eucaristía».<sup>34</sup>

Para expresar concretamente el significado de la Misa dominical y para colaborar con su gracia sacramental, «hay que dar a la celebración el carácter fes-

<sup>32</sup> Cf. DD 48-49; EDE 41.

<sup>33</sup> NMI 36; EDE 41.

<sup>34</sup> EDE 52.

tivo que corresponde al día en que se conmemora la Resurrección del Señor»,<sup>35</sup> por ejemplo, prestando una particular atención al canto litúrgico y favoreciendo la participación de todos los fieles presentes.

En su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, el Santo Padre ha explicado cómo el sacramento eucarístico nos une a la vez con Cristo, con la tradición apostólica y con las comunidades actuales de la Iglesia de Cristo. La Eucaristía es apostólica en el sentido pleno de la palabra, confiada por el Señor a los Apóstoles, celebrada según la fe de los Apóstoles y continuada por sus sucesores en el «colegio de los Obispos, ayudado por los sacerdotes y unido al sucesor de Pedro y supremo pastor de la Iglesia».<sup>36</sup>

Como enseña el Concilio Vaticano II, toda la vida y la actividad de los sacerdotes «brota sobre todo del Sacrificio eucarístico, que resulta por tanto el centro y la raíz de toda la vida del presbítero»,<sup>37</sup> el cual, de otro modo, se perdería en la dispersión de un gran número de tareas diversas.<sup>38</sup> Son igualmente famosas las palabras de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, según la cual en la liturgia «se cumple la obra de nuestra redención». Es el «culmen hacia el que tiende la acción de la Iglesia» y «la fuente de la que mana toda su eficacia». Estas solemnes palabras se dirigen a todos los fieles, clérigos y laicos, y se aplican con mayor razón a la Eucaristía dominical. Ésta deberá por tanto ser el núcleo fundante y el medio principal para santificar el día del Señor.

En los lugares en que la escasez del clero impide que se celebre la Eucaristía dominical en una parro-

<sup>35</sup> DD 50; cf. 50-51.

<sup>36</sup> EDE 28; CEC 857.

<sup>37</sup> PO 14.

<sup>38</sup> Cf. EDE 31.

quia, las asambleas dominicales en ausencia del sacerdote no pueden nunca sustituir la celebración de la Pascua del Señor. En esos casos habrá que proveer a una presencia al menos periódica del sacerdote o a la organización de la celebración en un lugar que sea accesible a los distintos grupos alejados.<sup>39</sup> Hay que defender a toda costa la prioridad del sacramento respecto al cuidado de las necesidades inmediatas de la comunidad. No hay que minusvalorar el peligro que corre la comunidad local cuando pierde el contacto con la Iglesia universal e incluso con la realidad divina: corre así el peligro de celebrarse sólo a sí misma. Sin la continua referencia a la realidad de Dios, totalmente «otra» respecto a la nuestra, la obligación absoluta de la celebración eucarística pierde su auténtico significado. Y, una vez perdido el deber que nos une intrínsecamente a Dios y a su Iglesia, cae también el vínculo con los otros creyentes, así como sus positivos efectos para la vida social. En la celebración eucarística se abre una dimensión de nuestra existencia hacia la que todos tendemos, aunque quizás inconscientemente: la transcendencia de nuestras posibilidades humanas, de aquello que, solos, no podemos «hacer». Éste es el lugar en que, hoy, adviene la teofanía y se revela el misterio, y en él, la declaración divina de que son «buenas» todas las cosas creadas.

Sólo una tal declaración es capaz de «hacerlas» buenas. Si la acogemos y hacemos de ella la base y el principio con el que conducimos confiadamente nuestra humanidad en medio de las tensiones y pasiones de nuestras vicisitudes terrenas, dicha humanidad, creada y redimida por Cristo, se hace ya partícipe de la humanidad gloriosa de Cristo *en la que* Él nos espera al final de los tiempos.

<sup>39</sup> Cf. DD 52-53.

*Significado e importancia  
de la observancia del precepto dominical*

S.E.R. Cardenal PEDRO RUBIANO SÁENZ  
*Arzobispo de Bogotá*



*«El Domingo es la fiesta primordial que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo».*<sup>1</sup>

El Domingo es el día semanal que los cristianos han dedicado desde el principio al recuerdo de la resurrección del Señor y a la asamblea eucarística, y más tarde al descanso. *Día del Señor* y *Señor de los días*, como lo denomina una homilía del siglo V, el Día del Señor ha tenido siempre la importancia decisiva en la vida del Pueblo de Dios.

Todos estamos convencidos de la importancia que tiene el Domingo para la vivencia de la fe cristiana. Pero hay interrogantes respecto a una de las formulaciones más repetidas en torno al Domingo: el «precepto», referido a la asistencia a la Eucaristía y al descanso del trabajo.

Para algunos el precepto ha quedado relativizado por la evolución de la sensibilidad de la Iglesia en estos últimos años: ¿no aparece como algo anacrónico, no respetuoso de la libertad del cristiano adulto? ¿No se trata de un precepto de la Iglesia, no divino, y por tanto, no admitiría otras interpretaciones de la misma Iglesia, en la línea como ha sucedido con el adelanto de la Eucaristía a la tarde del sábado? Más aún, no se podría pensar en que la Iglesia suprimiera sin más este precepto?

Para otros —la mayoría— es mucho más conveniente que se mantenga también en la Iglesia hoy, este precepto. Los interrogantes se dirigen entonces a las motivaciones por las que se justifica la pedagogía del mismo y el lenguaje a emplear para los cristianos de hoy.

<sup>1</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 106.

La vivencia del Domingo quedó como un principio básico de la primitiva comunidad cristiana, como motivación para participar semanalmente de la «enseñanza de los apóstoles, de la oración y de la fracción del pan» (Hc 2,42) y este principio se constituyó en norma de vida: ningún domingo sin la celebración de la Eucaristía.

El Libro de los Hechos de los Apóstoles nos asegura que esa participación en la Eucaristía manifestaba un mayor grado de comunión *Koinonia*, que estrechaba los lazos de caridad a tal punto que quien los veían salir de sus celebraciones podían afirmar: «Miren cómo se aman». No hacía falta recordarles el compromiso de cada ocho días, porque brotaba como una necesidad para vivir en la Eucaristía el encuentro con el Señor en su Palabra, en la mesa eucarística y en la comunidad: «vean que paz y alegría convivir los hermanos unidos» (Salmo 133).

#### 1. LA OBLIGACIÓN DE «ASISTIR» A MISA: UNA BREVE MIRADA A LA HISTORIA

Hay un elemento de la práctica dominical que es un problema pastoral de gran actualidad: la obligación de asistir a la Misa. Si hoy todos los católicos tuvieran la misma disposición que tuvieron los primeros cristianos se asumiría la misa dominical, no como obligación sino con la convicción profunda de santificar el día del Señor.

La invitación a participar en la Eucaristía dominical se encuentra ya desde el siglo I en la *Didaché* (14, 1-3) y más adelante en *Plinio*, *Justino* y en la *Tradición Apostólica*. A éstos podemos agregar la exhortación de la *Didascalia* siria, de la segunda mitad del siglo III: «Ya que son miembros de Cristo, no se dispersen de la Iglesia dejando de reunirse..., sino

que el domingo, prescindiendo de todo lo demás, acudan a la iglesia...» (*Didascalia* II, 59, 1-3). La Asamblea es presentada como la manifestación del Cuerpo de Cristo: si está presente la Cabeza, ¿cómo pueden faltar los miembros? La base eclesiológica es así, de raíz cristológica: la presencia del Señor funda la presencia de la Iglesia.

La influencia de este hecho en la vida cristiana fue definida muy bien por san Ignacio en una de sus cartas: «vivir según el Domingo». Es lo mismo que decir: vivir una vida de resucitados, en la Iglesia, a la luz de la Palabra de Dios y celebrando el misterio de salvación en la Eucaristía.

Durante mucho tiempo, cuando la vida social y cultural se nutría de la fe cristiana, el domingo era una posesión pacífica de los creyentes que beneficiaba a toda la sociedad. Por eso apenas se le prestaba atención.

Al contrario ocurría en los primeros siglos de la Iglesia, cuando ésta luchaba por abrir camino al anuncio del Evangelio en medio de un mundo todavía bajo la influencia del paganismo. Entonces los Santos Padres y los escritores eclesiásticos descubrieron las riquezas del domingo como un don de Dios a su pueblo, «el día que hizo el Señor» (*Sal* 118,24), y el medio eficaz más amplio para mantener unidas a las comunidades cristianas.

Después vino la decadencia teológica y espiritual del domingo, y su reducción a un precepto que la Iglesia tuvo que imponer para retener a los fieles en la asamblea eucarística.

A partir de la mitad del siglo XVI la asistencia a la misa dominical se presenta como un precepto que obliga bajo pena de pecado mortal. En el siglo XVI, siendo papa León X (1513-1521), se hace oficial la obligación individual de la misa dominical. Este pre-

cepto, fuertemente inculcado, prestó un gran servicio a la fe y a la vida cristiana durante muchos siglos. La Misa del domingo era el momento más solemne y trascendental de la semana, al que había que acudir para cumplir el deber de todo hombre de dar a Dios el culto de adoración que se le debe. De este modo santificaban los domingos y las «fiestas de guardar», de manera que, una vez realizada esta obligación, se podían dedicar a otras actividades festivas o al descanso.

Para aquellos cristianos que trataban de asistir a la Misa con profunda devoción interior, a pesar del obligado silencio a que los sometía el uso del latín y la falta de participación activa, la Misa era también un acto de obediencia a Cristo, que había dicho: «*Hagan esto en memoria mía*» (cf. *1 Cor* 11,24-25). Unidos al sacerdote, tomaban parte en la oblación y se ofrecían como miembros de su Cuerpo místico. Sabían que la Misa es la renovación incruenta a través de los siglos, del Sacrificio de la Cruz, aplicado de este modo por los vivos y por los difuntos.

En sentido formal y jurídico, esta obligación se introduce definitivamente en 1917 en el canon 1248 del *Código de Derecho Canónico*: «En las fiestas de precepto hay obligación de oír Misa, de abstenerse de trabajos serviles, de actos forenses y asimismo, si las costumbres legítimas o concesiones particulares no lo autorizan, del mercado público, de las ferias de otras compras y ventas públicas».

El objeto del precepto era doble: oír Misa y abstenerse de ciertos trabajos. El precepto de oír Misa suponía los requisitos de la presencia corporal, la atención mental, el rito y el lugar debidos. Evidentemente, este lenguaje resulta extraño en nuestro tiempo debido a su enfoque legal, detallista y carente de

una adecuada motivación. Por consiguiente, es necesario reformular el lenguaje para orientar a los fieles hacia la vivencia del precepto dominical.

El movimiento litúrgico, primero, y la renovación de la parroquia como comunidad eucarística después, intentaron ir más lejos en la participación de los fieles en la Misa, sobre todo el domingo y en las fiestas que se denominaron «de guardar». La asamblea eucarística y el Día del Señor empezaron a ser objeto de atención creciente por parte de pastoralistas y liturgistas. Cuando se celebró el Concilio Vaticano II el terreno estaba preparado para la renovación de la participación de los fieles en la Eucaristía y para vivir las riquezas del Domingo. Así, el Concilio señaló la fundamentación teológica del Domingo (cf. SC 106).

El actual *Código de Derecho Canónico* (1983) reformó el precepto dominical al asumir la mentalidad conciliar. El canon 1247 afirma: «El Domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la Misa, y se abstendrán, además de aquellos trabajos y actividades que impiden dar culto a Dios, gozar de la alegría propia del Día del Señor o disfrutar del debido descanso de la mente y del cuerpo».

Así, ya no se habla en términos pasivos de «oír» Misa, sino de «participar» en ella, y, además, se supera el concepto de trabajo servil y se acentúa la finalidad de lograr el descanso y la alegría del Día del Señor.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* confirma esta obligación de la Eucaristía dominical, que «fundamenta y confirma toda la práctica cristiana, Por eso los fieles están obligados a participar en la Eucaristía los días de precepto, a no ser que estén excusados por una razón seria o dispensados por su pastor propio.

Los que deliberadamente faltan a esta obligación cometen un pecado grave».<sup>2</sup>

## 2. SITUACIÓN ACTUAL

La santificación del Día del Señor ya no está asegurada por la unanimidad con la que los cristianos tomaban parte en otro tiempo en la Misa dominical.

Si hoy los católicos tuvieran la misma vivencia de la fe, se asumiría el domingo como el Día del Señor y no sólo como una obligación. Desafortunadamente con el correr del tiempo ese espíritu originario se ha ido diluyendo. Actualmente se cuestiona en la práctica la realidad del domingo, la obligación del precepto, el descanso en el Día del Señor. ¿Qué sucede cuándo se deja de cumplir el precepto de la Misa dominical durante varios domingos seguidos? Preguntas que manifiestan la falta de convencimiento y valoración del encuentro con Jesucristo y con los hermanos, con la comunidad cristiana en el Día del Señor.

### 2.1. *Pérdida de los valores morales y religiosos*

Las condiciones económicas y socioculturales han evolucionado y han contribuido a modificar profundamente los hábitos de la vida de los mismos creyentes. Por otra parte, el agobio y la agitación de la vida en las grandes ciudades, además de la reducción de la semana laboral, y a la realidad del fin de semana (week-end), motivan el afán de salir de la ciudad. Una gran mayoría vive el domingo como el fin de la semana laboral, del reposo, de un cambio en la realidad cotidiana y así poder participar en las actividades culturales, políticas y deportivas, que ayudan

<sup>2</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2181.

al desarrollo humano y contribuyen al progreso individual y social, y no se vive el domingo como el día sagrado para vivir el encuentro personal y comunitario con el Señor y darle gracias.

Esta evolución ha provocado una crisis. Lo más grave no son los fenómenos del cambio social y la complejidad de la vida moderna, sino la progresiva secularización de las costumbres y la pérdida de los valores morales y religiosos.

Esta concepción dominante de la vida lleva consigo la desvalorización del día festivo, al reducirlo sólo a una pausa para reemprender la producción con nuevas energías y al hacerlo también ocasión para el consumismo.

Una buena catequesis en torno al domingo tendría también que rescatar el descanso semanal y contemplar al Creador que descansó el séptimo día, después de haber concluido toda su obra (*Gn 2,2*). Y también fundamentados en la enseñanza de Jesús que invitó a sus amigos, los discípulos más cercanos, a un lugar solitario para descansar un poco. Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer (*Mc 6,31*).

Por otra parte, la crisis se deja sentir al interior de las comunidades. Los pastores se preocupan al ver cómo descende la participación de los fieles en la Misa dominical y también en otros aspectos de la vida comunitaria, que van marcando la pérdida de la identidad cristiana. También la disminución del número de sacerdotes contribuye a afectar la atención pastoral en las distintas comunidades, sobre todo en las megalópolis.

El número de asistentes a Misa aumenta significativamente en las grandes solemnidades, Navidad, Semana Santa, las principales fiestas marianas y las patronales de cada lugar. También se da una buena

participación en la celebración de los sacramentos, de la Primera Comunión, Confirmación, Matrimonio, Ordenaciones y Profesión Religiosa, además por compromisos sociales muchas personas participan en funerales por vínculos familiares o sociales. La participación de la juventud ha disminuido en los últimos decenios, con excepción de las comunidades juveniles, que tienen un buen acompañamiento y formación cristiana.

Es evidente que lo importante no es el número de católicos que asistan a la celebración de la Misa dominical; es fundamental la calidad de la celebración y de la predicación. Una Misa sin una adecuada preparación de los fieles y mal celebrada, no solo desanima sino que ahuyenta a los fieles, en cambio, la Misa celebrada dignamente y con participación consciente y activa de los fieles, asegura el crecimiento de la comunidad parroquial. La crítica sobre las homilías es constante, y en muchos lugares, también las quejas sobre la celebración de la Misa con descuido, con prisa, ritualista, sin fervor.

Hace falta la catequesis previa a la celebración eucarística. Los últimos documentos del Magisterio de la Iglesia sobre la Eucaristía, son un llamado a pastores y fieles a vivir consciente y devotamente el encuentro con Jesucristo en la celebración eucarística. En este año de la Eucaristía, motivemos de manera especial la participación en la Misa para vivir el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, en su Palabra, en la mesa eucarística y en la comunidad de los fieles.

## *2.2. Interpretación «subjetiva» del precepto dominical*

Actualmente muchos cristianos tienen un sentimiento confuso sobre la Misa dominical, que la con-

sideran no «obligatoria» como antes. Así lo expresan: «Hay que participar cuando se siente necesidad espiritual..., cuando uno piensa que lo puede hacer con convencimiento...»; «la misa de cualquier día de la semana es válida para cumplir el precepto..... ¿qué más tiene en definitiva la misa del domingo que la misa de un jueves, por ejemplo? «¿Cómo pensar que obliga la Misa, si fuese en contra de la libertad religiosa?»»

Algunos se preguntan si la Misa que se transmite por la televisión es válida o no, para cumplir con el precepto. La Carta apostólica *Dies Domini* deja en claro que la transmisión televisiva «no permite de por sí satisfacer el precepto dominical... pero para quienes se ven impedidos de participar en la Eucaristía... la transmisión televisiva o radiofónica es una preciosa ayuda».<sup>3</sup>

De alguna manera, todas estas afirmaciones están condicionadas radicalmente por el enfoque canónico de la misa dominical, y con ello manifiestan hasta qué punto este aspecto señala la cuestión. Se discute el precepto, se reinterpreta, se le relativiza por parte del sujeto. Las actitudes son distintas, pero el punto de partida es idéntico; la misa dominical enfocada solamente como cuestión canónico-moral.

### 3. IMPORTANCIA DEL PRECEPTO DOMINICAL HACIA UNA PEDAGOGÍA LITÚRGICA

Frente a esta situación de la vivencia y participación del precepto de la Misa dominical debemos destacar su importancia y plantear una pedagogía litúrgica apropiada en torno al domingo. La Carta apostólica *Dies Domini* exhorta a recuperar las motivaciones doctrinales profundas y presentar el do-

<sup>3</sup> *Dies Domini*, 54.

mingo en su globalidad, los valores que tiene, e insistir, a partir de allí, en el carácter de obligatoriedad de su celebración, con un lenguaje adecuado al cristiano de hoy.

### *3.1. El precepto dominical en el contexto de la vida cristiana*

En el contexto de una vida cristiana asumida en su totalidad, se entiende el valor del precepto dominical. La Eucaristía exige la conversión, el compromiso, la vida según Cristo y su Evangelio. La inasistencia a Misa los domingos es, un reflejo de faltas más hondas: de conversión, de adhesión al Evangelio, de contentarse con lo mínimo, de una deficiente pertenencia e identificación como miembros de la Iglesia.

Tenemos que invitar a los católicos, en primer lugar a la conversión, y a través de la catequesis y de la vida comunitaria, acompañarlos a la observancia consciente del precepto dominical (cf. SC 9). La Eucaristía se valora viviéndola.

En la práctica pastoral, la importancia de la participación en la Eucaristía dominical, debiera reflejarse en el esfuerzo por mejorar el conjunto de las condiciones que motiven a un católico adulto a observar fielmente el precepto dominical.

### *3.2. Presentar el domingo, «fiesta primordial», en su globalidad*

El domingo es el día en que se convoca a la comunidad cristiana y se reúne en asamblea; es el día para escuchar la Palabra y celebrar la Eucaristía; es el día en que la comunidad está llamada a compartir sus bienes con los hermanos necesitados; es el día del don del Espíritu y de la misión. Pero lo que sobre todo expresa el domingo es el sentido de la fiesta

cristiana como memoria sacramental de los acontecimientos divinos y de la Pascua de Cristo en especial. Por tanto, la referencia a la resurrección no es sólo histórica, es decir, conmemorativa de un acontecimiento pasado, sino experiencia continuadora en el hoy eclesial. El domingo, en la celebración sacramental realiza el encuentro de la Iglesia con el Señor glorificado y al mismo tiempo mira al futuro al anunciar la Parusía, « *Ven Señor Jesús* ».

El domingo hace presente la victoria de Cristo Resucitado, presente entre nosotros.

El *Dies Domini* es también celebración cristiana de la *alegría y de la fiesta* (DD 55-58), como signo de la liberación que Cristo, con su Pascua nos ofrece y le da sentido al *descanso* del trabajo (DD 64-68). También se debe presentar y motivar a los fieles para que tengan en el domingo *otros momentos de oración y de contemplación*, personalmente, en la familia, y en los grupos y movimientos apostólicos y animar la oración desde la Sagrada Escritura y también, en lo posible, en la celebración parroquial de las Vísperas.

El Santo Padre señala que *el domingo es el día de la caridad*, pues se convierte en una gran escuela de caridad, de justicia y de paz (DD 69-73).

Muchos cristianos piensan que el domingo sólo tiene el sentido de «precepto» porque no han sido formados para que asuman la totalidad de la riqueza que ofrece la Iglesia para la celebración del Día del Señor.

### 3.3. UN LENGUAJE RENOVADO

Un problema que está en la base de la falta de participación del precepto dominical, es el lenguaje disciplinar. Difícilmente un lenguaje como: «la Misa dominical es obligatoria», o que «los fieles están obli-

gados por el precepto dominical», logrará una recuperación doctrinal profunda.

El olvido, el desprecio, la ausencia prolongada no motivada, incide gravemente en la vida del cristiano. Separarse de la comunidad es signo del alejamiento de Dios, cuando esta separación es consciente, voluntaria y de ruptura.

Dos posibles claves de lenguaje para presentar a los cristianos de hoy la realidad del domingo podrían ser las siguientes:

### 3.3.1. *Evitar un lenguaje legalista y disciplinar sobre la Misa dominical*

Se debe hablar de la asamblea dominical, en el Día del Señor, no como una simple «obligación», sino como un encuentro con el Señor que nos convoca y que la Iglesia, como Madre y Maestra, nos urge, porque es la expresión de mi pertenencia a la comunidad de los creyentes, al cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Así, la Iglesia manifiesta la dimensión festiva de la Eucaristía dominical. Porque no es fácil relacionar precepto y fiesta. En cambio, si es más apropiado convocar para celebrar la fiesta: En la Eucaristía somos convocados a la reunión festiva del Día del Señor.

Lo mismo vale para las otras fiestas —del Señor, de la Virgen, de los Santos— actualmente «de precepto». Si la obligación del precepto desaparece para estas fiestas, ¿cómo se debería orientar a los fieles? En una tarea educativa no se debería afirmar que «desde tal año estas fiestas ya no son de precepto», sino más bien, aclarar que a partir de tal año la comunidad cristiana no será convocada, de manera general y

obligatoria para celebrar esas fiestas, pero sí se mantiene la convocación habitual de toda fiesta cristiana.

El domingo no es importante porque sea de precepto, sino que es de precepto porque es importante, porque es vital para la comunidad cristiana.

### 3.3.2. *Presentar los «valores» antes que el «deber»*

El domingo es el Día del Señor, el día pascual por excelencia en que la comunidad de los creyentes se reúne para celebrar su salvación en Jesucristo y por eso se considera el Día de la Eucaristía. Este es el punto culminante: en ella está la presencia real y personal del Señor, la fuerza del Espíritu que comunica, la proclamación de la Palabra que nos estimula a vivir la coherencia entre la fe y la vida porque es el memorial de la Pascua y en la celebración de la Eucaristía la comunidad se fortalece en la fe.

Así, la Eucaristía dominical es vital, es exigencia que nace de la coherencia con la identidad del ser cristiano y no es solo una obligación impuesta desde fuera. Con este sentido la Iglesia ha urgido a los fieles a participar en la celebración de la Eucaristía.

Si el domingo es para nosotros el signo semanal de nuestra fe, presencia de Cristo en nuestra vida y pertenencia a la comunidad eclesial, entenderemos que la Misa dominical más que un precepto, es una necesidad vital para nuestra fe.

Se ha de encontrar la manera de explicar el precepto partiendo del sentido mismo del «domingo», descubriendo más los valores que los deberes; buscar un lenguaje que ayude a los cristianos a apreciar y asimilar la importancia del Día del Señor, para así aceptar la urgencia de la participación en la celebración. Sólo desde los valores del domingo y con un

lenguaje adecuado se podrá insistir en el carácter de obligatoriedad de la celebración dominical.

El precepto tiene un valor pedagógico, para ayudar a vencer la pereza, el olvido y el abandono, contribuyendo a descubrir el auténtico sentido de la ley interior del cristiano que debe obrar, no por imperativos legales, sino movido por el amor y la fidelidad al Señor. En el fondo, si la Iglesia ha formulado, de diversas maneras a lo largo de los siglos, y ahora con un lenguaje más rico y amable, la obligatoriedad del domingo, lo ha hecho para urgir a los fieles valores esenciales para su vida cristiana.

No podemos actuar de espaldas a la realidad que hoy se vive de descristianización, no sólo en América Latina, sino en el mundo. ¿A qué se debe la escasa participación de los fieles en la celebración eucarística dominical? ¿Qué habrá que mejorar, comenzando desde los mismos responsables de las celebraciones, para que en la liturgia «Dios sea perfectamente glorificado y los hombres santificados» (*Sacrosanctum Concilium*, 7).

*El domingo: momento de encuentro  
de la comunidad  
y centro de la vida cristiana*

S.E.R. Cardenal RODOLFO QUEZADA TORUÑO  
*Arzobispo de Guatemala*



## INTRODUCCIÓN

Agradezco la invitación hecha por el Cardenal Giovanni Battista Re, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, para participar de esta mesa redonda en la cual nos planteamos *los desafíos* a los que tenemos que responder como pastores para lograr una mayor participación de los fieles en la Misa dominical. Esta temática adquiere una relevancia especial en el contexto del presente *Año de la Eucaristía*. El Papa Juan Pablo II, que en la Carta Apostólica *Dies Domini*, nos había exhortado a «descubrir con nueva fuerza el sentido del domingo: su «misterio», el valor de la celebración, su significado para la existencia cristiana y humana» (DD 3), nos ofrece con este Año de la Eucaristía una excelente ocasión para tomar conciencia del tesoro incomparable que Cristo ha confiado a la Iglesia. «Que sea un estímulo para celebrar la Eucaristía con mayor vitalidad y fervor y que ello se traduzca en una vida cristiana transformada por el amor... No pido que se hagan cosas extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad» (Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, 29).

Para la Iglesia, el domingo es «*el centro mismo de la vida cristiana*» (DD 7) porque, por una tradición que se remonta a las comunidades cristianas primitivas (Hch 20), la Iglesia se reúne *para celebrar el misterio pascual* (SC 106). El Papa Juan Pablo II ha ofrecido, en la mencionada Carta Apostólica, múltiples motivos para santificar el domingo: es la celebración del *día de la creación* (*Dies Domini*, DD 18), es el *día del Señor Resucitado* y del *don del Espíritu* (*Dies Christi*, DD 19-30), es la celebra-

ción por excelencia *de la asamblea cristiana* (*Dies Ecclesiae*, DD 31-54), es el *día de alegría, descanso y solidaridad* de los hombres (*Dies hominis*, DD 55-73), es la fiesta primordial, *reveladora del sentido del tiempo* (*Dies dierum*, DD 74-87). En esta oportunidad, me voy a referir de un modo particular al domingo como *momento de encuentro de la comunidad y centro de la vida cristiana*.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES DE LA SITUACIÓN ACTUAL

- La comunidad católica en América Latina ha dado a la celebración de la Eucaristía una importancia extraordinaria durante los ya cinco siglos de evangelización del continente. Esta importancia ha menguado pero todavía para muchas comunidades es evidente de muchas formas la centralidad de la celebración de la Eucaristía en la vida y el culto de las personas y sus comunidades. Menciono solamente algunos ejemplos: los momentos más importantes de la vida de las comunidades (fiestas patronales, celebraciones jubilaires, aniversarios, retiros, etc.) y de las personas (nacimiento, aniversarios, cumpleaños, graduaciones, XV años, matrimonios, muerte) incluyen la celebración Eucarística como uno de sus aspectos fundamentales. En donde hay vida comunitaria y de fraternidad, las personas participan más activamente de la celebración Eucarística. En esas comunidades se vive el domingo como el día por excelencia del encuentro de la comunidad y allí donde el sacerdote no puede llegar, por la distancia o cualquier otra razón, la comunidad igualmente se congrega para la escuchar la Palabra de Dios y, si es posible, para la recepción de la Santa Comunión. Aún más, es común incluso que, en las áreas rurales de nuestros países, se suspenda toda actividad, aún si no es domingo, cuando el sacerdote se hace

presente para bautizar, confesar, asistir a los enfermos, pero especialmente para celebrar la Eucaristía. En las varias parroquias, capellanías e iglesias donde se reúne la comunidad el día domingo, la asistencia es grande, por lo cual es común que muchos sacerdotes deban celebrar varias Eucaristías (muchas veces más de dos), a pesar de lo preceptuado por la norma canónica.

- Con gozo tenemos que reconocer que hay cristianos y comunidades que celebran festivamente y con gran participación el día domingo. Estas comunidades vivas y dinámicas, en la senda del Vaticano II, han hecho suya la reforma litúrgica y las asambleas resplandecen por la alegría pascual, la abundante frecuencia de los fieles, la rica ministerialidad, la gran acogida en la escucha de la Palabra y la participación en el convivio eucarístico. En la experiencia de muchos de nosotros en sus propias diócesis, no es raro constatar que estas comunidades son origen de vocaciones sacerdotales y de un apostolado laical comprometido.

- Sin embargo, todavía para muchos cristianos no suficientemente evangelizados, el domingo viene a ser una práctica de precepto dominical. O se ha abandonado o se vive como un deber y una obligación. - Pesa más el cumplimiento que la participación consciente y activa en ella. A todos estos «católicos» tenemos que hacerles saborear la riqueza mistagógica de la celebración en todos sus componentes: cantos, ritos, símbolos, oraciones, Palabra de Dios, Banquete Eucarístico, vida fraterna de los creyentes, etc., como ya nos ha ilustrado quien me precedió en esta mesa redonda. Sé por experiencia que en la mayoría de ocasiones, se requiere mucho más que la sola convocatoria para asistir a la Santa Misa. Se necesita realizar un camino de fe y de vida cristiana en comunidad, para

que esa vivencia pueda reflejarse posteriormente en las prácticas eclesiales en que participan.

- Muchos cristianos tienen una participación a la Misa dominical que es saltuaria, ocasional, y que en cierta medida refleja el tipo de vida cristiana hecha únicamente de prácticas culturales, que generalmente no les comprometen de manera completa sino muy marginal. En la mayoría de los casos, dichos cristianos no se sienten parte de la comunidad ni se integran en la asamblea que celebra. Les viene bien ir a la Santa Misa en un lugar u otro. Prefieren la Misa prefestiva del día sábado, porque suele ser más corta. En estos casos, la pedagogía pastoral hace necesario que, para conducir a estas personas a valorar la importancia de vivir el cristianismo de forma plena, completa, y siendo coherentes y constantes en sus prácticas evangélicas, se ayude a redescubrir el aspecto eclesial comunitario y de fraternidad propio de la comunidad cristiana que celebra al Señor resucitado y se les dirija hacia una nueva vivencia de la celebración eucarística.

- Hemos constatado muchas veces que, cuando no se tiene una vida cristiana coherente y una participación en la comunidad, es común que se desarrolle aquella mentalidad que, como recuerda el Papa Juan Pablo II, ve en el domingo un día de descanso, merecido por el ritmo de trabajo de la vida moderna (DD 4), lo cual puede llevar incluso a una vida cristiana sin participación de la Eucaristía dominical.

#### LA EUCARISTÍA DOMINICAL, ENCUENTRO DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

A la luz de lo dicho anteriormente, creo que resulta manifiesto que uno de los retos pastorales más importantes que tenemos que afrontar para animar la participación de los cristianos en la Eucaristía

dominical es *la dimensión comunitaria y de fraternidad*, que es propia de la vida cristiana y que encuentra en la celebración eucarística su lugar paradigmático de encuentro con el Señor y la comunidad. Al respecto, menciono algunos aspectos que conviene subrayar.

- La comunidad cristiana se reúne el día domingo para *celebrar su fiesta: la Pascua del Señor*, el acontecimiento de la salvación, que por Jesucristo y en el Espíritu, se ha hecho don para cada uno de sus miembros. El domingo es memorial de la Pascua del Señor y su actualización en la comunidad cristiana. La salvación de Dios se hace nuevamente presente en ella. La reunión de la comunidad testimonia, al mismo tiempo, la presencia en ella del Resucitado (DD31). Este aspecto festivo y pascual, adecuadamente subrayado, es fuente de ilusión y esperanza, de consuelo y fortaleza en medio de las tantas adversidades que los cristianos y sus comunidades enfrentan, y puede convertirse asimismo en motivo de testimonio y compromiso en la comunidad civil con sus múltiples retos y desafíos cotidianos. Es importante que toda la celebración eucarística tenga un carácter festivo e incluya, por ejemplo, en las intenciones, en las oraciones de los fieles, etc., los muchos y variados motivos que las personas, familias y comunidades tienen para dar gracias a Dios.

- El domingo hace presente y palpable, «concentra», por así decirlo, a la comunidad cristiana que *se reúne como asamblea, ekklesía*. La celebración dominical se convierte así en el *sacramentum unitatis* de los miembros en la misma fe, en torno a sus Pastores, a la Palabra y al banquete eucarístico. La Eucaristía del domingo congrega a todos los miembros de la comunidad, sin divisiones, sin fisuras, manifestando la unidad, que inspira a todos los grupos eclesiales en la unidad eclesial y en el Cuerpo de Cristo (DD 35). A

este aspecto se refiere el Santo Padre cuando nos dice, en el capítulo III de la Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine*, que la Eucaristía es «fuente y epifanía de comunión». En un mundo tan necesitado de comunión y unidad, la Eucaristía dominical ha de ser un signo que llame e inspire la búsqueda de unidad de la comunidad humana en sus diferentes formas, desde la familia, la comunidad local, la comunidad política y nacional, la comunidad internacional. Asimismo, para quien se siente frágil y necesitado de apoyo, la Eucaristía se torna en el espacio donde se descubre la unidad de todos los que formamos la Iglesia y donde se vislumbra como algo real y eficaz la solidaridad fraterna a la que estamos llamados.

- En la Eucaristía Dominical se *proclama la Buena Nueva* de Dios; de allí que la comunidad encuentra en la celebración, el espacio privilegiado para la escucha, la reflexión y la acogida de dicha Buena Noticia, y para hacerla oración y compromiso de vida. El mensaje de Dios no sólo se actualiza con la homilía sino también se hace vivo en las vivencias concretas de la comunidad cristiana (DD 39-40). Por eso, la comunidad cristiana es el horizonte privilegiado para constatar que «Dios ha hecho obras grandes», y por tanto, para animar a las personas en su voluntad de conversión y compromiso con Dios y con los demás.

- La Eucaristía del domingo es *celebración del banquete eucarístico, mesa de fraternidad*, en la que los miembros de la Iglesia se unen a Cristo y entre ellos por el pan eucarístico, que es Cristo mismo. La unión con Cristo y con los hermanos en la Eucaristía es la mejor fuente para *impulsar la caridad hecha solidaridad* entre hermanos (DD 42-44). Es a partir de la Eucaristía que pueden plasmarse signos concretos del «ir a los demás», algo tan propio de la caridad cristiana, como por ejemplo los diversos proyectos de solidaridad que

a menudo se tienen en las comunidades a favor de los enfermos, ancianos, niños abandonados, personas especiales, países y comunidades afectados por la guerra, la violencia, las calamidades naturales, etc. La celebración eucarística, en este sentido, debe abrir cada vez más espacios para la solidaridad eficaz; debe lograr, por así decirlo, un compromiso similar al del buen samaritano: «Anda y haz tu lo mismo».

- El domingo es día de fiesta, en que se celebra el banquete de despedida de Jesús, que es signo de la esperanza que tenemos de que el Señor vendrá, es celebración esperanzadora del retorno de Cristo al final de los tiempos, *Maranatha* (DD 37). Por eso, es también motivo de compromiso a favor de los «cielos nuevos y la tierra nueva» y de una comunión con la Iglesia del Cielo. En este sentido, es el horizonte más apropiado para abrirnos a la dimensión escatológica de nuestra vida cristiana y motivación para buscar la santidad, a imagen de María y de todos nuestros hermanos y hermanas que «nos han precedido en la fe» y gozan ya de la gloria eterna.

#### LA EUCARISTÍA DOMINICAL, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA

De qué manera la Eucaristía dominical se transforme cada vez más en el centro de la vida cristiana de las personas y comunidades es un ulterior reto que se nos presenta a los Pastores de este nuevo milenio. Para muchos de nuestros contemporáneos, las experiencias que se van sumando a la existencia humana valen en la medida que sean eficientes y fructíferas en aportar lo que se considera importante y vital. Por eso, el reto que tenemos delante para que los cristianos y sus comunidades descubran que la Eucaristía puede ser verdaderamente el centro de la vida cristia-

na es grande y podemos responder al mismo en la medida en que mostremos, con signos visibles, que gracias a la eucaristía, los cristianos y sus comunidades *encontramos aquello que nos da vida y vida en abundancia*. Al respecto, me permito hacer algunas consideraciones que me parecen de gran importancia.

- En primer lugar, la Eucaristía del domingo es el centro de la vida cristiana porque en ella se encuentra la comunidad cristiana, *en torno al pastor, a la Palabra, al banquete, para celebrar la presencia salvadora del Cristo Pascual y en espera del retorno glorioso de Jesús*. En ninguna otra celebración se encuentran reunidos tales elementos, que son ejes nucleares de la vida cristiana. Se hace entonces necesario que todo cristiano y toda comunidad que participe de la Eucaristía pueda hacer la experiencia de descubrir todos estos elementos de la vida cristiana en ella. Esto requiere un serio compromiso de toda la comunidad eclesial para ir formando apropiadamente a los fieles en la participación de la Eucaristía, de manera que puedan descubrirla efectivamente como *fuerza y como meta de su existencia como cristianos*.

- En segundo lugar, la Eucaristía ha de convertirse en el *centro de la vida cristiana de cada uno de los fieles*. En el caso de los *ministros ordenados*, ese aspecto es evidente, ya que su ministerio es de servicio al misterio de Dios manifestado en la Eucaristía. Pero también para los *consagrados* y para los *fieles cristianos laicos*, la Eucaristía ha de ir siendo cada vez más el centro de su vida cristiana. Esto puede lograrse animando una verdadera *espiritualidad eucarística*, la cual ha de estar caracterizada, como bien nos ilustra la Instrucción «*Año de la Eucaristía, sugerencias y propuestas*», por la *escucha de la Palabra*, la *búsqueda de una conversión permanente*, la *memoria de las maravillas* que ha hecho el Señor por nosotros, *el sacrificio* con el que nos ponemos en

comunión con el sacrificio del mismo Jesucristo, *la gratitud, la comunión que lleva a la caridad, la adoración, el gozo y la misión*. La madurez de la vida en Cristo se hará evidente en esta espiritualidad Eucarística, de modo que se diga de nosotros que somos personas eucarísticas, a ejemplo de María. Este es el caso de muchos de nuestros santos y santas latinoamericanos. En este sentido, no hay como el testimonio para poder contagiar de un gusto nuevo por la Eucaristía que lleve a los demás a buscar en ella «el tesoro más grande de la Iglesia».

- Asimismo, la Eucaristía ha de ser *punto de convergencia y dinamismo de toda la vida pastoral* de las diócesis, las parroquias y las comunidades cristianas. Siempre ha de estar al centro de nuestros planes y de nuestras opciones pastorales e incluso se ha de constituir en el punto de partida y finalización de las principales actividades pastorales de la parroquia. De esa forma se expresará de forma más adecuada el valor de eclesialidad que se encierra en ella. Siempre que sea posible, se ha de celebrar la Eucaristía al inicio o al final de las Asambleas de pastoral diocesana o parroquial, de los retiros, de las convivencias, de las misiones de evangelización, de las jornadas de estudio, de los encuentros pastorales, etc. Además, siempre que sea posible, se debe procurar que la celebración de los otros sacramentos se realice en la eucaristía, especialmente en la eucaristía dominical: bautismo, primeras comuniones, confirmaciones, matrimonios, ordenaciones, unciones de enfermos, etc.

- En la Eucaristía deben confluír, además, *todos los ministerios y servicios eclesiales presentes en la comunidad*. La presencia de los ministros ordenados, los ministerios instituidos y otros servicios de comunidad será la mejor expresión de la riqueza que el Espíritu otorga a la comunidad. Esta riqueza ministerial y de servicio,

además, ha de expresar, con su participación en la Eucaristía, que tiene existencia en la comunión «con un solo corazón y una sola alma».

## CONCLUSIÓN

- La Eucaristía dominical, más que un precepto, que lo es<sup>1</sup> ha de presentarse como un *encuentro con Cristo vivo y como un camino de crecimiento en la vida cristiana*, y en ese sentido, como un «termómetro» para la vida de los cristianos. Los cristianos cada vez más comprometidos han descubierto su valor y encuentran en ella una riqueza espiritual, mayor que ninguna otra. Su testimonio es imprescindible para que todos los demás cristianos y sus comunidades descubran en ella el centro de su vida cristiana.

- Las comunidades cristianas deben esmerarse en la *catequesis sobre la Eucaristía y en la preparación de las asambleas dominicales* en todos sus detalles, para que verdaderamente se conviertan en celebraciones alegres y vividas en profundidad. Nunca hemos de descuidar los signos de acogida, apertura y comunión hacia cada uno de los miembros de la asamblea hecha comunidad orante. Muy importante será asimismo cuidar *la ministerialidad y los servicios de los miembros de la comunidad*, para que la participación sea plena, consciente y activa, como recomienda el Concilio Vaticano II.<sup>2</sup> Que nadie se vaya de la Iglesia sin haberse sentido parte de una verdadera comunidad en cuanto miembro del cuerpo de Cristo. Que todos se sientan invitados a testimoniar «lo que han visto y oído».

- Un aspecto sumamente importante para que las eucaristías dominicales tengan el valor y significa-

<sup>1</sup> Cf. CIC 1 246, 1.

<sup>2</sup> Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 14.

do que se desea es *la formación de las personas y las comunidades cristianas sobre sus signos, sus ritos, su dinamismo, sus núcleos fundamentales*. Es todo un trabajo de *iniciación mistagógica*, a veces relegado o no suficientemente subrayado en nuestra acción pastoral y que incide fuertemente en que para muchos cristianos las eucaristías sean mensajes cifrados, ritos y símbolos que no son transparentes y claros y que no tienen relevancia con la vida concreta. Al contrario, por un esfuerzo de toda la comunidad cristiana como el que se espera de parte de todos nosotros durante este Año de la Eucaristía, nuestras celebraciones dominicales podrán ir transformándose en *auténticos lugares de encuentro con el Señor y con la comunidad, en espacios para la comunión y la fraternidad, en encuentros animadores de la misión y la solidaridad*. Que el Espíritu del Señor nos ayude para que el memorial de la Pascua de Jesús sea, de esta forma, edificador de nuestra existencia cristiana y de esta forma, nos conduzca al Padre. Que así sea. Amén.



*La preparación de la Misa dominical*

S.E.R. Cardenal NORBERTO RIVERA CARRERA  
*Arzobispo de México*



## PRESENTACIÓN

Para poder abordar el tema de la preparación necesaria para celebrar el Misterio Eucarístico, conviene hacer algunas consideraciones pertinentes al día del Señor y su estrecha relación con el día en que la primitiva comunidad celebró el memorial de su salvación; a la naturaleza de la Eucaristía; a la participación del cristiano en la celebración, así como las implicaciones en su vida de cada día.

## IMPORTANCIA DE LA CELEBRACIÓN EN EL DÍA DEL SEÑOR

En el día del Señor, la comunidad se reúne para escuchar la Palabra y actualizar el misterio de su salvación, por esta razón «la celebración dominical del día y de la Eucaristía del Señor tiene un papel principalísimo en la vida de la Iglesia»;<sup>1</sup> ya que en la Misa dominical es donde los cristianos reviven de manera particularmente intensa la experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se les manifestó estando reunidos.<sup>2</sup>

De este modo, cada vez que la Iglesia celebra en el domingo la Eucaristía manifiesta su propia naturaleza: la Eucaristía dominical es epifanía de la Iglesia,<sup>3</sup> que tiene su momento más significativo cuando la comunidad diocesana se reúne en oración con su

<sup>1</sup> CEC 2177.

<sup>2</sup> Cf. *Jn* 20,19.

<sup>3</sup> Cf. Carta ap. *Vicesimus quintus annus* (4 de diciembre de 1988), 9: AAS 81 (1989), 905-906.

propio Pastor: «La principal manifestación de la Iglesia tiene lugar en la participación plena y activa de todo el Pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, especialmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto a un único altar, que el Obispo preside rodeado de su presbiterio y sus ministros».<sup>4</sup>

La Eucaristía dominical, se celebra, precisamente, «el día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal»,<sup>5</sup> subraya con nuevo énfasis la propia dimensión eclesial, quedando como paradigma para las otras celebraciones eucarísticas. Cada comunidad, al reunir a todos sus miembros para la «fracción del pan», se siente como el lugar en el que se realiza concretamente el misterio de la Iglesia. En la celebración misma la comunidad se abre a la comunión con la Iglesia universal,<sup>6</sup> implorando al Padre que se acuerde «de la Iglesia extendida por toda la tierra»,<sup>7</sup> y la haga crecer, en la unidad de todos los fieles con el Papa y con los Pastores de cada una de las Iglesias, hasta su perfección por la caridad.<sup>8</sup>

<sup>4</sup> CONC. ECUM. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 41; cf. Decr. *Christus Dominus*, sobre el oficio pastoral de los obispos, 15; cf. Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo 1998), 34.

<sup>5</sup> Son palabras del embolismo, en las intercesiones de la II Plegaria Eucarística, formulado para el domingo (cf. otras Plegarias Eucarísticas).

<sup>6</sup> Cf. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio innotio*, a los obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia como comunión (28 de mayo de 1992), 11-14: AAS 85 (1993), 844-847.

<sup>7</sup> Inicio de la intercesión por la Iglesia en la II Plegaria Eucarística.

<sup>8</sup> Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo 1998), 34; Conclusión de la intercesión por la Iglesia en la II Plegaria Eucarística.

## PARTICIPACIÓN EN LA EUCARISTÍA EN EL DÍA DEL SEÑOR

A partir de la propuesta hecha por el Concilio Vaticano II, la participación es uno de los elementos que no puede dejar de tomarse en cuenta. Así, para abordar el tema de la preparación de la celebración, es menester considerar la asamblea que «participa» en el «*dies Domini*», que se manifiesta también como «*dies Ecclesiae*»,<sup>9</sup> por lo que la preparación estará en función de la dimensión comunitaria, de la que debe ponerse en evidencia su importancia pastoral, que permita comprender la connotación de la Iglesia que manifiesta su identidad de cuerpo místico de Cristo, al ser convocada por su Señor.<sup>10</sup> Por esta razón hay que «trabajar para que florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la misa dominical».<sup>11</sup>

### LA EUCARISTÍA DOMINICAL EN LA VIDA DEL CRISTIANO

La vida de cristiano se teje en medio de los ritmos del tiempo, de la vida, de las preocupaciones y de las esperanzas; así la Eucaristía se hace «luz y vida»<sup>12</sup> en el caminar del creyente, quien al participar activa y plenamente en ella, hace suyos «el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los

<sup>9</sup> Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo 1998), 35.

<sup>10</sup> Discurso al tercer grupo de Obispos de los Estados Unidos de América (17 de marzo de 1998), 4: L'Osservatore Romano ed. en lengua española, 10 de abril de 1998, p. 9.

<sup>11</sup> Cf. Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo 1998), 35.

<sup>12</sup> Lema para el 48º Congreso Eucarístico Internacional, Guadalajara, México, Octubre 2004.

afligidos»: <sup>13</sup> se ofrece a sí mismo, está llamado a anunciar el Evangelio y a vivir la caridad en plenitud. La Eucaristía se manifiesta de este modo «como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». <sup>14</sup>

La celebración dominical de la Eucaristía, empa, por así decirlo, la vida y el acontecer de cada cristiano, manifestando en cada uno los efectos de este sacramento, aun cuando no se perciban, cuando no se sientan. <sup>15</sup>

#### LA CELEBRACIÓN EUCARISTÍA COMO EXPRESIÓN ESCATOLÓGICA

Cuando celebramos la Eucaristía participamos en la «Cena del Señor», que es anticipación del banquete escatológico por las «bodas del Cordero». <sup>16</sup> Es prefiguración y prefiguración de la liturgia celeste; por ello, la Iglesia proclama solemnemente: «anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús». <sup>17</sup> La comunidad cristiana está a la espera de «la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo». <sup>18</sup>

<sup>13</sup> CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 1.

<sup>14</sup> *Ibid.*, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1; cf. Enc. *Dominum et vivificantem* (18 de mayo de 1986), 61-64: AAS 78 (1986), 888-894.

<sup>15</sup> Cada oración después de la Comunión, evidencia grandemente los efectos que se manifiestan en los que reciben adecuadamente el sacramento.

<sup>16</sup> *Ap* 19, 9; cf. Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo 1998), 38.

<sup>17</sup> MISAL ROMANO, Aclamación después de la narración eucarística.

<sup>18</sup> MISAL ROMANO, Embolismo después del Padre Nuestro.

Consideradas algunas cuestiones sobre la celebración de la Eucaristía en el día del Señor, es preciso detenernos en la dimensión espiritual del acontecimiento supremo de nuestra salvación.

#### PREPARACIÓN ESPIRITUAL

La índole espiritual merece una especial atención, dadas las implicaciones que surgen del mismo momento en que el Señor Jesús mandó a Pedro y a Juan que se preparara un cenáculo grande para celebrar con sus discípulos la cena pascual: «*Ipsse vobis ostendet cenaculum magnus stratum; ibi parate*» (Lc 22,12).<sup>19</sup>

Podemos detenernos en la contemplación del «*ibi parate*» que responde al mandato de Jesús «*Euntes parate nobis Pascha, ut manducemus*» (Lc 22,8) y a la pregunta de los discípulos «*Ubi vis paremus?*» (Lc 22,9): se trata de preparar la Pascua. Llegar al momento culminante por el cual se actualiza el memorial (זִיכָרוֹן) de la acción salvadora y liberadora de Dios en su pueblo. No se trata, entonces, de preparar solamente un lugar, sino de disponer el ánimo y la vida para celebrar la vida misma.

El imperativo «*parate*» (*hetoimásate*) nos lleva, así como a los discípulos, a subir a la sala de «arriba», a disponer los utensilios para la cena, a entrar en la dinámica de salvación que será anunciada por el mismo Jesús en esa tarde, a estar con él, a esperar con él, ya que en esa cena, el Señor nos deja un gran regalo con el que nos preparamos para cuando venga de nuevo: «*Salvator noster in Cena novissima sacrificium eu-*

<sup>19</sup> MISSALE ROMANUM, *Institutio Generalis Missalis Romani (Tertia editio typica)*. Proœmium 1: «*Cenam paschalem cum discipulis celebraturus, in qua sacrificium sui Corporis et Sanguinis instituit, Christus Dominus cenaculum magnum, stratum parari mandavit*».

*charisticum Corporis et Sanguinis sui instituit, quo sacrificium crucis in sæcula, donec veniret, perpetuaret, atque adeo Ecclesiae dilectæ sponsæ memoriale concrederet mortis et resurrectionis suæ».*<sup>20</sup>

Delante de este «misterio de fe y, al mismo tiempo, “misterio de luz”»,<sup>21</sup> la Iglesia entra en el recinto preparado por el mismo Señor Jesús para quedarse con él, para contemplarlo, ya que «contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el “programa” que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada».<sup>22</sup>

De este modo la preparación remota e inmediata de la celebración del Misterio de nuestra fe, es la ocasión para emprender el programa de contemplación propuesto por el Santo Padre: «La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo».<sup>23</sup>

<sup>20</sup> MISSALE ROMANUM, *Institutio Generalis Missalis Romani (Tertia editio typica)*. Proœmium 2; CONC. OECUM. VAT. II, Const. de sacra Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, n. 47; cf. Const. dogm. de Ecclesia, *Lumen gentium*, nn. 3, 28; Decr. de Presbyterorum ministerio et vita, *Presbyterorum ordinis*, nn. 2, 4, 5.

<sup>21</sup> IOANNES PAULUS PP. II, Litt. Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 6; cf. Littera ap. *Rosarium Virginis Mariae*, 21: AAS 95 (2003), 19.

<sup>22</sup> IOANNES PAULUS PP. II, Litt. Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 6.

<sup>23</sup> CONC. OECUM. VAT. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 5.

## PREPARACIÓN LITÚRGICA

En la Eucaristía le damos gracias al Señor porque podemos estar delante de él: «*gratias agentes quia nos dignos habuisti astare coram te et tibi ministrare*».<sup>24</sup> De hecho el ejercicio del sacerdocio de Cristo se manifiesta precisamente en la liturgia que su Iglesia celebra «dándole gracias» y «estando delante de él». De ahí que la preparación no podría quedarse en conceptos estéticos ni barrocos. Preparar la liturgia indicará, antes que nada, estar delante de él como hijos suyos, conscientes del servicio que le vamos a prestar y de la salvación que se actualiza en ése preciso momento.

En el ejercicio de esta «función ministerial», el presidente de la celebración y los ministros, en cada una de sus acciones, están invitados a develar el misterio por medio de «ritos y oraciones», de modo que se favorezca la participación<sup>25</sup> de la comunidad congregada en torno a Cristo. Ello implica que la consecución de las acciones, manifiesten una integridad en el culto donde se pueda apreciar la belleza de la mesa de la Palabra que anuncia y proclama aquello que en la mesa de la Eucaristía se actualizará. El binomio palabra-sacramento, presente, por su parte en los demás sacramentos, adquiere una fuerza peculiar en la acción litúrgica.

<sup>24</sup> MISSALE ROMANUM, *Præx Eucharistica* II.

<sup>25</sup> CONC. OECUM. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 48: «Itaque Ecclesia sollicitas curas eo intendit ne christifideles huic fidei mysterio tamquam extranei vel muti spectatores intersint, sed per ritus et preces id bene intellegentes, sacram actionem conscie, pie et actuose participant, verbo Dei instituantur, mensa Corporis Domini reficiantur, gratias Deo agant, immaculatam hostiam, non tantum per sacerdotis manus, sed etiam una cum ipso offerentes, seipsos offerre discant, et de die in diem consummentur, Christo Mediatore, in unitatem cum Deo et inter se, ut sit tandem Deus omnia in ómnibus»; Cf. S. CYRILLUS ALEX., *Commentarium in Ioannis Evangelium*, lib. XI, capp. XI-XII: PG 74, 557-564.

## PREPARACIÓN MATERIAL

Por razón y naturaleza de la celebración eucarística, es menester subrayar que la preparación no se limita sólo a los elementos materiales, que si bien son «significantes» del Misterio Pascual, adelantan y favorecen la inefable riqueza que se contiene en la celebración. Su función, entonces, es la de significar de manera *simple, digna y solemne* la tradición de fe de la Iglesia que celebramos en la Eucaristía, de modo que los elementos materiales con los que se cuenta para dicha celebración,<sup>26</sup> deben propiciar el encuentro de cada bautizado con el banquete eucarístico que adelanta el celestial, por lo que la dignidad de la preparación de índole material es importante y requiere esmero y dedicación.

<sup>26</sup> MISSALE ROMANUM, *Institutio Generalis Missalis Romani (Tertia editio typica)* 117-119. El *Caeremoniale Episcoporum* de 1984 en el número 125, por su parte, hace una distinción por lugares y por personas de todas aquellas cosas que se necesitan para la Celebración, a saber: «a) *En el presbiterio y en su lugar correspondiente*: El Misal, el Leccionario, Plegarias Eucarísticas para los concelebrantes, Texto para la oración universal, tanto para el Obispo como para el diácono, Libro de cantos, Cáliz de suficiente capacidad, corporal, purificadores, palangana, jarra con agua y toalla, recipiente con agua para ser bendecida cuando se usa en el acto penitencial, patena para la comunión de los fieles; b) *En un lugar adecuado*: Pan, vino y agua; c) *En el «secretarium»*: El Evangelio, incensario y la naveta con incienso, Cruz para ser llevada en la procesión, siete (o por lo menos dos) candeleros con cirios encendidos; y además: para el Obispo: Palangana, jarra con agua y toalla, amito, alba, cíngulo, cruz Pectoral, estola, dalmática, casulla (palio, para el metropolitano), solideo, mitra, anillo, báculo; para los concelebrantes: amitos, albas, cíngulos, estolas, casullas; para los diáconos: amitos, albas, cíngulos, estolas, dalmáticas; para los demás ministros: amitos, albas, cíngulos; o sobrepellices para revestirlas sobre la sotana; u otras vestiduras legítimamente aprobadas. Las vestiduras litúrgicas deben ser del color de la Misa que se celebra, o de color festivo».

CONSECUENCIAS PASTORALES  
DE UNA ADECUADA PREPARACIÓN

Naturalmente, cuando se da en la acción litúrgica la preparación adecuada y conveniente a cada asamblea, los frutos de santidad que se producen se vierten eficazmente en la acción pastoral de la comunidad, primero porque el Señor está presente, segundo porque la participación activa, consciente, eficaz y fructífera en la celebración, agiliza notablemente las inspiraciones pastorales del Espíritu de Dios en esa comunidad concreta. El reto estriba precisamente en la necesidad de preparar; en la conciencia de anunciar por la proclamación de la Palabra de Dios; en el deseo de abrir las puertas de la gracia a los fieles por medio de los signos sacramentales, de manera que todo ello se convierta en un auténtico «*sacrificium laudis*».

Pidamos al Señor que nos dé su Espíritu para cumplir conveniente y santamente el encargo que nos ha hecho, y cantemos ante el mundo sus maravillas.



*La homilía dominical*

S.E.R. Cardenal JORGE MARIO BERGOGLIO, S.I.

*Arzobispo de Buenos Aires*



*Transcurridos más de treinta años desde el Concilio, es necesario **verificar**, mientras reflexionamos sobre la Eucaristía dominical, de qué manera se proclama la Palabra de Dios, así como el crecimiento efectivo del **conocimiento** y del **amor** por la Sagrada Escritura en el Pueblo de Dios.<sup>1</sup> Ambos aspectos, el de la celebración y el de la experiencia vivida están en íntima relación (Dies Domini 40).*

Estas palabras del Santo Padre son las que inspiran estas sencillas reflexiones acerca de la homilía dominical en América Latina. El Papa une estrechamente una pregunta, ¿cómo proclamamos la Palabra, cómo estamos predicando?, con un trabajo de reflexión: verificar el crecimiento real y efectivo del conocimiento y del amor por la Sagrada Escritura en el Pueblo de Dios. Ese amor que, junto con el conocimiento se traduce en «experiencia vivida», y complementa el aspecto «celebrativo» de la Eucaristía.

Nos hace bien unir estas cosas. Si queremos saber cómo estamos predicando debemos ir siempre a ver cómo está el conocimiento y el amor de nuestro pueblo creyente por la Palabra. Fue precisamente con la Palabra que nuestro Señor se ganó el corazón de la gente. Venían a escucharlo de todas partes (*Mc* 1,45). Se quedaban maravillados bebiendo sus enseñanzas (*Mc* 6,2). Sentían que les hablaba como quien tiene autoridad (*Mc* 1,27). Fue con la Palabra, que los apóstoles, a los que «instituyó para que estuvieran

<sup>1</sup> En la Const. *Sacrosanctum Concilium*, 24, se habla de «*suavis et vivus Sacrae Scripturae affectus*».

con él, y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14), atrajeron al seno de la Iglesia a todos los pueblos (cf. Mc 16,15-20).

#### LA HOMILÍA COMO SIEMBRA Y COSECHA

Pero ¿qué significa «verificar»? Es claro que este conocimiento y este amor no se verifican con la mirada estadística de quien sólo cuenta cuántos asisten a la Misa dominical o compran la Biblia... La verificación más bien debe provenir de una mirada de buen sembrador.

Una mirada de «Sembrador» que sea mirada confiada, de largo aliento. El sembrador no curiosear cada día el sembrado, él sabe que sea que duerma o vele, la semilla crece por sí misma.

Una mirada de sembrador que sea mirada esperanzada. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejasas ni alarmistas. Él se juega por la fecundidad de la semilla contra la tentación de apurar los tiempos.

Una mirada del Sembrador que sea mirada amorosa, de esas que saben cómo es la fecundidad gratuita de la caridad: si bien la semilla parece desperdiciarse en muchos terrenos, donde da fruto lo da superabundantemente.

De esta mirada brotará una homilía que es, a la vez, siembra y cosecha. Tanto cuando prepara su prédica como cuando dialoga con su pueblo, el Espíritu pone en los labios del predicador palabras que cosechan y palabras que se siembran. Sintiendo y sopesando en su corazón cómo está el conocimiento y el amor del Pueblo por la Palabra, el predicador ora cosecha un valor que está maduro y muestra caminos para ponerlo en práctica, ora siembra un deseo, una

esperanza de más, allí donde encuentra tierra buena, apta para que crezca la semilla.

#### LA DULCE Y CONFORTADORA ALEGRÍA DE PREDICAR

Como pastores, a cada uno de los que nos toca predicar en nuestras misas, nos hace bien renovar cada día, cada domingo, nuestro fervor al preparar la homilía, verificando en primer lugar si en nosotros mismos crece el conocimiento y el amor por la Palabra que predicamos.<sup>2</sup> Como dice Pablo: *Predicamos no buscando agradar a los hombres, sino a Dios que examina nuestros corazones (1 Tes 2,4)*.

Si está vivo este amor por escuchar primero nosotros la Palabra que tenemos que predicar, al igual que nuestro amor por recibir como un fiel más la Eucaristía que nos toca consagrar, éste se transmitirá de una manera u otra al pueblo fiel de Dios.<sup>3</sup> Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* nos hablaba de «la dulce y confortadora alegría de evangelizar»:

*«A través de los ministros del Evangelio, Dios quiere hacer germinar la semilla; y de nosotros depende el que esa semilla se convierta en árbol y produzca fruto. Con-*

<sup>2</sup> ...Por la absoluta necesidad de que la nueva evangelización tenga en los sacerdotes sus primeros «nuevos evangelizadores» *Pastores dabo vobis 2*.

<sup>3</sup> «En particular, la mayor o menor santidad del ministro influye realmente en el anuncio de la Palabra, en la celebración de los sacramentos y en la dirección de la comunidad en la caridad. Lo afirma con claridad el Concilio: «La santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio; pues, si es cierto que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de salvación aun por medio de ministros indignos, sin embargo, Dios prefiere mostrar normalmente sus maravillas por obra de quienes, más dóciles al impulso e inspiración del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida, pueden decir con el Apóstol: “Pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20)» *Pastores dabo vobis 25*.

*servemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas» Evangelii Nuntiandi, 80.*

Esta reflexión apunta a aquella regla de toda buena homilía que dice que «es de la abundancia del corazón que habla la boca». Las lecturas del domingo resonarán con todo su esplendor en el corazón del pueblo si primero resonaron así en el corazón del Pastor.<sup>4</sup>

«HAGAN TODO LO QUE ÉL LES DIGA»

Para esto puede ayudar la imagen de Nuestra Señora, que es la que mejor transmite al pueblo fiel la alegría de esa Palabra que primero la llenó de gozo a ella. Por eso el Papa pone a Nuestra Señora al final de su Carta Apostólica como modelo hacia donde mira el pueblo fiel, miembro del cual es el que predica:

*«Hacia la Virgen María miran los fieles que escuchan la Palabra proclamada en la asamblea dominical, aprendiendo de ella a conservarla y meditarla en el propio corazón (cf. Lc 2,19)» Dies Domini, 86.*

Podemos nosotros poner esta imagen también al comienzo de nuestra reflexión y decirnos que una

<sup>4</sup> «Por eso, el sacerdote mismo debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un *corazón dócil y orante*, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: “la mente de Cristo” (1 Cor 2, 16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio. Solamente “permaneciendo” en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre, superando todo condicionamiento contrario o extraño al Evangelio (cf. Jn 8,31-32)» *Pastores dabo vobis* 26.

buena homilía dominical debe tener el sabor de ese vino nuevo que renueva el corazón del predicador al mismo tiempo que el de los oyentes. Y en esto de vino nuevo, María es experta desde Caná. La gracia de decir al pueblo de Dios con María (con el tono materno de María) «*hagan todo lo que Él les diga*» (Jn 2,5) es la gracia que debemos pedir en toda homilía. Este tono materno de Nuestra Señora es el de la «Creyente en la Palabra» y el de la «Servidora de la Palabra».

*«El sacerdote debe ser el primer “creyente” de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son “suyas”, sino de aquel que lo ha enviado. Él no es el dueño de esta Palabra: es su servidor. Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el pueblo de Dios. Precisamente porque evangeliza y para poder evangelizar, el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado» Pastores dabo vobis 26.*

#### LA HOMILÍA COMO DIÁLOGO DE DIOS CON SU PUEBLO

*«No se ha de olvidar que la proclamación litúrgica de la Palabra de Dios, sobre todo en el contexto de la asamblea eucarística, no es tanto un momento de meditación y de catequesis, sino que es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza» (Dies Domini, 40-41).*

Que la homilía no es tanto un momento de meditación y catequesis sino «el diálogo vivo entre Dios y su Pueblo» es una valoración de la prédica que proviene de su estar integrada en la Eucaristía. Supo-

ne la catequesis y está en continuidad con ella,<sup>5</sup> pero la supera al ser el momento más alto del diálogo entre Dios y su pueblo, antes de la comunión sacramental. El Señor se complace de verdad en dialogar con su pueblo y a nosotros que predicamos nos toca hacerle sentir este gusto del Señor a nuestra gente.<sup>6</sup>

La homilía es, pues, un retomar ese diálogo que ya está entablado entre el Señor y su pueblo.<sup>7</sup> Por eso el que predica debe tantear y sopesar el corazón de su comunidad para dialogar con ese corazón buscando dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que comenzó siendo amoroso, fue «robado», «sofocado» o no pudo dar fruto.

En Puebla hay un párrafo hermoso en el que se nos ilumina sobre quién es ese pueblo con el que el Señor se complace en dialogar. El pueblo de América Latina es un pueblo cuya alma «ha sido sellada por la fe de la Iglesia».<sup>8</sup> Por eso es «*infallible in credendo*» en el sentido de GS, 12. Es un pueblo sabio, con «*una sabiduría que es para el pueblo principio de discernimiento,*

<sup>5</sup> «Respetando lo específico y el ritmo propio de este cuadro, la homilía *vuelve a recorrer* el itinerario de fe propuesto por la catequesis y lo conduce a su *perfeccionamiento* natural» *Catechesi Tradendae* 48.

<sup>6</sup> El diálogo es para la Iglesia, en cierto sentido, un medio y, sobre todo, un modo de desarrollar su acción en el mundo contemporáneo. En efecto, el Concilio Vaticano II, después de haber proclamado que «la Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres (...), se convierte en señal de la fraternidad que permite y *consolida el diálogo* sincero», añade que la misma Iglesia debe ser capaz de «*abrir*, con fecundidad siempre creciente, el *diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios*», así como también de «*mantener un diálogo con la sociedad humana*» *Reconciliatio et Paenitentia* 25.

<sup>7</sup> Diálogo que es de misericordia, como decía Juan Pablo II en su encíclica: «*la misericordia no pertenece únicamente al concepto de Dios, sino que es algo que caracteriza la vida de todo el pueblo de Israel y también de sus propios hijos e hijas: es el contenido de la intimidad con su Señor, el contenido de su diálogo con Él* (DM 4).

<sup>8</sup> Puebla, 445.

*un instinto evangélico por el que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses».<sup>9</sup>*

Los obispos rescatan esta frase del Papa en el discurso inaugural y pienso que es clave para tomar conciencia del misterio de amor que reina entre Dios y su pueblo fiel, para saber con quién estamos hablando. Ese «instinto de la fe» que hace a nuestro pueblo infalible in credendo, debe ser el criterio cordial por el que se oriente nuestra predicación.

*La religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo (P 450)*

¿Qué implica predicar a quien se evangeliza continuamente a sí mismo y es infalible in credendo? Dejando de lado toda discusión vana acerca de cuánto hay que «ilustrar» todavía al pueblo de Dios, pienso que la imagen de la Madre con su hijo es la que mejor aclara lo que significa tener que enseñar al que ya sabe. La Iglesia es Madre y predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo, con esa confianza de que el hijo ya sabe que todo lo que se le enseñe será para bien, porque se sabe amado. Los padres saben guiarse por este sentido innato que tienen los hijos y que les da la medida de cuándo maltrataron un límite o dijeron algo inadecuado. Es el espíritu de amor que reina en una familia el que guía tanto a la madre como al hijo en sus diálogos donde se enseña y aprende, se valora y corrige. Así también en la homilía: este saberse en Espíritu de familia es lo que guía al que habla y al que escucha. El Espíritu que inspiró los evange-

<sup>9</sup> Puebla 448, cf. JUAN PABLO II, *Discurso Inaugural*, III, 6.

lios, inspira también cómo hay que predicarlos y cómo hay que escucharlos en cada Eucaristía.

Este ámbito materno-eclesial en el que se desarrolla el diálogo del Señor con su Pueblo debe favorecerse y cultivarse mediante la cercanía cordial del predicador,<sup>10</sup> la calidez de nuestro tono de voz, la mansedumbre del estilo de nuestras frases, la alegría de nuestros gestos... Hasta lo aburridos que en ocasiones podemos resultar para algunos, si está presente este espíritu materno-eclesial, resulta fecundo a la larga, así como los «aburridos consejos de madre» dan fruto con el tiempo en el corazón de los hijos.

Cuando uno se admira de los recursos que tenía el Señor para dialogar con su pueblo, para transmitir la revelación íntegra a todos, para cautivar con enseñanzas tan elevadas y de tanta exigencia a gente común, creo que el secreto se esconde en este apelar Jesús al ámbito eclesial que establece el Espíritu entre los que adoran al Padre. La convicción de Jesús se expresa en ese: «*No temas, pequeño rebaño, porque al Padre de ustedes le ha parecido bien darles el Reino*» (Lc 12,32). En este Espíritu Jesús predica. Por eso

<sup>10</sup> «El sacerdote debe crecer en la conciencia de la profunda comunión que lo vincula al pueblo de Dios; él no está sólo “al frente de” la Iglesia, sino ante todo “en” la Iglesia. Es hermano entre hermanos. La conciencia de esta comunión lleva a la necesidad de suscitar y desarrollar la corresponsabilidad en la común y única misión de salvación, con la diligente y cordial valoración de todos los carismas y tareas que el Espíritu otorga a los creyentes para la edificación de la Iglesia. Es sobre todo en el cumplimiento del ministerio pastoral, ordenado por su propia naturaleza al bien del pueblo de Dios, donde el sacerdote debe vivir y testimoniar su profunda comunión con todos, como escribía Pablo VI: *Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio*» *Pastores dabo vobis*, 74.

bendice lleno de gozo en el Espíritu al Padre que le atrae a los pequeños:

*«En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”» (Lc 10,21-22).*

Más allá de los recursos, que en el Evangelio son infinitos en cantidad y calidad, el predicador tiene la hermosísima y difícil misión de aunar los corazones que se aman —los del Señor y los de su pueblo—, corazones que por el tiempo que dura la homilía hacen silencio y lo dejan hablar a él. Tanto el Señor como su pueblo se hablan de mil maneras directamente, sin intermediarios. Pero en la homilía quieren que alguien haga de mediador y exprese los sentimientos de ambos, de manera tal que después cada uno elija por dónde sigue su conversación. La Palabra es esencialmente mediadora y requiere no sólo de los dos que dialogan sino de un mediador que la represente como tal... Un mediador que, como Pablo, esté convencido de que *«No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús» (2 Cor 4,5).*

Un diálogo es mucho más que la comunicación de una verdad. El diálogo se realiza por el gusto de hablar y por el bien concreto que se comunica entre los que se aman por medio de las palabras. Un bien que no consiste en cosas sino en las personas mismas que se dan mutuamente en el diálogo. Por eso la predica puramente moralística o exegética reduce esta comunicación entre corazones que ha de darse en la

homilía y que tiene que tener un carácter cuasi sacramental, porque «*la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo*» (Rom 10,17).

«LAS MARAVILLAS DE LA SALVACIÓN Y LAS EXIGENCIAS DE LA ALIANZA» EN LA HOMILÍA

*«Diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza...» Dies Domini, 41.*

El diálogo es proclamación de las maravillas de la salvación, en las que resplandece la gloria del Señor y del hombre vivo. El diálogo entre Dios y su pueblo ajusta más la alianza entre ambos y estrecha el vínculo de la caridad. Por eso es central que en la homilía, la verdad vaya de la mano de la belleza y del bien. No se trata para nada de verdades abstractas y frías y mucho menos si van de a puñados y en silogismos. La homilía requiere que, al proclamar cada verdad del Evangelio, sepamos descubrir y comunicar también la belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para atraer la atención (las parábolas son un hermosísimo ejemplo) y, diría yo, la oportunidad —el kairós— que su amor descubría o creaba para estimular a la práctica del bien.

La memoria del pueblo fiel, como la de María,<sup>11</sup> debe quedar rebotante de las maravillas de Dios y su

<sup>11</sup> «Precisamente en este camino, peregrinación eclesial a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de las almas, María está presente como la que es “feliz porque ha creído”, como la que avanzaba “en la peregrinación de la fe”, participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo. Añade el Concilio que “María... habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación, en cierta manera en sí une y refleja las más grandes exigencias de la fe”. Entre todos los creyentes es como un “espejo”, donde se reflejan del modo más profundo y claro “las maravillas de Dios” (Hcb 2,11)» *Redemptoris Mater* 25.

corazón esperanzado en la práctica alegre y posible del amor que se le comunicó. Y esto es así porque toda Palabra en la Escritura es primero don antes que exigencia.

#### EL DEPÓSITO DE LA FE DEL PUEBLO FIEL EN LA HOMILÍA

Esta síntesis de verdad, belleza y bien no es algo que haya que inventar: es propio de la Palabra encarnada, y allí donde esta Palabra ha sido acogida por un pueblo, incorporada en su cultura, esa síntesis es lo que llamamos «religiosidad popular».

*La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responden con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia.<sup>12</sup>*

En esta frase de Puebla encontramos la belleza como admiración «ante los grandes interrogantes de la existencia», admiración digo porque la respuesta suele estar encarnada en los ritos, el arte y las fiestas populares; la verdad la encontramos como «sabiduría cristiana» y el bien como «acervo de valores». El amor de Dios crea pueblo, siempre crea cultura porque es vinculante de manera estable y fiel y eso engendra modos de ver, de sentir y de crear comunes entre los hombres.

La prédica cristiana, por tanto, encuentra en este corazón cultural de nuestro pueblo una fuente de agua viva para lo que tiene que decir y para el cómo lo tiene que decir. Así como a todos nos gusta que se nos hable en nuestra lengua materna —y más si nos vemos obligados a usar otras— así también en la fe nos gusta que se nos hable en claves de «cultura

<sup>12</sup> Puebla, 449.

materna». Por supuesto que para desde allí crecer, abrirnos y mejorar. Pero cuando se nos habla en lengua materna el corazón se dispone a escuchar mejor. Esta lengua es un tono que transmite «parresía», como el de la madre a sus hijos Macabeos, y también una síntesis ya lograda, una sapiencia en la que uno se siente en casa. Como dice Puebla:

*«La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria, inteligencia y afecto. Esa sabiduría es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como Hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura».*<sup>13</sup>

Las tensiones que menciona Puebla —lo divino y lo humano, espíritu y cuerpo, comunión e institución, persona y comunidad, fe y patria, inteligencia y afecto— son universales. La *síntesis vital*, el conllevar estas tensiones creativamente, eso que es indefinible en palabras, porque las requeriría todas, ese núcleo simbólico y viviente —que para nuestro pueblo se traduce en «nombres propios» como Guadalupe y Luján, en fe peregrinante, en gestos de bendición y de solidaridad, en ofrenda y en canto y en danza...— ese corazón en el cual y gracias al cual nuestro pueblo ama y cree, *es el lugar teológico* donde tiene que situarse vitalmente el predicador. Es decir, *el desafío de una prédica inculturada está en evangelizar la síntesis, no ideas o valores sueltos*. Donde está tu síntesis, podríamos parafrasear, allí está tu corazón. La diferencia entre ilumi-

<sup>13</sup> Puebla, 448.

nar el lugar de síntesis e iluminar ideas sueltas es la misma que hay entre el aburrimiento y el ardor del corazón.

No es fácil hablar de corazón al pueblo de Dios. No basta con ser bien intencionado. La gente aprecia y valora cuando un predicador se esfuerza por ser sincero, cuando baja la palabra a imágenes reales... Pero hablar de corazón implica tenerlo no solo ardiente, sino iluminado por la integridad de la revelación, por la Palabra y por el camino que esa palabra ha recorrido en el corazón de la Iglesia y de nuestro pueblo fiel a lo largo de su historia (la Tradición).

Al revalorizar los elementos positivos de la piedad popular, Puebla, en un texto riquísimo e inspirado (454) nos brinda un esbozo de síntesis en algo que es más que una mera enumeración. En cada «elemento» recogido del corazón de muchos pastores se nota ya una síntesis. Son «elementos» universales concretos, en los que la totalidad de la fe brilla encarnada en una figura propia de la religiosidad de nuestro pueblo latinoamericano. Al ir las leyendo acentuaré en algunas una breve sugerencia que podría inspirar nuestras homilias para que se alimenten de esta síntesis y la alimenten en el corazón de los que escuchan. Dice Puebla:

*« Como elementos positivos de la piedad popular se pueden señalar:*

*la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías... ».*<sup>14</sup>

Al Dios trino y uno nuestro pueblo lo vive como un Dios bautismal y bautizador. Un Dios en el que uno fue sumergido de niño y en el cual vivimos, nos movemos y existimos. El misterio de la Trinidad es más ambiente vital que circunda la fe de nuestro

<sup>14</sup> Puebla, 454.

pueblo que blanco específico de discursos racionales. Más que nuestras palabras, lo que deben ser trinitarios en nuestras homilias son nuestros gestos, nuestras imágenes, el espacio de tiempo que le dedicamos a cada persona divina.

*el sentido de la providencia de Dios Padre,*<sup>15</sup>

Aquí diríamos que iluminar y alimentar esta imagen del Padre como Providente implica predicar en esperanza. Nuestro Pueblo descansa y goza cuando le hablamos del Dios siempre más grande, del Dios que cuidó a nuestros padres, a nuestras abuelas y abuelos, del Dios que pastorea el porvenir de nuestros hijitos.

Nuestras homilias, si quieren ser fieles y fecundas, deberán sembrar y cosechar siempre esperanza.

*«... Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación (Navidad: el Niño), en su Crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón...».*<sup>16</sup>

Jesús está en el corazón de nuestro pueblo como el Niño del pesebre, como el muerto en una Cruz, como el pancito de la primera comunión de los chicos y como el Dios que tiene un buen Corazón. A veces, notando (con mentalidad cuantitativa) que «falta» una imagen del resucitado, se piensa que una segunda evangelización tiene que venir a «agregar» otra imagen, en el mejor de los casos, cuando no a reemplazar todas las anteriores por una más pura y completa. Más allá de toda pretensión apologética, vale más partir de la convicción de que la fe, si dio fruto, es porque se sembró íntegra, e ir a buscar en las imágenes que ya están en el corazón, qué nos dicen ellas mismas acerca de cómo integra todo lo nuevo, de cómo purificar y completar. Las cruces revestidas

<sup>15</sup> Puebla, 454.

<sup>16</sup> *Idem*, 454.

de gloria siguen hablando al corazón de nuestro pueblo más que los «pare de sufrir» de las sectas.

*«Amor a María: Ella y «sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular» (Juan Pablo II, Homilía Zapopán, 2. AAS LXXI, p. 228), venerada como Madre Inmaculada de Dios y de los hombres, como Reina de nuestros distintos países y del continente entero...».*<sup>17</sup>

En el centro del pasaje Puebla pone el amor a María. María y sus misterios «pertenecen a la identidad propia de estos pueblos», dice el Papa. En ella traslada nuestro pueblo, de manera real, con un realismo latinoamericano que más que mágico es un realismo «lleno de gracia», todo lo que un discurso más racional echa de menos en cuanto a presencia de conceptos de resurrección y de Espíritu Santo. Todo lo «positivo, lo festivo, lo que es vida, belleza, alegría, fiesta... nuestro pueblo lo encarna en María».<sup>18</sup> En las homilias para nuestro pueblo, María no debe ser sólo conclusión, sino, más explícitamente, una referencia de centro. «Centro porque es para nuestro pueblo “modelo de cómo hay que creer”: “María, que por la eterna voluntad del Altísimo se ha encontrado, puede decirse, en el centro mismo de aquellos “inescrutables caminos” y de los “insondables desig-nios” de Dios, se conforma a ellos en la penumbra de la fe,

<sup>17</sup> Puebla, 454.

<sup>18</sup> El Papa tiene un hermoso pasaje hablando de los íconos marianos de los pueblos de la antigua Rusia: «En estos iconos la Virgen resplandece como la imagen de la divina belleza, morada de la Sabiduría eterna, figura de la orante, prototipo de la contemplación, icono de la gloria: aquella que, desde su vida terrena, poseyendo la ciencia espiritual inaccesible a los razonamientos humanos, con la fe ha alcanzado el conocimiento más sublime. Recuerdo también el icono de la Virgen del Cenáculo, en oración con los apóstoles a la espera del Espíritu. ¿No podría ser ésta como un signo de esperanza para todos aquellos que, en el diálogo fraterno, quieren profundizar su obediencia de la fe?» (Redemptoris Mater 33).

*aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino».*<sup>19</sup>

Centro porque es para nuestro Pueblo «señal de esperanza segura»:

*«María, Madre del Verbo encarnado, está situada en el centro mismo de aquella “enemistad”, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. En este lugar, ella, que pertenece a los “humildes y pobres del Señor”, lleva en sí, como ningún otro entre los seres humanos, aquella “gloria de la gracia” que el Padre “nos agració en el Amado”, y esta gracia determina la extraordinaria grandeza y belleza de todo su ser. María permanece así ante Dios, y también ante la humanidad entera, como el signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios, de la que habla la Carta paulina: “Nos ha elegido en él (Cristo) antes de la fundación del mundo..., eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos” (Ef 1,4.5). Esta elección es más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado, de toda aquella “enemistad” con la que ha sido marcada la historia del hombre. En esta historia, María sigue siendo una señal de esperanza segura».*<sup>20</sup>

Centro porque es para nuestro pueblo lugar de misericordia:

*«María es la primera en participar de esta nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva “autodonación” de Dios. Por esto proclama: “Ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo”. En su arrebatamiento, María confiesa que se ha encontrado en el centro mismo de esta plenitud de*

<sup>19</sup> *Redemptoris Mater*, 14.

<sup>20</sup> *Redemptoris Mater*, 11.

*Cristo. Es consciente de que en ella se realiza la promesa hecha a los padres y, ante todo, “en favor de Abraham y su descendencia por siempre”; que en ella, como madre de Cristo, converge toda la economía salvífica, en la que, “de generación en generación”, se manifiesta aquel que, como Dios de la Alianza, se acuerda “de la misericordia” ».*

De todos los demás elementos,<sup>21</sup> que podemos meditar como valiosas síntesis —cada uno de ellos- a tener en cuenta a la hora de predicar, destacamos finalmente sólo uno más:

*La capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza); esa Fe situada en el tiempo (fiestas) y en lugares (santuarios y templos).*

Esta fe que nuestro pueblo fiel expresa de manera situada e íntegra —íntegra no sólo en sus contenidos sino existencialmente— debe hallar eco en la homilía dominical. El desafío consiste en reinterpretar la misma fe que vive nuestro pueblo en su mismo lenguaje y modo de expresarse de manera tal que crezca y se purifique desde adentro.

<sup>21</sup> «Los santos, como protectores; los difuntos; la conciencia de dignidad personal y de fraternidad solidaria; la conciencia de pecado y de necesidad de expiación; la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza); la Fe situada en el tiempo (fiestas) y en lugares (santuarios y templos); la sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana; el respeto filial a los pastores como representantes de Dios; la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria; la integración honda de los sacramentos y de los sacramentales en la vida personal y social; el afecto cálido por la persona del Santo Padre; la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar las pruebas y confesar la fe; el valor de la oración; la aceptación de los demás» Puebla 454.

Como dice más adelante Puebla, proféticamente: *«Si la Iglesia no reinterpreta la religión del pueblo latinoamericano, se producirá un vacío que lo ocuparán las sectas, los mesianismos políticos secularizados, el consumismo que produce hastío y la indiferencia o el pansexualismo pagano. Nuevamente la Iglesia se enfrenta con el problema: lo que no asume en Cristo, no es redimido y se constituye en un ídolo nuevo con malicia vieja»* (Puebla 468).

El desafío, pues, que se nos sigue planteando es el de una nueva evangelización, la cual, como dice Puebla, «ha de apelar a la memoria cristiana de nuestros pueblos». El depósito de la fe inculcado por las madres en el corazón de sus hijos a lo largo de los siglos es fuente viva de nuestra identidad. Identidad que no cambia sino para mejorar hasta que se forme Cristo en nosotros. Esta identidad que es ese abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, nos hace anhelar, como hijos pródigos —y predilectos en María— el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera. *Hacer que nuestro pueblo se sienta como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio.*

*Recursos pastorales  
para la Misa dominical*

S.E.R. Cardenal GERALDO MAJELLA AGNELO  
*Arzobispo de São Salvador de Bahía*



Caros irmãos no episcopado  
Estimados presbíteros  
Amados irmãos leigos e leigas.

O tema que nos foi confiado para dissertar neste Encontro inscreve-se entre os da mais alta importância em meio às diferentes preocupações que atualmente têm sensibilizado o magistério eclesial.

O papa João Paulo II na sua Carta Apostólica «Dies Domini» de 31 de maio de 1998, demonstrando a centralidade da páscoa semanal como «Dies Christi», caracteriza o domingo como o dia da nova criação, o oitavo dia imagem da eternidade, o dia de Cristo Luz, o dia do dom do Espírito, o dia da fé, dia irrenunciável.

O domingo, primícia de todos os outros dias (São Basílio) e sacramento da páscoa (Santo Agostinho) é essencialmente dia de convocação para a assembléia dos cristãos. Aí a Igreja é plasmada e nutrida numa ligação vital com o Ressuscitado através de sua palavra que é ofertada pelo Espírito e através do pão e do vinho da ação de graças.

A respeito do conagraçamento dos fiéis neste dia para a ceia do Senhor, são abundantes e bastante conhecidos os testemunhos dos primórdios da Igreja. E todos parecem convergir para o magnífico testemunho dos mártires da Bitínia: «non si può vivere senza celebrare il giorno del Signore!».

Embora, às portas do Terceiro Milênio, o domingo sofra os influxos da cultura do lazer marcada pela supervalorização dos esportes e do turismo, aos quais se unem a sedução do consumismo, erotismo e excessivo trabalho, para o cristão continua o apelo de

reformatá-lo como dia senhorial e onde a pessoa é convocada para a plena alegria de Cristo. «Bendito seja Aquele que elevou o grande dia do domingo acima de todos os dias. Os céus e a terra, os anjos e os povos abandonaram-se à alegria» (Liturgia Maronita). Esta alegria não é ilusória como a produzida pelo domínio do ter, mas brota da graça do encontro com o Ressuscitado. Ele é causa eficiente da perfeita união de todos com o Pai.

A beleza e santidade deste dia foi descrita magistralmente pelo patriarca Iso'Iahb na carta endereçada por este ao bispo Tiago, onde afirma:

*«Del rispetto del giorno del Signore, della santa domenica... Da quanto é stato annunciato il regno dei cieli, invece del giorno del riposo di Dio, i fedeli osservano il giorno della resurrezione nella carne del Figlio di Dio; invece del giorno del riposo ristoratore degli uomini e degli animali, il giorno in cui si è compiuta in figura e si compirà in realtà il rinnovamento generale; invece del giorno in cui termina la settimana, il giorno in cui inizia, il giorno in cui è incominciato questo mondo, la cui durata è limitata, e in cui comincerà pure il mondo futuro, che avrà inizio, ma non finirà mai e la cui durata è illimitata... Di domenica nostro Signore scosse ed aprì lo Sheol con la sua resurrezione, gettò le fondamenta della Chiesa e predicò il regno dei cieli. È per questo che i figli della dottrina di vita devono osservare, da sera a sera, il giorno attraverso elemosine, con la riconciliazione, con giudizi giusti, con la pace, la carità, la misericordia vicendevole... Alcuni fedeli si astengono, la domenica, dal lavoro o dai viaggi fino a quando le funzioni liturgiche non sono terminate. Altri però, o per una necessità urgente, più forte della loro buona volontà, o per la loro caparbia sprezzante, ribelle ed indocile, come bambini disubbidienti, considerano il giorno del Signore, la domenica, alla stessa stregua del sabato o*

*del secondo giorno della settimana, e non lo onorano, vale a dire non vogliono onorarsi in quel giorno con il servizio divino e la pratica della giustizia, che è duratura, ma lavorano per amore del denaro, che porta al peccato e non è duraturo...».*<sup>1</sup>

O Concílio Vaticano II na Constituição dogmática *Lumen Gentium*, na perspectiva da antiga Igreja do Oriente, retoma a eucaristia dominical como projeto de solidariedade em favor da humanidade inteira, pois a Igreja é «sinal e instrumento» não só da união com Deus, mas também da unidade de todo o gênero humano.

Todos esses testemunhos nos ajudam perceber a transcendência do domingo, dia de repouso e de cultivo da intimidade cristocêntrica e trinitária. Mas como voltar a viver tal integração no dia-a-dia de nossas vidas? Como fazer de nossas assembléias eucarísticas dominicais autênticos momentos epifânicos do Senhor?

Procurando responder de alguma maneira a estes desafios gostaríamos de partilhar com vocês aqui presentes, caros amigos, a experiência que tem caracterizado o povo cristão brasileiro no que concerne à celebração dominical do sacramento da nossa redenção. Podemos explicitar esta experiência em alguns níveis:

1º: *Quanto à ministerialidade*: Partindo sempre do princípio enunciado pela Constituição *Sacrosanctum Concilium*, segundo o qual na celebração cada um faça tudo e só o que lhe compete, a depender do lugar que ocupa no povo de Deus (cf. SC 28), nosso povo, ao assumir a fé e o batismo, torna-se realmente sensível à participação ativa, consciente e plena na assembléia

<sup>1</sup> Citado por WILLY RORDORF, *Sabato e domenica nella chiesa antica*: Torino 1979, pp. 227-229.

«toda ministerial». E tal se manifesta pela grande disponibilidade em aceitar as diferentes tarefas na preparação, execução e avaliação do culto. As Equipes de Celebração, cumprindo os objetivos estabelecidos pela Equipe Paroquial de Liturgia, buscam preparar e montar uma estrutura ritual rica e participada. Em vista disso são previamente contemplados os seguintes passos: aprofundamento crítico do texto bíblico, seguido pela leitura orante da Palavra; sugestões criativas quanto a possíveis cantos, gestos, símbolos e atitudes para cada momento da celebração; escolha dos elementos que de fato vão compor o momento celebrativo e ensaio de cada parte. Então, no domingo, tem lugar a celebração que foi assim organizada. Logo após a mesma, uma rápida avaliação tenta checar se os vários objetivos e vivências foram aí alcançados e se os serviços e ministérios foram bem realizados.

2º: *Quanto à festividade*: A dimensão litúrgico-festiva é muito presente no culto, sobretudo nas periferias urbanas, nos meios rurais e em alguns movimentos eclesiais. Além das propostas musicais dos hinários litúrgicos, há uma farta produção de música que recolhe as constantes melódicas, rítmicas e harmônicas populares e que dão um rosto musical próprio à Comunidades Eclesiais de Base e aos diferentes movimentos leigos. São usados também muitos outros cantos que competem a quem preside e que são acompanhados pelas aclamações cantadas do povo. A isso se une também a diversidade do formato e a beleza das vestes nas celebrações, as quais são enriquecidas generosamente por gestos e símbolos que respondem ao gosto local. É digno de nota o respeito e valorização do corpo e muitas expressões que vão brotando espontaneamente do encontro da liturgia com a sensibilidade e o jeito próprio de ser da nossa

gente. Merece ainda especial menção a valorização do tempo, particularmente dos momentos mais significativos do Ano Litúrgico, realçado a partir da música e da toda a ambientação. Nesta valorização do Ano Litúrgico o povo sabe distinguir entre tempos fortes, solenidades e festas, quanto investem mais na preparação e execução das celebrações, e tempos comuns, marcados pela sobriedade e singeleza celebrativa.

3º: *Quanto à duração das celebrações*: Sendo povo de índole mais festiva, que aprecia o convívio fraterno na companhia dos demais, é capaz de investir longo tempo na arte de celebrar. Assim as reuniões litúrgicas ganham intensidade convivial em favor da contemplação detalhada da palavra e das ações sagradas, o que assegura não só a união entre todos, mas também e sobretudo a comunhão com a Trindade Santa.

4º: *Quanto à mistagogia*: Embora não se configure em puro momento catequético, as celebrações oferecem forte teor mistagógico, pois fomentam a escuta, o silêncio interior, a abertura frente às necessidades dos demais, o respeito pela diversidade e a originalidade de cada um, a acolhida calorosa dos que vem à comunidade e grande enriquecimento espiritual. Também se desenvolvem claros espaços de socialização, de formação e de educação.

5º: *Quanto ao lugar da celebração*: Também em relação a este aspecto o nosso povo demonstra grande criatividade que se traduz no ordenamento de todo o espaço celebrativo. Com efeito, o lugar sagrado recebe não só um tratamento funcional em vista da praticidade dos ritos, mas sobretudo busca exprimir uma intensa dimensão espiritual em que homem e Deus se encontram e dialogam em profundidade. Aí a beleza ambiental torna-se meio evangelizador, pois o que

vemos retrata o que cremos e nos abrem à transcendência.

6º: *Quanto ao compromisso e a missão:* A celebração também leva a um compromisso concreto no mundo, que se traduz na evangelização dos vários ambientes, no assumir a solidariedade por meio de projetos pessoais e comunitários em favor da justiça, do eco-sistema, da construção da comunhão e da paz social. A vida de oração do povo cada vez mais tem brotado das leituras bíblicas advindas das celebrações e vão assumindo formas variadas, como a da meditação e da contemplação.

Tudo isso ganha maior sentido dentro do plano de reforma proposto pelo último Concílio, cujo derradeiro elo é exatamente a adaptação da liturgia aos vários povos e nações, sobretudo daqueles a quem o Evangelho foi anunciado mais recentemente (cf. SC 40). Entre estes se inscrevem a pleno direito os nossos povos latino-americanos.

Queira o Senhor da Vida e Pastor do Rebanho fazer nossa gente cada vez mais sensível à imensa riqueza litúrgica para que, através de nosso serviço cultural, seja Ele cada vez melhor louvado para a honra e glória de seu nome, para o bem nosso e da inteira Igreja de Deus.

Muito obrigado.

*La asistencia a la Misa dominical  
en América Latina*

S.E.R. Mons. LEONARDO SANDRI  
*Arzobispo tit. de Cittanova, Sustrituto de la Secretaría de Estado*



El culto eucarístico, juntamente con la devoción mariana y el afecto al Papa, es una de las características fundamentales de la vivencia cristiana en América Latina.

Los Congresos Eucarísticos Nacionales dan fe de ello. Son acontecimientos que expresan la vitalidad de la Iglesia en América Latina. Reflejan el despertar de la conciencia cristiana del pueblo fiel y alientan a los creyentes a un compromiso real y efectivo para estrechar vínculos de la tan necesaria comunión, fraternidad y reconciliación en la fe y en el amor, en ese Continente de la Esperanza. Así, el reciente 48º Congreso Internacional Eucarístico celebrado en Guadalajara, México, bajo el lema «*La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio*», hizo referencia a la «luz» porque en éste misterio se irradia la presencia de la luz de Cristo en un mundo sobre el que se ciernen las sombras amenazadoras de una cultura laicista que quiere vivir de espaldas a Dios. Y a la «vida» porque Jesús se nos da, en él, como pan de vida y nos invita a trabajar con fortaleza renovada y mayor compromiso en favor de tantos hermanos, especialmente de los más desheredados.<sup>1</sup> Este misterio de Luz y Vida tomó en América, a través de su Madre, todos los elementos centrales de la cultura indígena e hizo posible la evangelización con una vitalidad que rebasó toda expectativa. Dan fe de ello las numerosas advocaciones nacionales, regionales y locales de la Madre de Dios: Nuestra Señora de Luján, de Copacabana, de la Apa-

<sup>1</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso en la Basílica de San Pedro en conexión con Guadalajara*, México (17 de octubre de 2004).

recida, de Chiquinquirá, del Carmen, del Cobre, de la Merced, de la Paz, del Rosario, de Caacupé, de los Treinta y Tres, de Coromoto... Ella es el modelo a imitar, también en su relación con éste santísimo Misterio. María es mujer eucarística con toda su vida.<sup>2</sup>

La presente Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina propone, como tema de análisis y reflexión, la asistencia dominical en América Latina.

Lo hace en el marco del presente Año en el que toda la Iglesia está dedicada especialmente a vivir con renovado fervor el misterio de la Santísima Eucaristía.<sup>3</sup> Su objetivo es ayudar a profundizar en este importante argumento a fin de que se promueva entre los fieles la participación en la Misa dominical, redescubriendo y viviendo plenamente el domingo como día del Señor. Durante estos días, como a los discípulos en el camino de Emaús, el Señor nos preguntará: «¿Qué conversación es la que lleváis por el camino?» (Lc 24,17), para responder, después del trabajo compartido, la oración y el diálogo, al igual que aquellos discípulos, con una invitación: «Quédate con nosotros» (Lc 24,29).

Ya en la Asamblea Especial del Sínodo para América, en el año 1997, se proponía el encuentro con Jesucristo resucitado, verdadera, real y substancialmente presente en la Eucaristía, como camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América. Posteriormente, Juan Pablo II, en la carta encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, recogiendo el espíritu del Concilio Vaticano II, afirmaría que la Eucaristía encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia,

<sup>2</sup> Cf. Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 de abril de 2003), 53.

<sup>3</sup> Cf. Carta ap. *Mane Nobiscum Domine* (07 de octubre de 2004).

pues es la *f fuente* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización.<sup>4</sup> Efectivamente, la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia celebra la Eucaristía. El domingo es por excelencia el día del encuentro de la comunidad y el centro de la vida de fe.

Si tenemos en cuenta que en América Latina están actualmente casi la mitad de los católicos del mundo, la escasez de sacerdotes y su desigual distribución tanto en los distintos Países del Continente como en las diversas diócesis de cada País en particular son realidades que dificultan la celebración y participación en la Santa Misa, en todas las comunidades parroquiales. Esta constatación unida a la falta de asistencia a la liturgia dominical (en algunos países no llega al 10%), con la consiguiente debilitación de la fe y ofuscamiento del testimonio cristiano, es, al mismo tiempo, una preocupante realidad actual y un reto. Son muchas las cuestiones que, con el objetivo de promover cada vez más la participación de los fieles latinoamericanos en la Eucaristía dominical, serán desarrolladas a lo largo de este Encuentro. Por mi parte trataré de esbozar algunas propuestas que naturalmente dejo a un posterior desarrollo, complementación y discusión por parte de los que día a día tomáis el pulso a las Iglesias particulares en ese querido Continente.

### 1. *La Parroquia, como comunidad*

Si bien es cierto, como enseña el Concilio Vaticano II, que «no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la cele-

<sup>4</sup> Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 11.

bración de la sagrada Eucaristía»,<sup>5</sup> también debemos tener en cuenta que la celebración de la Eucaristía no puede ser el punto de partida de la comunión,<sup>6</sup> ya que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección. Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y, concretamente, en la integridad de todos sus vínculos. Comunión que supone la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad. Esto implica un gran esfuerzo por crear y recrear parroquias como lugares de verdadero encuentro, donde se ofrezcan espacios de vida, de comunión y de camino.

## 2. *La parroquia como comunidad de comunidades*

Por tanto, una clave esencial para llevar a cabo esta tarea es la renovación intelectual del concepto de parroquia, así como de su estructura práctica. No se trata de hacer «otras parroquias», sino de hacer a las «parroquias, otras»; es decir, vivas, dinámicas, activas. Se trata de recuperar el auténtico sentido de las parroquias como comunidades, como espacios de fraternidad; lugares de iniciación cristiana, de educación y celebración de la fe, abiertos a la diversidad de carismas, servicios y ministerios, organizados de modo comunitario y responsable, integradores de los movimientos de apostolado ya existentes, atentos a la diversidad cultural de sus habitantes, abiertos a los distintos proyectos pastorales y a las realidades circunstanciales. Se trata, en definitiva, de considerar la parroquia como comunidad de comunidades y de

<sup>5</sup> CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, 6.

<sup>6</sup> Cf. Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia* (17 de abril de 2003), 35.

movimientos.<sup>7</sup> De modo especial en las parroquias en los grandes núcleos urbanos y ciudades, las cuales, por sus problemáticas específicas, merecen una atención especial.

Por ello, y ante todo, las comunidades y grupos eclesiales integrados en la parroquia deben favorecer las verdaderas relaciones humanas. Han de vivir buscando la unidad en la pluralidad, particularmente a través de la oración. La parroquia es comunidad de comunidades en donde todos suman; donde sus miembros dan preferencia a lo que les une, —Jesucristo—, y desechan lo que les separa. Unidad que ha de tener su expresión externa en la oración, ya que la oración es clave en la vida de cualquier creyente y por lo tanto de la vida parroquial. Sería conveniente, pues, ofrecer en las parroquias espacios de oración, también la oración nocturna, dirigidos a toda la comunidad parroquial según los diversos y propios carismas de cada grupo, asociación y movimiento eclesial. Nuestras comunidades deben ser auténticas escuelas de oración. Se trata de una oración, sentida, profunda, intensa, exigente.

Esto permitirá vivir intensamente la comunión, la cual ha de realizarse no sólo «ad intra», en los grupos, movimientos y asociaciones, sino también y especialmente con toda la comunidad parroquial a la que pertenecen y con toda la Iglesia diocesana y universal. En este contexto humano será también más fácil escuchar la Palabra de Dios, para reflexionar conjuntamente a su luz sobre los diversos problemas y madurar opciones responsables y transformadoras, inspiradas en el amor universal de Cristo.

<sup>7</sup> Cf. IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo (octubre de 1992), *Nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana*, 58.

### 3. *La Parroquia, comunidad eucarística*

Esta renovación de la institución parroquial, permitirá a la parroquia ser un lugar privilegiado donde los fieles puedan tener una experiencia concreta de la Iglesia y donde se vaya construyendo día a día una historia de amor de Dios con los hombres. Por ello, a pesar de las dificultades que encuentra en el cumplimiento de su misión, tanto en América como en otras partes del mundo, la parroquia debe renovarse continuamente, partiendo del principio fundamental de que tiene que seguir siendo primariamente comunidad eucarística; lugar donde los fieles, cuya cura pastoral es realizada por un párroco, pueden reunirse para la celebración dominical de la Eucaristía.<sup>8</sup> Ésta es el corazón de la vida pastoral de la parroquia. Ninguna actividad de la parroquia es tan vital o formativa como la celebración dominical del día del Señor.<sup>9</sup> La celebración de la Misa es fundamental para la revitalización de las comunidades parroquiales.

Asimismo la adoración eucarística y las procesiones con el Santísimo Sacramento, convenientemente preparadas con lecturas bíblicas, reflexiones, oraciones y cantos, han de ser expresiones relevantes de la vida parroquial, que necesariamente se traducen en frutos de unidad y amor.

### 4. *La Parroquia, lugar de encuentro con Dios*

De este modo la parroquia se convertirá en el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo vivo, Camino de encuentro entre los hombres y de los hombres con Dios. Y la Eucaristía es el centro de

<sup>8</sup> Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2179.

<sup>9</sup> Cf. Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo de 1998) 35.

comuni3n con Dios y con los hermanos; el centro vivo permanente en torno al cual se congrega toda la comunidad eclesial<sup>10</sup> y cuyos efectos salv3ficos se extienden a todos los miembros del cuerpo eclesial.<sup>11</sup>

Esta presencia misteriosa de Cristo en su Iglesia, que hace tambi3n posible nuestro encuentro personal con 3l, es la garant3a de su 3xito en la realizaci3n de la misi3n que le ha sido confiada. Encuentro que, si es aut3ntico, llevar3 tambi3n consigo la renovaci3n eclesial.

##### 5. *El p3rroco, motor de la comunidad*

La vida parroquial pasa, hoy por hoy, necesariamente a trav3s del p3rroco. O dicho en otros t3rminos, el p3rroco, de acuerdo con los planes pastorales diocesanos, configura en gran medida la vida de la comunidad. Lejos de limitarse a cumplir rutinariamente sus funciones, ha de sentirse impregnado de la caridad pastoral que apremia en todo momento al Ap3stol (cf. 2 Co 5,14). 3l es agente principal en la vida comunitaria. Convoca a la asamblea en torno al altar para celebrar la Eucarist3a, centro y cumbre de la vida de la comunidad.<sup>12</sup> La parroquia necesita absolutamente, para que sea realmente asamblea eucar3stica, un sacerdote ordenado que la presida *in persona Christi*, dando un testimonio y un servicio de comuni3n, no s3lo a la comunidad que participa directamente en la celebraci3n, sino tambi3n a la Iglesia universal, a la cual la Eucarist3a hace siempre referen-

<sup>10</sup> Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 26.

<sup>11</sup> Cf. JUAN PABLO II, *A los Obispos de Brasil XI en Vista Ad Limina* (29 de enero de 2003).

<sup>12</sup> Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Christus Dominus*, sobre la funci3n pastoral de los obispos, 30.

cia, ya que expresa la comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera.<sup>13</sup>

La constatación realizada anteriormente acerca de los casi 64.000 presbíteros presentes en América Latina (39.000 sacerdotes diocesanos y 25.000 religiosos sacerdotes)<sup>14</sup> y su distribución no equitativa tanto en los distintos países del Continente, como en las distintas diócesis de un mismo país, debería ser, por sí sola, un llamado a la generosidad de los mismos, dentro de las posibilidades canónicas y teniendo en cuenta los condicionamientos geográficos, climáticos, ambientales, culturales, así como las condiciones personales de salud. La disponibilidad del clero y su redistribución facilitarían cubrir las necesidades de tantos fieles que necesitan la celebración de la misa dominical.

Quiero señalar aquí, que se ha de prestar una singular atención a las celebraciones dominicales sin sacerdote.

#### 6. *El párroco, signo de amor, de unidad y de caridad*

Efectivamente, todo párroco debe ser signo de comunión, ejercer su ministerio con caridad pastoral y conducir la comunidad que le ha sido confiada al encuentro con Jesucristo Buen Pastor. Ha de ser muy humano, buen comunicador, trabajador incansable, caritativo incluso en sus amonestaciones. Su vocación exige que sea signo de unidad. Por ello debe evitar cualquier participación en política partidista que

<sup>13</sup> Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Communio in notio* (28 de mayo de 1992),14.

<sup>14</sup> Cf. *Anuarium Statisticum Ecclesiae* 2001, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2003.

dividiría a la comunidad. Ha de colocar como centro de su actividad lo que es esencial en su ministerio: Jesucristo. Ha de dejarse configurar a Cristo Cabeza y Pastor, fuente de la caridad pastoral, ofreciéndose a sí mismo cada día con Cristo en la Eucaristía, para ayudar a los fieles a que tengan un encuentro personal y comunitario con Jesucristo vivo.

#### 7. *El párroco, antes de imponer, debe convencer*

Debe, pues, procurar que los fieles sean conscientes de que participar en la Misa más que una obligación, es un inmenso don, a fin de que hagan todo lo posible para participar activa y dignamente en ella, especialmente los domingos y días festivos. Hay que tener muy presente que hoy muchos católicos han olvidado o relajado la exigencia de este mandamiento.<sup>15</sup> Por ello, antes de imponer, debe convencer. Los sacerdotes han de promover todos los esfuerzos para hacer más «atractiva» esa participación, hasta el punto de convertirla en una necesidad inscrita profundamente en la existencia cristiana, en una autoexigencia acorde con el mandato bíblico de santificar el día del Señor. Una parroquia abierta, dinámica y creativa congrega a los fieles. Y les estimula a participar personal, plena, consciente y activamente, en ella. «Es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical».<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Cf. Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo de 1998), 46 ss.

<sup>16</sup> Carta ap. *Dies Domini* (31 de mayo de 1998), 81.

## 8. *El párroco ha de conocer a sus ovejas*

Para ello, la comunidad parroquial al mismo tiempo que ha de acrecentar las relaciones positivas con los otros agentes sociales, educativos y comunitarios, ha de fomentar, particularmente en el ámbito urbano, una evangelización personalizada. La parroquia no es solamente el lugar físico donde se oye la Misa sin más. La atención en la parroquia ha de ser personal. El párroco y sus sacerdotes colaboradores han de «mimar» a los feligreses, personalizar mucho, gastar horas, oír sus problemas, sus deseos e ilusiones. Especialmente en el mundo de hoy, que induce cada vez más a la dispersión y al aislamiento, se hace particularmente urgente la figura del párroco que no solamente atiende a los fieles que frecuentan la parroquia, sino que incansablemente va en busca de los desorientados y alejados.<sup>17</sup> El párroco ha de conocer a sus ovejas, saber de su vida e implicarse en sus problemas, llamarlas por su nombre. Tanto en la Misa, como en los distintos actos de la parroquia, debe existir tal comunicación que aunque la Iglesia esté llena, parezca que el acto está dirigido a la persona... al tú concreto. Para ello, y sobre todo, el párroco ha de saber «estar». Especialmente en estos tiempos actuales, de prisas y *stress*. El párroco ha de tener tiempo para escuchar, atender, aconsejar, curar, sanar,...

En este sentido los horarios y fechas para bodas, bautizos, etc... han de ser flexibles, para ofrecer auxilio a la vida concreta de los individuos y las familias. Sin desdeñar los actos comunitarios y su gran valor pastoral, se ha de procurar superar el estado de anonimato, acoger, ayudar y atender a las personas concre-

<sup>17</sup> Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 28.

tas para que también estas se sientan insertadas en la vida parroquial.

En este contexto señalo una queja de los fieles que se va extendiendo: en algunas parroquias no se responde al teléfono; cuando se llama, responde la «secretaría telefónica».

#### 9. *El párroco dispensador de la misericordia de Dios*

La Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. Los sacerdotes como testigos y discípulos de Cristo misericordioso, están llamados, particularmente, a ser instrumentos de perdón y de reconciliación, comprometiéndose generosamente al servicio de los fieles según el espíritu del Evangelio. Por ello, las parroquias dispondrán de un horario de confesiones amplio... así como de confesores disponibles. Un servicio indispensable que ha de ocupar un lugar prioritario en la vida parroquial.

#### 10. *El párroco y la homilía dominical*

Se trata de la parte de la Liturgia eucarística destinada a ilustrar la Palabra de Dios y actualizarla para la vida de los cristianos. El párroco ha de predicar siempre. Ha de hablar de Jesucristo; de un Jesús cercano, adaptando sus comentarios a las situaciones concretas de cada día. La predicación ha de prepararse bien. Los textos bíblicos de cada domingo exigen preparación previa, escucha devota y silencio meditativo. Los sacerdotes, a través de la predicación y la catequesis, deben esforzarse en dar a la celebración eucarística dominical una nueva fuerza, como invitación a la fraternidad como expresión del mandato del Señor: «que os améis los unos a los otros, como yo os he amado» (Jn 13,34) . Las homilías han de

ayudar a descubrir cada día el sentido de la vida y a vivir gozosamente la alegría de ser cristiano. Predicar desde el hombre y para el hombre revelado en Cristo. Predicar con un lenguaje claro y asequible; con palabras que la gente pueda entender. Usar un estilo sencillo y directo, para que la Palabra de Dios toque la vida y la ilumine.

#### 11. *El párroco y su equipo de sacerdotes jóvenes*

Además, la parroquia renovada supone la figura de un pastor y, en su caso, un equipo de sacerdotes con buena preparación intelectual y humana, y en consonancia con la sociedad actual que tengan una profunda experiencia de Cristo vivo, espíritu misionero, corazón paterno, que sea animador de la vida espiritual y evangelizador, capaz de promover la participación.

#### 12. *Los laicos «protagonistas» de la vida parroquial*

Pero además de un párroco animador de la acción pastoral y con capacidad para trabajar con y para los otros, la parroquia renovada requiere la fundamental cooperación de los laicos. Los seculares han de sentirse integrados en la parroquia y colaborar en las distintas actividades. Han de participar activamente en todos los aspectos de la vida parroquial, y muy especialmente en la celebración dominical, expresión por excelencia de esa participación. En los Evangelios sinópticos, se relata el encargo que Jesús da a los discípulos de preparar cuidadosamente la «sala grande», necesaria para celebrar la cena pascual (cf. *Mt* 14, 15; *Lc* 22,12). Como ellos, la Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la Eucaristía en un contexto digno

de tan gran Misterio. Los escenarios tan variados de las celebraciones eucarísticas hacen experimentar intensamente su carácter universal y cósmico.<sup>18</sup> Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de cualquier iglesia parroquial, «la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo».<sup>19</sup>

Los seglares deben colaborar a preparar las moniciones, los cantos, las ofrendas, la oración de los fieles, la ornamentación floral (con su lenguaje expresivo que ha de ser muy cuidado). Todos estos elementos han de ser parte importantes de un mismo conjunto y deben siempre dignificar el misterio que se celebra. La Misa, ajustada a las normas litúrgicas,<sup>20</sup> ha de tener un ritmo y una unidad. Es de lamentar que, sobre todo a partir de los años de la reforma litúrgica postconciliar, por un malentendido sentido de creatividad y de adaptación, no hayan faltado abusos<sup>21</sup> que contribuyeron a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento y que para muchos han sido causa de malestar. Una cierta reacción al «formalismo» ha llevado a algunos a considerar como no obligatorias las normas adoptadas por la gran tradición litúrgica de la Iglesia y su Magisterio, y a introducir innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes. Particularmente hoy en día, la obediencia a estas normas debería ser redescubierta y valorada como reflejo y testimonio de la Iglesia una y universal, que se hace presente en cada celebración de la Eucaristía. Nos apremia ayudar a

<sup>18</sup> XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y Misión de la Iglesia* (2004), 29.

<sup>19</sup> Carta enc. *Ecclesia de Eucaristía* (17 de abril de 2003), 8.

<sup>20</sup> Cf. Carta ap. *Dominicae Cenae* (24 de febrero de 1980), 12.

<sup>21</sup> Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Redemptionis sacramentum* (25 de marzo de 2004).

redescubrir el sentido de lo sagrado, y volver a la fidelidad de las normas litúrgicas y sacramentales. Se ha de mantener el binomio entre «el sentido común y la creatividad».

13. *Las parroquias han de acoger las iniciativas y servicios de quienes quieren colaborar con los servicios ya existentes en ella o iniciar otros nuevos, especialmente aquellos dedicados a la atención de los más necesitados*

Las actividades pastorales y caritativas en la parroquia han de multiplicarse. Para ello no basta solamente con proponer. Es necesario salir a la calle; tomar el pulso de la gente y servirles en sus necesidades reales. Especialmente intentando responder a lo que los más necesitados nos reclaman.

Las necesidades son cada día mayores y más variadas. No solamente a nivel material. Por ello la creatividad debe ser abundante. Hacer frente a las grandes pobreza que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo...la fractura familiar, rechazo sistemático a la vida, la soledad de los mayores, la urgencia de la paz, de la justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos,... Y qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo globalizado, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar. En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana.

14. *La parroquia y la caridad*

Es también necesario recordar el lazo existente entre la Eucaristía y la caridad, que la Iglesia primitiva expresaba uniendo el *ágape* con la Cena eucarística.<sup>22</sup> La participación en la Eucaristía debe llevar a una

<sup>22</sup> Cf. CONC. EGUM. VAT. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 8.

acción caritativa más intensa como fruto de la gracia recibida en este sacramento. Hay, pues, que animar a los fieles a participar activamente en la Misa dominical y a acercarse a recibir la sagrada comunión, para comprometerse más generosamente en el servicio de los hermanos.<sup>23</sup>

Es cierto que la Eucaristía expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial. Pero aunque la visión cristiana fija su mirada en un cielo nuevo y una tierra nueva (*Ap* 21,1), eso no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente. Alimentados del pan vivo bajado del cielo (*Jn* 6,51) nos abrimos a la lógica del amor y del compartir.<sup>24</sup> Los cristianos hoy han de sentirse más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal, contribuyendo, a la luz del Evangelio, a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

Participar en la Eucaristía conlleva comprometerse con la transformación de la vida personal y consiguientemente comunitaria, para que toda ella llegue a ser en cierto modo eucarística. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística.

#### 15. *Parroquia y diaconía*

También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una huma-

<sup>23</sup> Cf. JUAN PABLO II, *A los Obispos de Uruguay en Visita Ad Limina* (6 de septiembre de 2001).

<sup>24</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso en la Basílica de San Pedro en conexión con Guadalupe*, México (17 de octubre de 2004).

nidad renovada por su amor. La Eucaristía fue siempre y debe ser ahora la más profunda revelación y celebración de la fraternidad humana. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del lavatorio de los pies, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. *Jn* 13,1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como indigno de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres. Él mismo denuncia faltas graves en su celebración eucarística, que llevaron a divisiones y a la formación de facciones (cf. *1 Cor* 11,17-34). La parroquia vive para servir. Se deben favorecer desde la parroquia la creación de los voluntariados. Pero siempre con una clara y definida identidad cristiana. Nuestros voluntariados no pueden quedarse reducidos a simples organizaciones de carácter laical. Han de ejercer la caridad, pero siempre según los criterios evangélicos. Las organizaciones de los laicos no pueden reducir su actividad a la «solidaridad», pues la radical importancia reside en la «fraternidad». Somos «hermanos». Y esta fraternidad nos implica permanentemente.

#### 16. *La parroquia: servicio permanente*

El Misterio eucarístico ha ido y sigue creando un rico patrimonio de arte. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, dejándose guiar por el misterio cristiano, han encontrado y encuentran en la Eucaristía, directa o indirectamente, un motivo de gran inspiración. Se puede decir así que la Eucaristía ha tenido y tiene una fuerte incidencia en la cultura, especialmente en el ámbito estético.

Pero nuestras parroquias no deben convertirse en museos que se abren a ciertas horas al día para la celebración litúrgica o para que los turistas hagan visitas ajenas al interés religioso. La casa del Señor debe estar abierta el mayor número de horas posible para que los fieles puedan acudir a ellas frecuentemente. Es este un aspecto importante a tener en cuenta. La actividad de la parroquia debe ser constante. Una diaconía continua, de la mañana a la noche. Son interesantes las nuevas iniciativas surgidas recientemente por parte de algunas parroquias cuyos templos están abiertos las 24 horas del día.

Además, la parroquia de hoy debe hacer uso de las nuevas tecnologías. La informática (páginas web, chats,...) ha de ser hoy un soporte de capital importancia. A través de ello se puede tener un servicio permanente y actualizado de formación e información parroquial (su historia, sus actividades, su futuro,...).

*17. Las actividades desarrolladas en la parroquia han de tener en cuenta a las distintas generaciones*

Especialmente a los jóvenes, ya que ellos son, al mismo tiempo, el presente y la esperanza de la Iglesia y de la sociedad. Ellos constituyen una parte numerosísima de la población en muchas naciones de América, son una gran fuerza social y evangelizadora. En el encuentro de ellos con Cristo vivo se fundan las expectativas de un futuro de mayor comunión y solidaridad para la Iglesia y las sociedades. El proceso de formación de los jóvenes debe ayudarles a encontrar su lugar en la Iglesia y en el mundo. Acompañarlos al encuentro con Jesús para exigirles una respuesta generosa. Hablarles claro para que su entrega sea nítida.

Por ello, la pastoral juvenil ha de ocupar un puesto privilegiado en la pastoral parroquial. Peregrinacio-

nes, campamentos ... Para los jóvenes casados, la parroquia ha de ofrecer catequesis sobre la vida matrimonial, no sólo cursillos prematrimoniales, sino «post-matrimoniales» con el objetivo de ayudar a las jóvenes familias a enfrentarse y resolver los problemas que van surgiendo a la luz de Evangelio.

Son muchos los jóvenes que buscan el sentido verdadero de su vida y que tienen sed de Dios, pero muchas veces faltan las condiciones idóneas para realizar sus capacidades y lograr sus aspiraciones. La parroquia ha de formar a los jóvenes con una conciencia misionera madura, para que sean los apóstoles de sus compañeros. Es necesaria una acción pastoral que llegue a ellos en sus propios ambientes, como el colegio, la universidad, el mundo del trabajo o el ambiente rural, con una atención apropiada a su sensibilidad. En este sentido se está realizando un gran esfuerzo de adaptación, sobre todo en las grandes ciudades, a los nuevos hábitos de la juventud. Así existen ya algunas experiencias de celebración de la Eucaristía de noche.

#### 18. *El encuentro con Cristo lleva a evangelizar*

Pero no solamente los jóvenes. El encuentro con el Señor produce una profunda transformación de todos aquellos que no se cierran a Él. El primer impulso que surge de esta transformación es comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro. La Iglesia, que vive de la presencia permanente y misteriosa de su Señor resucitado, tiene como centro de su misión llevar a todos los hombres al encuentro con Jesucristo. La parroquia es por excelencia el lugar del anuncio de Cristo. La parroquia renovada debe distinguirse por su impulso misionero.

## 19. *Conclusión*

En el alba de este tercer milenio todos estamos llamados a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso. No se trata de inventar un nuevo programa, como ha escrito el Papa en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*: «El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia».<sup>25</sup> Y la realización de este programa de la vida cristiana pasa por la Eucaristía. Con la presente aportación he querido exponer aquello que considero fundamental para fomentar la asistencia a la Misa dominical: «hacer parroquia». Por ello hay que poner todos los conocimientos, la creatividad y los esfuerzos para renovar la vida parroquial. Ojalá que todos encuentren en la parroquia espacios de acogida fraterna y encontrándola se dispongan a sentarse a la misma mesa para comer del mismo pan y beber del mismo cáliz que son el Cuerpo y la Sangre del Señor. La parroquia, que celebra la Eucaristía es, como afirma el Santo Padre, la célula vital y el lugar natural de la participación de los laicos en la edificación y misión de la Iglesia en el mundo.<sup>26</sup> Así, la institución parroquial renovada construirá una Iglesia que suscitará una gran esperanza en el Continente americano que con confianza serena peregrina en el mundo de hoy.

<sup>25</sup> Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 de enero de 2001), 29.

<sup>26</sup> Cf. JUAN PABLO II, *A los participantes en la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos* (25 de noviembre de 2004).



*La preparación  
de la V Conferencia General  
del episcopado latinoamericano  
y del Caribe*

S.E.R. Card. FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ OSSA  
*Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM*



La Presidencia de la Pontificia Comisión me ha pedido que exponga el estado actual de la preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Ha querido que nos ocupemos de este tema, mientras nos preparamos para la Audiencia que nos concederá el Santo Padre. Nuestro encuentro con él será un hermoso símbolo de ese gran encuentro con él, escrutando el querer del Señor al inicio del tercer Milenio, que tendrá lugar en febrero del año 2007.

Quisiera exponer este tema, refiriéndome al inicio a las primeras conversaciones y decisiones acerca de una nueva Conferencia General, para continuar con los primeros pasos de preparación, el valor de las reflexiones críticas que nos fueron propuestas, la relevancia de la decisión del Santo Padre del día 27 de mayo del año 2004, y el trabajo posterior de preparación.

#### A) LA PRIMERA DECISIÓN Y LOS PRIMEROS ECOS

En mayo del año 2001 celebramos en Caracas la XXVIII Asamblea Ordinaria del CELAM. Estaban presentes el Sr. Cardenal Giovanni Battista Re y Mons. Cipriano Calderón, en su calidad de Presidente y Vicepresidente de la CAL, los Presidentes de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, sus delegados al Consejo Episcopal y los demás miembros del CELAM. Una de las decisiones más importantes, probablemente la más importante, fue pedir a Su Santidad Juan Pablo II que «tuviera a bien aprobar la idea» de una V Asamblea General del

Episcopado Latinoamericano para iniciar su preparación remota. Esta Conferencia General fue propuesta y aprobada como la manera más adecuada de celebrar los 50 años de la fundación del CELAM.

La primera respuesta nos llegó en una carta del 30 de noviembre de ese mismo año. Se nos escribía: «El Santo Padre ha visto con atención el asunto, como lo han hecho también la Secretaría de Estado de Su Santidad y la Presidencia de esta Pontificia Comisión para América Latina. La propuesta ha sido considerada favorablemente». Nos indicaba la carta que no era fácil dar ya entonces una respuesta relativa a una iniciativa que se realizaría cinco años más tarde. Por eso le recomendó al Consejo de Presidencia del CELAM seguir profundizando la materia, y presentarla nuevamente después de un año.

Su Eminencia el Cardenal Giovanni Battista Re, en su discurso inaugural de la última Asamblea del CELAM (mayo de 2003) nos propuso que reflexionar sobre el tema de la V Conferencia General, sobre la fecha de su celebración y sobre el lugar más adecuado. Es más, nos sugirió algunas ideas. Nos mostró la conveniencia de centrar nuestras reflexiones en la iniciación cristiana. Nos aconsejó celebrar la Conferencia no en octubre o noviembre del año 2005, debido a la Asamblea del Sínodo de los Obispos que sería convocada, sino unos pocos meses después (por ejemplo, en febrero de 2006), y nos pidió considerar la posibilidad de celebrar la Conferencia General en Roma.

La Asamblea no alcanzó a dedicar todo el tiempo necesario para reflexionar en profundidad acerca del tema; pero constató el deseo mayoritario de celebrar la Conferencia General en América Latina, concretamente en Quito, ya que la Conferencia Episcopal de Ecuador le aseguraba las instalaciones necesarias en

un ambiente de sobriedad; y manifestó que estima sobre todo contar con la presencia del Santo Padre, por lo cual también expresó su disponibilidad para celebrarla en Roma. Por último, sabiendo que Su Santidad consideraba favorablemente la petición de la Asamblea de Caracas, confirmó unánimemente la solicitada celebración de una V Conferencia, y encargó a la nueva Presidencia esta tarea: «Animar y coordinar, en comunión con la Santa Sede, la participación de las Conferencias Episcopales en la preparación y la celebración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano».

A través de varios Cardenales que colaboran con el Santo Padre en la Santa Sede recibimos palabras de aliento para la realización de este proyecto. Nos han expuesto su juicio sobre la hora actual de América Latina: necesita abordar numerosos desafíos, que son nuevos y urgentes, a la luz de la fe y de las grandes orientaciones que nos ha entregado el Papa. Estiman que la fe del Continente está amenazada y que sería una enorme pérdida para la Iglesia si perdiera su identidad católica el Continente de la Esperanza. A su juicio, la vida de la Iglesia y su trabajo evangelizador en América Latina necesitan un nuevo y fuerte impulso, mediante una Conferencia de Obispos semejante a las vividas en Puebla y Santo domingo.

Colaboradores cercanos del Santo Padre también nos han ayudado, aportando otros elementos de juicio. Unos provienen de la experiencia de Conferencias anteriores, otros son reflexiones teológico-jurídicas y también pastorales. Estas voces, que nos han señalado los posibles problemas de una V Conferencia General, han sido muy importantes para nosotros. Nos han ayudado a abordar nuestra tarea con mayor realismo.

## B) EL VALOR DE LAS OBSERVACIONES CRÍTICAS

Llegaron hasta nosotros tres tipos de objeciones. Las primeras recogían las experiencias difíciles de la Conferencia de Santo Domingo. Así se nos manifestó que el número de participantes fue excesivo, de modo que se hizo muy difícil la conducción de la Asamblea. También nos fueron señalados los inconvenientes de elaborar en la misma Conferencia un documento conclusivo. Por último, se nos indicó que no conviene tratar un temario abultado; debemos reducir la materia como suelen hacerlo las Asambleas de los Sínodos.

Tratamos estas observaciones en la reunión de Presidentes de las Conferencias Episcopales que conforman el CELAM, celebrada en febrero del año pasado en Puebla. Los Obispos presentes en dicha reunión, consultados sobre el particular, ratificaron el propósito de celebrar una V Conferencia. Además consideraron que el número de participantes podría reducirse aproximadamente a unos 200 miembros, de manera que la Conferencia pueda ser conducida con más facilidad, pero evitando que el número sea tan reducido, que la Conferencia carezca de repercusión en los países. Por otra parte, si fuera necesario se manifestaron dispuestos a tomar decisiones durante la Conferencia General, que sean la base para elaborar posteriormente el texto del documento final, utilizando un método semejante al empleado por las Asambleas del Sínodo de Obispos.<sup>1</sup> De todas maneras esperan que el texto conclusivo sea sometido a la

<sup>1</sup> Sobre la forma de elaborar el documento final hay distintas opiniones. Es claro que no se puede repetir la experiencia de la IV Conferencia General, en la cual casi hasta el final reinó incertidumbre acerca de la posibilidad de concluir con un documento final. Sin embargo, quien ha sido Presidente y Secretario General del CELAM, el Cardenal Alfonso López Trujillo, piensa que todo depende de la metodología que se emplee. Por ejemplo, considera válida y segura la

aprobación del Romano Pontífice. Por último, los Presidentes de las Conferencias Episcopales coincidieron en juzgar que actualmente es mejor concentrar el temario en una materia más específica, y prescindir de una reflexión global sobre la evangelización que tratase todos los ámbitos del trabajo pastoral de la Iglesia en nuestros países.

También se nos sugirió hacer un balance sobre la utilidad de los documentos que producen estos encuentros episcopales. Lo hicimos, llegando a la conclusión de que los documentos de las Conferencias Generales del Episcopado, numerosas Exhortaciones postsinodales y las Cartas y Encíclicas Apostólicas de estos años —tal vez a diferencia de lo ocurrido en otros ámbitos continentales— han dado impulsos poderosos a la vida y la misión de la Iglesia, y han acrecentado la comunión afectiva y efectiva. Las aspiraciones más hondas de la Iglesia en nuestros países llevan, por citar tan sólo algunos documentos, el sello inconfundible de las Conferencias de Medellín y sobre todo de Puebla, de *Evangelii Nuntiandi*, de *Ecclesia in America* y de *Novo Millennio Ineunte*; también del documento de Santo Domingo, si bien su influencia es algo menor a la de las Conferencias Generales precedentes.

Por otra parte, los Presidentes de las Conferencias Episcopales evalúan la conveniencia de no concluir la V Conferencia General con un documento, sino de programar a continuación una Gran Misión Continental con los temas del documento conclusivo. No faltan quienes piensan que la V Conferencia debiera ser el gran encuentro episcopal para preparar esa misión. Es más, desean estudiar la posibilidad de ini-

metodología utilizada en Puebla para elaborar el documento conclusivo.

ciar con dicha Misión Continental, un nuevo trabajo misionero permanente en las diócesis de los países que abarca el CELAM. También por eso no se teme que la V Conferencia termine con un documento que sea letra muerta.

Examinamos asimismo la fecha prevista para la V Conferencia (septiembre de 2006). Se nos pidió que dejásemos pasar más tiempo después de la próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos que se celebrará en Octubre de 2005. De hecho, hicimos la consulta propuesta. La mayoría de los consultados, en consideración al Sínodo y a la exhortación apostólica post-sinodal sobre la Eucaristía, que debe iluminar los trabajos preparatorios, propuso aplazar un poco la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Pero no muchos meses. En diferentes oportunidades han expresado que urge tratar los temas previstos, y que las conclusiones de la V Conferencia General deben ser conocidas oportunamente de modo que alcancen a configurar los mandatos que otorgue la Asamblea del CELAM (mayo del año 2007) a la próxima Presidencia que ella elija.

El interrogante más fundamental que plantearon algunos miembros de la Curia Romana, pero también otros Obispos, acerca de la identidad de nuestro próximo Encuentro Episcopal nos lo transmitió Su Eminencia el Cardenal Sodano con las siguientes palabras: «También hay que reflexionar sobre si todavía es oportuno o no el recurso a la fórmula de las Conferencias Generales del Episcopado latinoamericano, tal como se hicieron en el pasado. Como es sabido, este tipo de reuniones son una fórmula preter-canónica no prevista por la actual legislación eclesial. A esto, hay que añadir la reflexión sobre si no es más conveniente recurrir a alguno de los recursos canónicos existentes, como podría ser una Asamblea general

del CELAM o una Asamblea especial del Sínodo de los Obispos».

Con el objeto de obtener un parecer amplio y sabio, que iluminase el problema presentado, el Cardenal Secretario de Estado optó por promover una consulta sobre este particular a los 24 Cardenales latinoamericanos, de los cuales respondieron 23;<sup>2</sup> y a los Presidentes de las 22 Conferencias Episcopales que componen el CELAM, de los cuales respondieron 21. (Hay que tener presente que siete Cardenales eran Presidentes de sus respectivas Conferencias Episcopales.) El resultado de la consulta fue favorable a que la Asamblea prevista fuera una Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Aproximadamente el 75% de los Cardenales, como también el 75% de los Presidentes fueron favorables a ello.

Los consultados se declararon dispuestos a postergar por unos pocos meses su celebración: que se celebre no antes de noviembre del año 2006 y no después de febrero del año 2007. En todo caso será necesario hacer un gran esfuerzo para tener las conclusiones ya aprobadas en la Asamblea Ordinaria del CELAM de mayo de 2007.

Cabe señalar que este parecer favorable a una V Conferencia General no puede ser interpretado como un rechazo a las Asambleas del Sínodo de los Obispos, o como expresión de un eventual distanciamiento de la Santa Sede, como algunos temieron. El espíritu del CELAM se caracteriza por la comunión afectiva y efectiva con el Santo Padre y sus colaboradores, y por una sobresaliente valoración de las Asambleas del Sínodo y de los documentos postsinodales. Los Obispos favorecen la celebración de una Conferencia General porque estiman grandemente las

<sup>2</sup> Dos respuestas llegaron con atraso.

Conferencias Generales: su preparación viva y participativa, la aplicación de los documentos del Concilio y de las enseñanzas de Su Santidad a nuestra realidad, y sus hondas repercusiones pastorales. No quisieran que se pierda esta forma de trabajo colegial en comunión con el Santo Padre, que consideran adecuado, válido y muy fecundo.

Esto último aparece con claridad en las respuestas que escribieron dos Obispos consultados. Ellos valoran esta expresión de la colegialidad, como un segundo modelo junto al Sínodo de los Obispos, y fundamentan su vigencia canónica.

Escribe uno de ellos:

*«Creo que se pueden establecer diferencias entre los Sínodos Episcopales y las Conferencias Generales, en este caso del CELAM, así el Código de Derecho Canónico no haya tratado sobre éstas. El Sínodo Episcopal, me parece, lo convoca el Papa para una consulta a los Obispos, sobre algunos puntos o temas. Por eso es consultivo y no deliberativo. Una Conferencia General convocada por el Papa y con un Documento aprobado por él, refleja el sentir de los Obispos sobre el estado de sus Iglesias, aunque esto verse sobre un tema general que los Obispos presentan y el Papa elige».*

*Aunque hoy, podríamos decir, las Conferencias Generales no son de suyo contempladas en el Código (“praeter legem”), aun después del nuevo Código se han realizado, como la IV de Santo domingo.*

*«Me parece muy poco indicado lo de las “proposiciones” para que sean aprobadas por el Papa. Eso es propio de los Sínodos y de la modalidad después del Sínodo de la Evangelización (1974). Una Conferencia debe hacer un documento, que está sujeto a la aprobación del Papa. Todo es cuestión de una buena dinámica, y nuestra relativa unidad de lengua permite elaborarlo en la misma Asamblea. El problema es de dinámica».*

Por su parte escribe otro Obispo consultado:

*«La naturaleza teológico-eclesial de esta Conferencia General del Episcopado —y el nombre tiene ya medio siglo de tradición— se sitúa plenamente en el Concilio Vaticano II dentro del capítulo 1, n. 4 de Christus Dominus: “La misma potestad colegial pueden ejercerla conjuntamente con el Papa los obispos dispersos en toda la tierra, con tal que la Cabeza del Colegio los convoque a una acción colegial o, a lo menos, apruebe o reciba libremente la acción unida de los obispos dispersos, de forma que se constituya un verdadero acto colegial”. La Conferencia General no es un acto del CELAM; éste es solamente un instrumento para realizarla.*

*El Sínodo ha sido concebido por el Concilio con un fin diferente. Es un organismo de consejo que el Santo Padre convoca en forma autónoma. El n. 5 del mismo cap. 1 de Christus Dominus dice: “Los obispos elegidos de entre las diversas regiones del mundo, en la forma y disposición que el Romano Pontífice ha establecido o tenga a bien establecer en lo sucesivo, prestan al Supremo Pastor de la Iglesia una ayuda más eficaz, constituyendo un consejo que se designa con el nombre de sínodo episcopal (...)” Así el Sínodo, por su naturaleza, es un organismo consultivo. El Santo Padre podría eventualmente darle carácter deliberativo, pero hasta el presente nunca lo ha hecho. Por esta razón el Sínodo no elabora conclusiones sino que presenta proposiciones.*

*La Conferencia General del Episcopado tiene un carácter eminentemente pastoral. Los obispos analizan la vida de la Iglesia en sus territorios, descubren los aspectos positivos y negativos, identifican los problemas comunes, y deliberan de común acuerdo sobre las soluciones y líneas de acción pastoral, salvo siempre el derecho de cada obispo en su Diócesis, a menos que algunos puntos*

*importantes, a petición de la Conferencia, sean aprobados por el Santo Padre con carácter de obligatoriedad para todos».*

De esta manera, todo estaba preparado para la decisión del Pastor Universal de la Iglesia.

### C) LA RELEVANCIA DE LA DECISIÓN DEL SANTO PADRE

La audiencia fue un almuerzo de trabajo el día 27 de mayo, al cual el Santo Padre invitó al Presidente y al Secretario General del CELAM.

Nos pidió el Santo Padre que le relatáramos la historia de esta iniciativa, comenzando con la proposición del Cardenal Oscar Andrés Rodríguez en la Asamblea de Caracas, en mayo de 2001, hasta la consulta reciente. Le expusimos los graves y nuevos desafíos que nos mueven a buscar juntos respuestas evangelizadoras, y le presentamos el núcleo temático elaborado en Puebla en febrero del presente año: «Discípulos de Jesucristo en la Iglesia católica, para la Nueva Evangelización de América Latina y el Caribe al inicio del tercer milenio». Asimismo le comunicamos el deseo de muchos de concluir la Conferencia General no sólo con un documento, sino también con una Gran Misión. Al Santo Padre la materia le era conocida.

Cuando llegamos a la pregunta clave, la decisión favorable a una Vª Conferencia General no se hizo esperar. El Santo Padre la comunicó con estas palabras: «Mantenete la vostra formal!».

Para nosotros fue emocionante la experiencia de ser testigos del enorme interés con que el Papa siguió nuestro largo relato, y de la importante decisión suya, tan esperada. Resulta prematuro evaluar adecuadamente la trascendencia de su resolución. Se refería a

una situación particular, que había sido planteada en el ámbito amplio de la colegialidad. El Papa retuvo la validez de esta expresión de la comunión episcopal entre obispos y conferencias episcopales “cum petro et sub petro”, que nació en nuestro continente junto con el CELAM, que ha hecho un gran bien a la Iglesia, y que ha recibido innumerables muestras de aprecio de los Sumos Pontífices.

Se distingue de las Asambleas del Sínodo de los Obispos. Éstas son un órgano consultivo del Santo Padre. Es él quien toma la iniciativa de convocar a otros sucesores de los apóstoles, y quien les propone una materia, en orden al ejercicio del ministerio petrino, y mediante él, de la misión pastoral de todos los obispos. Una Conferencia General del Episcopado Latinoamericano canaliza la intención de un grupo de Conferencias Episcopales, que han preparado en común el encuentro proyectado, y han enviado a representantes suyos, convocados por el Santo Padre, para ejercer mejor su misión pastoral, sobre todo en el ámbito de su responsabilidad, de modo que traten juntos graves y urgentes desafíos que necesitan un profundo y fraterno discernimiento, buscando la voluntad del Buen Pastor a la luz de su Palabra, para elaborar en comunión respuestas pastorales adecuadas y compartidas.

Todo este esfuerzo fraterno de corresponsabilidad pastoral, ocurre en profunda comunión con el Santo Padre. Es él quien acoge el propósito de reunirse y el tema que se ha elegido, quien convoca la reunión y sus participantes, quien aprueba, precisa y enriquece el tema propuesto, quien ilumina la reflexión con los documentos que le ha confiado a la Iglesia sobre las materias que se traten, quien abre la Asamblea y la orienta con su discurso inicial, quien envía a colaboradores suyos y a otros obispos a fin

que participen en la Asamblea y profundicen juntos la comunión con la Iglesia universal, y quien recibe, acoge y da su aprobación a las conclusiones del modo que estime más adecuado, para vigorizar la conducción pastoral con «nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones».

La comunión entre la Conferencia General de Puebla y Su Santidad Juan Pablo II, por citar un ejemplo, alcanzó tal sintonía que el Santo Padre, en innumerables ocasiones, se ha valido del documento conclusivo de Puebla para exponer e ilustrar su propio pensamiento.

#### D) HACIA UNA V CONFERENCIA GENERAL; LOS PRIMEROS PASOS DE LA PREPARACIÓN

La información que dimos el 17 de octubre del año 2003 a todos los Presidentes de las Conferencias Episcopales y a los Cardenales latinoamericanos que participaron en la celebración del 25. aniversario del pontificado del Santo Padre, preparó nuestro encuentro en Puebla de los Ángeles, los días 12 y 13 de febrero de 2004, para celebrar los 25 años de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y de la primera peregrinación del Santo Padre a Santo domingo y a México, como también de las sabias y proféticas alocuciones suyas con las cuales inauguró y acompañó la celebración de la Conferencia General de Puebla.

1. La jornada de Puebla, a la cual asistieron casi todos los Presidentes de las Conferencias Episcopales, sería un primer paso en el largo camino de preparación. Aún no sabíamos cuál sería la modalidad de nuestra Asamblea, pero la Santa Sede apoyaba su trabajo preparatorio. Esa jornada, a mi parecer, selló

el camino hacia la V Conferencia General. El extraordinario espíritu de comunión que la caracterizó fue una nueva experiencia del don que Dios hizo, y sigue haciendo a su Iglesia a través del Consejo Episcopal. No lo configura la simple suma de las 22 Conferencias Episcopales. El CELAM ha llegado a ser una familia de Conferencias Episcopales. Es una expresión privilegiada de la comunión con Dios, con el Santo Padre, con toda la Familia de Dios y sus Obispos, y entre los Obispos de Latinoamérica y El Caribe, puestos por Dios al servicio de una parte del mundo que comparte un substrato cultural católico, grandes esperanzas y muy dolorosos problemas.

2. La reunión celebrada hace 11 meses, examinó por primera vez con profundidad las razones por las cuales cabía celebrar una nueva Conferencia General del Episcopado. Mons. Jorge Jiménez dibujó el itinerario histórico de las Conferencias anteriores. Y la conferencia del Sr. Cardenal Claudio Hummes sobre la nueva situación que enfrenta la Iglesia en el Subcontinente, mostró cambios tan profundos en las coordenadas religiosas, valóricas, políticas y económicas, que nos convencimos de la urgencia de enfrentar esta nueva situación como Pastores, para guiar la porción del Pueblo suyo conforme a la sabiduría y según el corazón de Dios.

Percibimos con mayor claridad que Latinoamérica y el Caribe necesitan un impulso nuevo, sabio y vigoroso, si quieren mantener y profundizar el substrato católico de su cultura. No se trata de enfrentar unos pocos desafíos, sino una realidad global. La globalización de la cultura produce desconcierto. Enfrentamos el debilitamiento de las convicciones cristianas de innumerables bautizados. Actúan, por otra parte, poderosas corrientes que quieren apartar al pueblo de la Iglesia católica. Pero también constata-

mos con gratitud muchos signos de esperanza. Continentalmente hay fenómenos nuevos y a través de la voz del tiempo, Dios nos habla.

3. Enumero algunos desafíos que han sido mencionados en nuestros encuentros.

a) En el último decenio descendió el número de católicos en numerosos países del Continente en aproximadamente un 10%. Esto no había ocurrido nunca en su historia. De hecho, la Iglesia no ha sido capaz de llegar con su acción evangelizadora a innumerables bautizados. Se ha producido un crecimiento considerable de otras confesiones cristianas y de sectas, que en su mayoría practican un proselitismo, a veces agresivo, entre personas bautizadas en nuestra Iglesia. Hay que abordar pronto, con lucidez y vigor, este fenómeno continental. Los grupos pentecostales han hecho con éxito su trabajo de predicación del Evangelio y de proselitismo.

b) Un gran número de católicos no reacciona ni sabe reaccionar bien ante este pluralismo religioso. No lo conocían, y a muchos los desconcierta. Recién despierta en ellos el ardor misionero. Es más, muchos medios de comunicación social presentan ahora al catolicismo como una religión más, una opción individual entre muchas otras, todas de igual valor, en el mercado mundial de ofertas religiosas.

c) En muchos países del Continente se constata que ya no se respeta ni protege a la Iglesia y a sus representantes. Por el contrario, se ha extendido una agresividad nueva, abierta o larvada, contra la Iglesia. Es parte de la liberalización de las costumbres y de las leyes. Se quiere acallar y aun destruir en el Continente la autoridad moral de la Iglesia y de sus Pastores, y desdibujar la realidad y la misión de la Iglesia.

d) Su trabajo se ha hecho más fácil, cuando se difunden las noticias de graves delitos de personas consagradas, ya sean éstos verdaderos o inexistentes, y cuando se levanta el consiguiente escándalo, que destruye credibilidades y confianzas. Responder a estas denuncias se constituyó en un nuevo desafío. Los hechos han sido un poderoso llamado a la responsabilidad de los Pastores, a su solidaridad con las víctimas, a crecer en la confianza teológica, y a mejorar la selección y la formación en los seminarios e institutos de educación, como también la formación ulterior.

e) Por otra parte, la globalización asimétrica de antivalores es sumamente preocupante. Sobre todo a través de los medios de comunicación está provocando una verdadera revolución valórica, que tiende a alterar la identidad cultural de nuestros pueblos, y atenta contra el respeto a la vida, el matrimonio, la familia, la heterosexualidad, y contra otros valores cristianos, como la noción bíblica de libertad. Son temas centrales, con los cuales se levanta o se corrompe una cultura. Especialmente con la noción de familia, que se está destruyendo mediante la legitimación de múltiples modelos, no basados en la unión para toda la vida de un hombre y una mujer, y con la creciente irrelevancia del respeto a la vida humana, como si no fuera un don sagrado de Dios y quedara al arbitrio del hombre.

f) Entre los grupos que más influyen en la sociedad, sobre todo en ciertas universidades y en medios de comunicación social, constatamos una creciente y a veces agresiva secularización. Ésta llega unida a un agnosticismo intelectual desencantado y a veces enemistado con el cristianismo, a un desinterés por la verdad, sin pasión alguna por su búsqueda para nutrir la vida y descubrir su sentido, como si todo se resolviera con la crítica, la tolerancia y los acuerdos coyun-

turales; también cuando se trata de intransables valores. Estas tendencias y sus manifestaciones, no encuentran en el ámbito público ni una respuesta clara ni una oportuna resistencia de parte de innumerables laicos. Le dejan el peso de la lucha a los Obispos.

g) En innumerables constructores de la sociedad influyentes y bautizados -sobre todo en un gran número de políticos, economistas, empresarios y comunicadores sociales- se puede detectar que sus convicciones valóricas son débiles. No cumplen su responsabilidad en el mundo con coherencia cristiana. No se guían por la Doctrina Social de la Iglesia. Muchos no la conocen. En general se puede percibir que la dimensión secular del compromiso de los bautizados ha sido poco cultivada en los últimos decenios, debido a una insistencia unilateral en su misión al servicio inmediato de la edificación de la Iglesia.

h) Tampoco han contribuido adecuadamente los servidores públicos católicos a dar estabilidad política, económica y laboral a los países. Como nunca hay síntomas graves de ingobernabilidad y de corrupción en muchos países. Muchos políticos católicos han antepuesto a sus deberes fraternos de cristianos sus opciones y sus antagonismos políticos. En sus deberes temporales no se han mostrado como discípulos de Jesús. Se ha instalado una corrosiva pérdida de credibilidad de numerosos servidores públicos y de los partidos políticos. Prepara situaciones de ingobernabilidad. Constatamos a la vez una indolencia en éstos para reaccionar, y un gran desinterés de los jóvenes en asumir su responsabilidad política y prepararse para ello.

i) Es evidente que la pobreza y el desempleo han aumentado, mientras su superación se ve dificultada y amenazada por el tipo de globalización que se extiende. Cunde la preocupación por los Tratados de Libre

Comercio entre países muy desiguales, que aportan diversos beneficios, pero también tienden a aumentar la pobreza en los grupos con poco acceso a la información, a la educación y los avances tecnológicos.

j) Por su parte, las reformas educacionales, centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos, no logran desplegar los mejores valores de los jóvenes, ni ayudarlos a descubrir el sentido sorprendente y trascendente de su existencia, ni a enfrentar su responsabilidad en el mundo, ni a adquirir aquellas actitudes y costumbres que harán estable el hogar que funden, que los convertirán en constructores solidarios de la sociedad y de su futuro. El aumento de los embarazos adolescentes, el consumo de droga y de alcohol, como también la violencia intraescolar, son fenómenos relativamente recientes. Incontables programas educacionales propician factores contrarios a la vida, la familia, la solidaridad y una sana sexualidad, impulsando la cultura a prescindir de una recta antropología cristiana.

k) La escasa consolidación y desarrollo de los procesos democráticos y de las instituciones que expresan y sostienen la democracia, la debilidad de las redes de la sociedad civil, la frecuente aparición de ciertos caudillismos, dolorosas heridas del pasado entre pueblos con vocación fraterna, y otros factores, han retardado e imposibilitado hasta ahora los procesos de integración en Latinoamérica y el Caribe, dejando al Subcontinente expuesto a ser tan sólo un satélite o un apéndice de la economía, la política y la cultura de otros grandes bloques; por ahora, sobre todo del hermano mayor. En este contexto, ¡cómo no agradecer a Dios la unidad de la Iglesia en el Continente americano, sin que desaparezcan la originalidad y la autonomía de las Iglesias particulares; tampoco el espíritu de comunión!

La suma de estos y otros factores, que interactúan entre sí, es un hecho nuevo, un desafío gigantesco que exige con urgencia un discernimiento adecuado, unas metas pastorales apropiadas y además, lo que ha faltado en otras oportunidades, una respuesta pastoral que considere la metodología y la pedagogía necesarias. Una pedagogía que ponga su fundamento en el primado de la gracia, que sea sabia, que sea transparente por su adhesión a la verdad, que no sea mezquina ni en generosidad ni en audacia, y que esté alentada por el testimonio profético de los que reman vigorosamente con nuevo ardor y con mucha fe en Jesucristo hacia los nuevos tiempos.

4. Pero sería un acto de imperdonable ingratitud hacia Dios, si quisiéramos abordar tantos desafíos sin tener conciencia de la inconmensurable riqueza y del dinamismo evangélico que Nuestro Señor le ha regalado a la Iglesia en Latinoamérica y el Caribe a lo largo de su historia y en los años posteriores a la Conferencia General de Santo domingo. Nombro algunos de los dones que son signos de esperanza, que han enriquecido nuestro peregrinar después del Concilio, y particularmente en el último decenio, y que deben ser considerados puntos de arranque de cualquier esfuerzo pastoral.

a) Los sociólogos no se explican un hecho. Mientras en muchos países europeos crece el número de los que no creen en Dios, en Latinoamérica y el Caribe la fe en Dios pertenece al patrimonio del pueblo. Casi un 90 % de los habitantes creen en Dios, y un altísimo porcentaje asegura que Dios es importante para su vida. Unido a esto, en nuestras Iglesias particulares siguen creciendo las manifestaciones de la religiosidad popular, no decrece el amor a la Sma. Virgen ni la devoción al Santo Padre. Es impresio-

nante el eco que tienen sus orientaciones, aun antes de que los obispos alcancemos a asumirlas en los planes pastorales. También es notable la actitud ante los obispos, que está lejos de secularizarse. La fe de la Iglesia en la común vocación de los bautizados a la santidad se ha vivificado a través de la veneración de los nuevos beatos y santos latinoamericanos; algunos de ellos, los primeros de su pueblo.

b) Crece también la vitalidad de la fe en quienes participan en la vida de las parroquias, de sus comunidades eclesiales de base y de los movimientos eclesiales, y en sus gozosas celebraciones litúrgicas. Son innumerables los laicos que se han formado en las comunidades y los movimientos (uso esta palabra en su sentido más amplio), que vibran con una multitud de carismas fundacionales, de reciente y de antigua data, que han accedido a un encuentro vivo con Jesucristo, y que forman familias como “iglesias domésticas” y santuarios de la vida y la esperanza. Incontables son los bautizados y sus familias que dan a la Palabra de Dios y a la Eucaristía un lugar central en sus vidas.

c) Los esfuerzos pastorales de la Iglesia tienden a la Nueva Evangelización. Y en el horizonte espiritual de las parroquias y las demás comunidades, salvo excepciones, viven las grandes consignas entregadas por las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, y los llamados del Santo Padre a buscar el encuentro con Jesucristo vivo, a aspirar a la santidad, a construir una Iglesia que sea casa y escuela de la comunión, a globalizar la solidaridad, a evangelizar la cultura, a desplegar la imaginación de la caridad, etc. etc.

d) Crece el compromiso de incontables laicos en la edificación de la Iglesia, en la acción evangelizadora de sus institutos de enseñanza, y en la acción social.

Asimismo aumenta día a día el número de catequistas que se comprometen y buscan una formación sólida y vivificante; crece, pero levemente, el número de las vocaciones al sacerdocio, y de las vocaciones misioneras.

e) En los planes pastorales damos cada vez más lugar al apoyo que requieren las familias, los sacerdotes y las personas consagradas, a través del acompañamiento espiritual, de la formación permanente, de los ejercicios espirituales y de la ayuda que necesitan y buscan en etapas críticas de sus vidas.

f) Por último, en esta breve enumeración, vale la pena mencionar el gran esfuerzo que hacen muchas Iglesias particulares para despertar en sus laicos el espíritu de la participación y la corresponsabilidad, y para lograr el autofinanciamiento que necesitan para sus gastos ordinarios.

5. Conscientes de los dones y carismas que Dios le ha regalado a nuestra Iglesia y de su admirable fecundidad, después de reflexionar sobre la encrucijada histórica en la cual se hallan los países y las culturas del Continente, particularmente su fe y su matriz católica, y con ello sus grandes valores, motivaciones y compromisos humanos y espirituales en medio de este mundo globalizado, en el encuentro de Puebla examinamos los diferentes temas que habían sido propuestos como el tema central e integrador para la V Conferencia General. Nuestra sorpresa fue grande cuando los cuatro grupos que meditaron sobre el querer del Señor, y después la unanimidad de los asistentes, coincidieron en centrar todas las reflexiones, las oraciones y los trabajos de la V Conferencia General en el mismo tema:

DISCÍPULOS DE JESUCRISTO  
en la Iglesia Católica  
para la Nueva Evangelización  
al inicio del Tercer Milenio

5.1. Del documento elaborado con los aportes de nuestra reunión en Puebla en febrero del año recién pasado, transcribo a continuación el tercer acápite, que se refiere a «discípulos de Jesucristo», y el primer párrafo del cuarto acápite, sobre: «en la Iglesia católica». Ustedes los encuentran en el documento adjunto.

*«Con el término “discípulo”, de gran riqueza bíblica, queremos llamar la atención sobre un rasgo determinante de quien se encuentra con Jesucristo, y acentuar la vocación, la formación y la misión del discípulo de Jesús. Ellas configuran y consolidan su plena identidad cristiana, es decir, su identidad católica. María es su principal y eminente modelo.*

*El discípulo de Jesucristo toma conciencia de su vocación a partir del encuentro con Jesucristo vivo,<sup>3</sup> que lo invita a su seguimiento y a pertenecer plenamente a la comunidad de los que le siguen, a la Iglesia, Pueblo de Dios. El discípulo de Jesucristo, impulsado por el Espíritu Santo, confiesa a Jesús como el Señor (1 Cor 12,3) y, mientras contempla su rostro,<sup>4</sup> se hace semejante a él y se transforma en su testigo y misionero. Esta profesión de fe es un camino de santidad que exige una conversión permanente.<sup>5</sup> La formación del discípulo de Jesucristo, como proceso de iniciación cristiana, vivida en el misterio del Verbo hecho carne, tendrá sus raíces en el Bautismo, suscitará la con-*

<sup>3</sup> EA, 7.

<sup>4</sup> NMI, 15-28.

<sup>5</sup> EA, 28.

*versión del corazón y de las costumbres, se renovará en el sacramento de la Reconciliación,<sup>6</sup> se fortalecerá mediante la Confirmación y la Eucaristía,<sup>7</sup> y conducirá al compromiso y al servicio fraterno en la comunión y la solidaridad social.<sup>8</sup> Este proceso educará a partir de la Palabra de Dios, acogida y orada en el hoy de cada circunstancia, que invita y exige una inserción y participación progresiva y concreta en la comunidad eclesial. Exhortará a la práctica de la voluntad del Padre, también en la vida moral, colocando especial énfasis en la centralidad de la persona de Jesucristo, camino, verdad, esperanza y vida.<sup>9</sup> El discípulo de Jesucristo es llamado y enviado para ser apóstol.<sup>10</sup> Como tal anuncia gozosamente, con su palabra, sus gestos y su testimonio, al Señor de la Vida, muerto y resucitado, como esperanza del mundo.<sup>11</sup> Así responderá a los desafíos actuales, conforme a la responsabilidad personal que tiene ante la sociedad como bautizado y miembro de la Familia de Dios. La misión es envío a evangelizar. Como una actitud permanente de la Iglesia, involucra a todos sus miembros, con una especial atención a la evangelización de la familia, y a la misión en el propio territorio y más allá de sus fronteras.<sup>12</sup> La identidad católica del discípulo de Jesucristo crece y madura a través de la iniciación cristiana y obtiene su culminación en la Palabra de Dios y sobre todo en la Eucaristía.<sup>13</sup> La oración tanto personal como comunitaria ha «de llenar la vida»<sup>14</sup> y es un deber de todo*

<sup>6</sup> NMI, 37.

<sup>7</sup> EA, 34.

<sup>8</sup> EA, 3 y 7.

<sup>9</sup> EA, 31.

<sup>10</sup> EA, 66.

<sup>11</sup> Cf. Exhortación Apostólica *Pastores Gregis*.

<sup>12</sup> EA, 74.

<sup>13</sup> EA, 12, 33 y 35.

<sup>14</sup> NMI, 34.

*discípulo,<sup>15</sup> que rechaza la posibilidad de ser un cristiano que corre el riesgo de sucumbir ante otras alternativas que le ofrece el mundo.<sup>16</sup> Su oración lo fortalece e impulsa a una participación viva en la comunidad eclesial y comprometida en la transformación de la sociedad, mediante la construcción del Reino, cuya plenitud llegará en el encuentro definitivo con Cristo.*

*María es la Madre, el Modelo y la Educadora del verdadero discípulo de Jesucristo. María, Virgen y Madre, icono de humanidad, acoge el Reino de Dios, es signo de su presencia y le abre espacio en el corazón de sus hijos y de las culturas. María, Estrella de la Nueva Evangelización, es guía segura para el discípulo de Jesucristo.<sup>17</sup>*

*El discípulo de Jesucristo vive en comunión efectiva y afectiva con la Iglesia Católica, desafiada por los bautizados que se declaran sin religión, por los católicos no coherentes con su fe en sus compromisos temporales o no practicantes, por los bautizados en ella que la han dejado, optando por otras confesiones cristianas y por la múltiple variedad de sectas y otros movimientos religiosos, que ocupan los espacios que no fueron evangelizados por la Iglesia y que atrajeron en el último decenio a innumerables católicos que no tuvieron una profunda iniciación cristiana».<sup>18</sup>*

## 5.2. Tres reflexiones en torno al núcleo temático

El temario propuesto es, por así decirlo, una intuición sabia y creyente acerca de la respuesta que el Espíritu Santo ya suscita en América Latina y el Caribe -y en muchas otras latitudes de la Iglesia- mediante innumerables «escuelas de la fe o de formación», por así llamar a las comunidades que transforman en discípulos de Jesucristo a jóvenes y

<sup>15</sup> EA, 29.

<sup>16</sup> NMI, 34.

<sup>17</sup> NMI, 58.

<sup>18</sup> EA, 43.

adultos, a catequistas, a servidores de la Palabra y de la Eucaristía, a seminaristas y a voluntarios de la misericordia. También es una respuesta creyente a las grandes carencias y extravíos que constatamos en nuestros países porque los bautizados no han sido coherentes con su fe, es decir, no han seguido a Jesucristo para responder a su voluntad en los asuntos seculares. Asimismo quiere ser una respuesta a la deserción de incontables bautizados que abandonan la Iglesia y pasan a otras confesiones religiosas, porque en ella no llegaron a contemplar ni el rostro de Jesús ni el rostro del hombre; tampoco experimentaron el sacramento de comunión, formado por discípulos y misioneros, que es el Pueblo de Dios.

Desde otra perspectiva, es claro que el tema «discípulos de Jesucristo» no encamina hacia un plan pastoral que sea fruto de conclusiones a partir de un análisis reduccionista de la realidad. Su punto de partida es la médula del Evangelio. Fue la contemplación del rostro, de la sabiduría y del poder bondadoso de Jesús lo que convirtió, por la gracia de Dios, a quienes esperaban al Mesías, al Sí del Padre a todas las promesas, en discípulos de Cristo. La V Conferencia General tendrá que buscar su punto de arranque y sus fuentes en Cristo, hacia el cual convergen las esperanzas de los hombres y las mujeres de todos los tiempos, y las esperanzas de los pueblos. Él despierta el anhelo de encontrarlo, él llama como Maestro, Sumo Sacerdote y Buen Pastor, él invita a estar con él, sobre todo en la Eucaristía, y a seguirlo. Así despierta en nosotros el mayor asombro, y nos invita a convertirnos en discípulos suyos, en constructores de la comunión y en misioneros de su Evangelio.

Desde una última perspectiva podemos comparar el núcleo temático propuesto hasta el presente con los anteriores. Las últimas Conferencias Generales del

Episcopado Latinoamericano, celebradas en este pontificado, centraron sus trabajos en grandes temas programáticos, cuales son: «La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina y el Caribe», y «Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana». Recogiendo la gran orientación pastoral que el Santo Padre nos entregó después del Sínodo para la Iglesia en América («*Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América*»), el tema propuesto para la V Conferencia General nos invita a descender hasta llegar al sujeto que se encuentra con el Señor, al cristiano llamado a evangelizar y así a empeñarse en la promoción humana y a gestar una nueva cultura cristiana al inicio de tercer milenio; nos invita a formar ese sujeto cuya vocación es configurarse con Cristo, y así ser misionero y santo. En efecto, el que se encuentra con Jesucristo vivo no queda indiferente ante él, no permanece el mismo de antes. Se convertirá en discípulo suyo: lo amará, lo contemplará, lo escuchará, seguirá sus pasos, hará suyos los proyectos sabios de su corazón, compartirá su misión en medio de las realidades temporales, transformándolas según el plan de Dios, dará lo mejor de sí por cumplirla, perteneciendo siempre a la comunidad de sus discípulos, es decir, a la Iglesia, construyéndola como casa de comunión, y compartiendo cuanto Jesús le entrega en la mesa de la Palabra y del Pan de vida, y le encomienda.

#### E) COMENZANDO EL CAMINO HACIA EL 2007

Pero estamos al comienzo de un largo camino en comunión. Por eso, las etapas previstas son las siguientes:

1. Durante estos meses —hasta abril del presente año— estamos haciendo las consultas necesarias a las

Conferencias Episcopales. Para prepararlas, asumiendo buenas experiencias del pasado, se celebró un encuentro regional en cada una de las cuatro regiones —Centro América y México, el Caribe, Países Bolivarianos, y Países del Cono Sur. Asistieron a cada reunión los Presidentes, los Secretarios Generales y los Delegados al CELAM de los respectivos países, como también los miembros de la Directiva del Consejo episcopal y de la Comisión preparatoria de la V Conferencia General que pertenecen a la correspondiente región.

Los encuentros regionales confirmaron que el tema central que debiera ser presentado al Santo Padre verse sobre la identidad, la formación y la comunidad de los discípulos de Jesucristo, como también su envío misionero y su misión como constructores de la comunión en la Iglesia y la sociedad. Asimismo agregaron nuevos elementos a la visión de la realidad.

2. Actualmente esperamos las aportaciones de las Conferencias Episcopales hasta el 15 de abril. Les hemos enviado seis preguntas, sabiendo que las Asambleas de las Conferencias más numerosas difícilmente van a poder dar respuesta a todas ellas. Les hemos pedido que la Asamblea al menos responda a las primeras, y nombre una comisión a fin de que responda al resto de las demandas por encargo de la Conferencia Episcopal.

Las preguntas son las siguientes:

a) Acerca del tema central. Si la Conferencia Episcopal propone que sea la vocación, la formación, la unidad y la misión de los discípulos de Jesucristo.

b) Otros temas centrales. Si la Conferencia Episcopal desea proponerlos.

c) Seminarios o Congresos. Cuáles son, a juicio de la Conferencia Episcopal, los tres temas que deben

ser materia de un seminario o un congreso preparatorio. (Se está elaborando un estudio bíblico sobre el discipulado, y se prepara un congreso mariológico sobre una acción pastoral coherente con el sustrato mariano de nuestras culturas y con la misión de María como madre y educadora de los discípulos de Jesús. Asimismo el Pontificio Consejo para la Cultura, con la colaboración del CELAM, está trabajando aportaciones para la evangelización de la cultura en Latinoamérica y el Caribe, y el Consejo Pontificio para los Laicos preparará con el CELAM un encuentro de Movimientos eclesiales, para recoger sus experiencias en la formación de discípulos de Jesús y de inserción en el trabajo pastoral de las Iglesias particulares. Recogeremos también los trabajos del Consejo Pontificio para la Familia en Santo Domingo, hace muy pocos años, como otra contribución valiosa para la V Conferencia General).

d) El documento de participación (o consulta). Indicaciones y elementos que propone la Conferencia Episcopal.

e) Nuestra realidad (eclesial y secular). Aportaciones sobre aspectos olvidados, sobre los gérmenes de vida en los cambios culturales, y sobre la “vox Dei” en las voces del tiempo.

f) La preparación de la V Conferencia General. Sugerencias de la Conferencia Episcopal.

3. Con las aportaciones de las Conferencias Episcopales, Dios mediante, podremos dejar en manos del Santo Padre la proposición del tema central durante el mes de abril. Como ha sido dicho, hasta el presente la materia que aparece con más frecuencia, con cierta unanimidad, es *discípulos de Jesucristo*. También se menciona con frecuencia que el discípulo es un artífice de la comunión y un misionero de esperanza. Esperamos

que el Santo Padre pueda entregarnos el tema como él lo apruebe, con ocasión de la próxima Asamblea del CELAM, que tendrá lugar en Lima a partir del día 17 de mayo del presente año.

4. Una vez aprobado el tema por el Santo Padre, con las contribuciones recibidas de las Conferencias Episcopales y con las indicaciones de la Asamblea Ordinaria del CELAM que celebraremos en Lima, elaboraremos el documento de participación (o consulta), que cumplirá una función semejante a los lineamientos de las Asambleas del Sínodo de los Obispos. Dios mediante, las Conferencias Episcopales dispondrán de este documento antes del mes de agosto. Ellas y los Obispos verán la difusión que quieran darle. Esperamos que sean muy numerosas las comunidades cristianas que trabajen con él, porque de su participación activa en esta fase de preparación depende en buena medida la recepción cordial y comprometida del documento conclusivo de la V Conferencia General. Está previsto que esta etapa dure doce meses.

5. Durante esta etapa la Pontificia Comisión para América Latina, con la colaboración del CELAM y de las instancias que ella desee consultar, elaborará el reglamento de la V Conferencia General. También por esos mismos meses tendrán lugar los seminarios o congresos sobre los temas indicados más arriba, en el número 2c. Esperamos publicar sus resultados, de modo que los Obispos los tengan a su alcance y puedan formarse un juicio personal sobre las materias que traten.

6. El documento de síntesis. Así llamaremos al documento preparatorio final, y no «documento de trabajo», porque este último término se ha prestado a interpretaciones erróneas, como si fuera el esbozo del

documento conclusivo. Esperamos que los obispos lo reciban en el mes de octubre de 2006.

7. Celebración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Dios mediante, en Roma en el mes de febrero de 2007.

8. La Asamblea Ordinaria del CELAM que se celebrara en mayo de 2007, podrá encargar a la nueva Presidencia la preparación de una Gran Misión en América Latina y el Caribe, que se prolongaría en las diócesis que así lo quisieran, con los acentos pastorales adecuados a su realidad, como una actividad permanente de una Iglesia que es sacramento de comunión y plenamente misionera, y que irradia su encuentro con el Señor.

Concluyo. La V Conferencia General y la Gran Misión consiguiente serán una fuente de vida, de renovación y de impulso misionero para la Iglesia en América Latina y el Caribe, si son realmente una obra del Espíritu Santo y no un mero quehacer humano, por bien intencionado que sea. Por eso, desde ya los invitamos a implorar el Espíritu de Dios unánimemente, con María la Madre de Jesús.



## **RECOMENDACIONES PASTORALES**



## INTRODUCCIÓN

Jesucristo Nuestro Señor, en la Última Cena, antes de padecer instituyó el sacrificio eucarístico y el sacerdocio ministerial. Al decir «haced esto en memoria mía» (Lc 22,19), ordenó que el sacrificio eucarístico fuera celebrado hasta su venida al final de los tiempos.

La participación en la Misa dominical es distintivo característico del cristiano y una exigencia para alimentar la propia fe y para dar fuerza al testimonio cristiano. Sin la Misa del domingo y de los demás días festivos, faltaría el corazón mismo de la vida cristiana.

Cuando el domingo pierde su significado fundamental de «día del Señor» y se transforma en un simple fin de semana (weekend), es decir un día de pura evasión y diversión, queda el cristiano prisionero de un horizonte terreno tan estrecho que no deja siquiera ver el cielo (cf. *Carta Apostólica «Dies Domini»*, 4). La participación en la Misa dominical es siempre fundamental para vivir la existencia cristiana, y eso vale de modo especial ante los grandes desafíos de hoy.

La Eucaristía dominical es también el manantial del vigor misionero que se fortalece en el encuentro frecuente con Jesús. Es fuente y cumbre de la vida cristiana. América Latina necesita un nuevo impulso misionero que lleve al creyente al encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad, conforme a la gran orientación que nos dejó

el Santo Padre en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*. Por ello, la Pontificia Comisión para América Latina, después de estudiar cómo las Iglesias particulares de los países latinoamericanos celebran y viven el domingo, hace las siguientes recomendaciones pastorales, que presenta a los Obispos diocesanos, a las Conferencias Episcopales de América Latina y del Caribe, a los sacerdotes, diáconos y agentes de pastoral, para que, con renovado vigor, animen la Nueva Evangelización a la que el Papa ha llamado a todos los fieles.

#### RECOMENDACIONES

1. Es necesario reafirmar la centralidad del «Día del Señor» y de la Eucaristía dominical en las distintas comunidades de la diócesis, entre las que destacan las Parroquias (cf. *Concilio Vaticano II, Constitución «Sacrosanctum Concilium»*, 42).

2. En el Misterio de la Eucaristía se refleja la estructura trinitaria de la Economía de la Salvación: de ahí que es necesario enfatizar su dimensión pneumatológica y su articulación con el misterio de la Iglesia.

También es necesario insistir en la dimensión sacrificial de la Celebración Eucarística: ofrenda total, libre, gratuita y amorosa de Jesús al Padre en la Cruz, por nosotros y por nuestra salvación.

3. El Reino de Dios, cuyo germen es la Iglesia, fue el núcleo de la predicación de Jesús, por eso es necesario relacionarlo con la Eucaristía, centro vital y dinámico de ese Reino.

4. La comunidad parroquial es un lugar privilegiado para expresar la comunión eclesial, especialmente cuando se celebra la Misa dominical. Es importante recordar que toda Eucaristía se celebra siempre en comunión con el Obispo diocesano y con el Romano

Pontífice (cf. *Concilio Vaticano II, Constitución «Sacrosanctum Concilium»*, 42; *Decreto «Christus Dominus»*, 30; *JUAN PABLO II, Encíclica «Ecclesia de Eucharistia»*, 39).

5. El lugar donde se celebra la Eucaristía, que normalmente es el templo, debe ser digno y adecuado, con suficiente comodidad para los fieles.

6. Insistir en la dignidad y en el carácter sagrado de las celebraciones, cuidando siempre que se utilicen ornamentos dignos, procurando la presencia de monaguillos y que la música, aun con acompañamientos y ritmos moderados típicos, sea litúrgica y bella, con cantos apropiados para cada momento de la celebración y con letras debidamente aprobadas, de buen contenido teológico y belleza literaria.

7. La Eucaristía debe ser celebrada con la mayor dignidad posible, aun en los lugares más pobres, como son las prisiones, asilos de ancianos, hospitales y otros donde más se sufre.

8. Estudiar, siempre bajo la autoridad del Obispo y de la Santa Sede, la conveniente adaptación de las celebraciones eucarísticas, como las misas con niños, jóvenes y personas de capacidades diferentes, sin que sean siempre separados de la comunidad parroquial.

9. Poner especial atención en la acogida de los fieles: ésta debe ser cordial, para que la comunidad se sienta fraternalmente unida. Se sugiere reflexionar acerca de la posibilidad de implementar un servicio de acogida.

10. Debe fomentarse entre los fieles una participación activa en la Sagrada Eucaristía.

11. El sacerdote y los fieles necesitan profundizar e interiorizar aún más la riqueza y el sentido de la Misa dominical como momento central del «Día del Señor» en el que la comunidad cristiana, presidida por el sacerdote, celebra su fe con ánimo fraterno y soli-

dario, así como recalcar el carácter obligatorio de la participación en la Misa dominical.

12. Motivar a los sacerdotes para que celebren la Eucaristía con reverencia cada vez mayor, y para que en sus posturas y gestos, así como en el modo de pronunciar los textos y oraciones, busquen reflejar la grandeza y el valor del misterio que se realiza.

13. Motivar a los sacerdotes para que no omitan el tiempo de preparación antes de celebrar la Santa Eucaristía, y para que puedan disponer adecuadamente su espíritu a la acción sagrada que van a realizar.

14. Que el sacerdote o diácono que dice la homilía, con una conveniente preparación remota y próxima, procure ser hombre de oración y dé testimonio de aquello que predica.

15. Es conveniente dar importancia a la calidad de la homilía, y motivar el recurso a sus principales fuentes: la Sagrada Escritura, la Tradición de la Iglesia y el Magisterio, sin descuidar al mismo tiempo la aplicación pastoral a la situación concreta de la comunidad.

16. Incluir en la Oración Universal de la Misa y en la adoración al Santísimo Sacramento oraciones por las vocaciones sacerdotales, a fin de que no falten ministros para el servicio espiritual del Pueblo de Dios, y especialmente para la celebración de la Santísima Eucaristía en las diversas comunidades.

17. Cuidar de forma especial la preparación y formación de las personas que colaboran en los diversos servicios litúrgicos, como por ejemplo: acólitos, lectores, ministros de la distribución de la Sagrada Comunión, encargados de presidir las «celebraciones dominicales en espera de sacerdote», guías, cantores, sacristanes, etc.

18. Difundir la *Lectio Divina* como medio para la preparación remota a la Celebración Eucarística y para la formación de los fieles.

19. Es imprescindible dar una catequesis viva y completa sobre el valor y la naturaleza de la Santa Misa, apoyándose especialmente en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Para ello, puede ser muy útil valerse del esquema ternario de la aclamación: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús».
20. Renovar la catequesis de la iniciación cristiana de tal modo que se vea más claramente el vínculo entre los tres sacramentos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.
21. Es preciso motivar la participación frecuente en el Sacramento de la Reconciliación, así como recordar los casos en que constituye un requisito necesario para poder recibir la Eucaristía.
22. Acoger con especial solicitud pastoral a las personas impedidas de participar en la comunión eucarística (uniones irregulares) invitándolas a la oración, a leer y escuchar la Palabra de Dios y a ejercitar la penitencia y la caridad.
23. Incrementar la catequesis sobre la Eucaristía en la familia, con los niños, los jóvenes y especialmente con los adultos.
24. Promover con decisión la participación de la familia: padre, madre e hijos en la Celebración Eucarística dominical, para hacer más significativa la presencia del núcleo familiar.
25. Fomentar las distintas formas de piedad eucarística como: la procesión del *Corpus Christi* y las otras procesiones eucarísticas; la adoración al Santísimo Sacramento, en particular la práctica de la adoración nocturna, cada vez más difundida; las Vísperas con la Bendición del Santísimo; las visitas al Santísimo; las Cuarenta Horas, etc... Todas ellas aumentan el fervor eucarístico y favorecen la asistencia a la Misa dominical.

26. Es necesario valorar la práctica de tantos fieles que asisten a las grandes fiestas y peregrinaciones, y procurar que la Sagrada Eucaristía ocupe en ellas un lugar central, así como aprovechar dichas ocasiones para fomentar una mayor y más viva participación en las misas dominicales.

27. Preparar muy bien las misas televisadas y las transmitidas por radio para aquellos que están impedidos o no están obligados al precepto. Para ello se necesita conocimiento y preparación técnica.

28. Ayudar a tomar conciencia de la gracia y la fuerza misionera que tiene la Eucaristía dominical, a fin de que la participación en ella dé un fuerte impulso al compromiso y a la misión de los cristianos.

29. Incentivar a los miembros de los movimientos y asociaciones eclesiales a participar en la Misa dominical en la parroquia.

30. Que en los trabajos de preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se dé un énfasis especial al «Día del Señor» y a la participación en la Misa dominical como primer compromiso y testimonio del discípulo de Jesucristo.

31. Que el CELAM ofrezca subsidios catequísticos, que sirvan para una mejor comprensión y vivencia de cada momento y de cada signo de la Celebración Eucarística.

32. Recomendar que en las celebraciones dominicales en ausencia del sacerdote se usen algunos signos que indiquen a los fieles que dichas celebraciones no sustituyen la Celebración Eucarística. Se aconseja que sean llamadas «celebración *en espera* del sacerdote».

Ciudad del Vaticano, 21 de enero 2005.

## RECOMENDAÇÕES PASTORAIS



## INTRODUÇÃO

Jesus Cristo, nosso Senhor, na Última Ceia, antes de padecer, instituiu o sacrifício eucarístico e o sacerdócio ministerial. Ao dizer «*façei isto em memória de mim*» (Lc 22,19), ordenou que o sacrifício eucarístico fosse celebrado até a sua vinda, no final dos tempos.

A participação na Missa dominical é distintivo característico do cristão e uma exigência para alimentar a própria fé e para dar força ao testemunho cristão. Sem a Missa do domingo e dos outros dias de festa, faltaria o coração mesmo da vida cristã.

Quando o domingo perde o seu significado fundamental de *dia do Senhor* e se transforma num simples fim de semana (weekend), ou seja um dia de pura evasão e diversão, o cristão fica prisioneiro de um horizonte terreno tão restrito, que não mais lhe permite ver o céu (cf. Carta Apostólica *Dies Domini*, 4). A participação na Missa dominical é sempre fundamental para a vivência cristã, e isso vale de modo especial ante os grandes desafios do mundo de hoje.

A Eucaristia dominical é também o manancial do vigor missionário que se fortalece no encontro freqüente com Jesus. É fonte e meta da vida cristã. A América Latina precisa de um novo impulso missionário que leve o fiel ao encontro de Jesus Cristo vivo, caminho de conversão, de comunhão e de solidariedade, conforme a importante orientação que nos deixou o Santo Padre na Exortação Apostólica *Ecclesia in America*. Por isso, a Pontifícia Comissão para a América Latina, de-

pois de estudar a maneira como as Igrejas particulares dos países latino-americanos celebram e vivem o domingo, faz as seguintes recomendações pastorais, que apresenta aos Bispos diocesanos, às Conferências Episcopais da América Latina e do Caribe, aos sacerdotes, diáconos e agentes de pastoral, para que, com vigor renovado, animem a Nova Evangelização à qual o Papa chamou todos os fiéis.

#### RECOMENDAÇÕES

1. É necessário reafirmar a centralidade do «Dia do Senhor» e da Eucaristia dominical nas distintas comunidades das dioceses, entre as quais se destacam as Paróquias (cf. Concílio Vaticano II, Constituição *Sacrosanctum Concilium*, 42).

2. No Mistério da Eucaristia reflete-se a estrutura trinitária da Economia da Salvação; por isso é necessário enfatizar a sua dimensão pneumatológica e a sua articulação com o mistério da Igreja.

Também é necessário insistir na dimensão sacrificial da Celebração Eucarística: oferenda total, livre, gratuita e amorosa de Jesus ao Pai na Cruz, por nós e pela nossa salvação.

3. O Reino de Deus, cujo germe é a Igreja, foi o núcleo da pregação de Jesus; por isso é necessário relacioná-lo com a Eucaristia, centro vital e dinâmico desse Reino.

4. A comunidade paroquial é um lugar privilegiado para expressar a comunhão eclesial, especialmente quando se celebra a Missa dominical. É importante lembrar que toda Eucaristia se celebra sempre em comunhão com o Bispo diocesano e com o Romano Pontífice (cf. Concílio Vaticano II, Constituição *Sacrosanctum Concilium*, 42; Decreto *Christus Dominus*, 30; JOÃO PAULO II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 39).

5. O lugar onde se celebra a Eucaristia — normalmente o templo — deve ser digno e adequado, com suficiente comodidade para os fiéis.
6. Insistir na dignidade e no caráter sagrado das celebrações, cuidando sempre para que se utilizem ornamentos dignos, buscando a presença de coroinhas, e que a música, ainda que com acompanhamentos e ritmos moderados típicos, seja litúrgica e bonita, com cantos apropriados a cada momento da celebração e com letras devidamente aprovadas, de bom conteúdo teológico e beleza literária.
7. A Eucaristia deve ser celebrada com a maior dignidade possível, mesmo nos lugares mais pobres, como são as prisões, asilos de idosos, hospitais e outros onde mais se sofre.
8. Estudar, seguindo sempre as orientações do Bispo e da Santa Sé, a conveniente adaptação das celebrações eucarísticas — como as missas das crianças, dos jovens e de pessoas com necessidades especiais —, cuidando para que não sejam dissociadas da comunidade paroquial.
9. Destinar especial atenção à acolhida aos fiéis, a qual deve ser cordial, para que a comunidade se sinta fraternalmente unida. Sugere-se refletir sobre a possibilidade de implementar um serviço de acolhida.
10. Deve-se fomentar entre os fiéis uma participação ativa na Sagrada Eucaristia.
11. O sacerdote e os fiéis precisam aprofundar e interiorizar ainda mais a riqueza e o sentido da Missa dominical como momento central do *Dia do Senhor*, no qual a comunidade cristã, presidida pelo sacerdote, celebra a sua fé com ânimo fraterno e solidário. Deve-se realçar também o caráter obrigatório da participação na Missa dominical.
12. Motivar os sacerdotes para que celebrem a Eucaristia com reverência cada vez maior e para que, nas

suas posturas e gestos, bem como no modo de pronunciar os textos e orações, busquem refletir a grandeza e o valor do mistério que se realiza.

13. Motivar os sacerdotes para que não omitam o tempo de preparação antes da celebração da Santa Eucaristia, para que possam dispor adequadamente o seu espírito para a ação sagrada que irão realizar.

14. Que o sacerdote ou diácono que profere a homilia, o faça com uma conveniente preparação remota e próxima, e que dê testemunho daquilo que anuncia, buscando sempre ser uma pessoa de oração.

15. É conveniente dar importância à qualidade da homilia e incentivar a consulta às suas principais fontes: a Sagrada Escritura, a Tradição e o Magistério da Igreja, sem descuidar, ao mesmo tempo, da sua aplicação pastoral à situação concreta da comunidade.

16. Incluir na Oração Universal da Missa e na adoração ao Santíssimo Sacramento orações pelas vocações sacerdotais, para que não falem ministros para o serviço espiritual do Povo de Deus e, especialmente, para a celebração da Santíssima Eucaristia nas diversas comunidades.

17. Cuidar de forma especial da preparação e da formação das pessoas que colaboram nos diversos serviços litúrgicos, como, por exemplo: acólitos, leitores, ministros extraordinários da distribuição da Eucaristia, encarregados de presidir as «celebrações dominicais na espera do sacerdote», comentaristas, cantores, sacristãos, etc.

18. Difundir a *Lectio Divina* como meio para a preparação remota à Celebração Eucarística e para a formação dos fiéis.

19. É imprescindível dar uma catequese viva e completa sobre o valor e a natureza da Santa Missa, apoiando-se especialmente na Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Para isso, pode ser muito útil aproveitar o esquema ternário da aclamação: «*Anunciamos, Senhor, a*

*vossa morte, proclamamos a vossa ressurreição. Vinde, Senhor Jesus!».*

20. Renovar a catequese da iniciação cristã, de tal modo que se veja mais claramente o vínculo entre os três sacramentos: Batismo, Confirmação e Eucaristia.

21. É preciso motivar a participação freqüente no sacramento da Reconciliação, lembrando os casos nos quais é um requisito necessário para receber a Eucaristia.

22. Acolher, com especial solicitude pastoral, as pessoas impedidas de participar da Comunhão Eucarística (uniões irregulares) convidando-as às orações, à leitura e à escuta da Palavra de Deus e a exercitar a penitência e a caridade.

23. Incrementar, nas famílias, com as crianças, os jovens e especialmente com os adultos, a catequese sobre a Eucaristia.

24. Promover com entusiasmo a participação da família — pai, mãe e filhos — na Celebração Eucarística dominical, valorizando a presença do núcleo familiar.

25. Fomentar as diferentes formas de piedade eucarística como: a procissão de *Corpus Christi* e as outras procissões eucarísticas; a adoração ao Santíssimo Sacramento, particularmente a prática da adoração noturna, cada vez mais difundida; a oração das Vésperas, seguida da Bênção do Santíssimo; as visitas ao Santíssimo; a devoção das Quarenta Horas etc. Todas elas aumentam o fervor eucarístico e favorecem a participação na Missa dominical.

26. É necessário valorizar a participação de um grande número de pessoas em peregrinações, romarias e festas religiosas, fazendo com que a Sagrada Eucaristia tenha nessas atividades um lugar central. Essas ocasiões deverão ser aproveitadas para fomentar

uma maior e mais viva participação dos fiéis nas missas dominicais.

27. Preparar muito bem as missas televisivas e as transmitidas por rádio para aqueles que estão impedidos ou não estão obrigados ao preceito. Para isso se necessita conhecimento e preparação técnica.

28. Ajudar a tomar consciência da graça e da força missionária que tem a Eucaristia dominical, para que a participação nela dê um forte impulso ao compromisso e à missão dos cristãos.

29. Incentivar os membros dos movimentos e associações eclesiais a participarem da Missa dominical na sua paróquia.

30. Que, nos trabalhos de preparação da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano, dê-se uma ênfase especial ao *Dia do Senhor* e à participação na Missa dominical, como primeiro compromisso e testemunho do discípulo de Jesus Cristo.

31. Que o CELAM ofereça subsídios de catequese que sirvam para uma melhor compreensão e vivência de cada momento e de cada sinal da Celebração Eucarística.

32. Recomendar que nas celebrações dominicais em ausência do sacerdote se usem alguns sinais que indiquem aos fiéis que tais celebrações não substituem a Celebração Eucarística. Aconselha-se que sejam chamadas «celebração *na espera* do sacerdote».

Cidade do Vaticano, 21 de janeiro de 2005

PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA  
REUNIÓN PLENARIA

**PARTICIPANTES**

**Presidente**

Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE  
*Prefecto de la Congregación para los Obispos*

**Vicepresidente**

Monseñor LUIS ROBLES DÍAZ  
*Arzobispo Titular de Stefaniaco*

**Consejeros**

1. Cardenal Joseph RATZINGER, *Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.*
2. Cardenal Alfonso LÓPEZ TRUJILLO, *Presidente del Pontificio Consejo para la Familia.*
3. Cardenal Nicolás de Jesús LÓPEZ RODRÍGUEZ, *Arzobispo de Santo Domingo, República Dominicana.*
4. Cardenal Jaime Lucas ORTEGA Y ALAMINO, *Arzobispo de San Cristóbal de La Habana, Cuba.*
5. Cardenal Juan SANDOVAL ÍÑIGUEZ, *Arzobispo de Guadalajara, México.*
6. Cardenal Antonio José GONZÁLEZ ZUMÁRRAGA, *Arzobispo Emérito de Quito, Ecuador.*
7. Cardenal Francisco Javier ERRÁZURIZ OSSA, *Arzobispo de Santiago de Chile, Chile.*
8. Cardenal Julio TERRAZAS SANDOVAL, C.S.S.R., *Arzobispo de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.*
9. Cardenal Óscar Andrés RODRÍGUEZ MARADIAGA, S.D.B., *Arzobispo de Tegucigalpa, Honduras.*

10. Cardenal Juan Luis CIPRIANI THORNE, *Arzobispo de Lima*, Perú.
11. Cardenal Jorge Mario BERGOGLIO, S.I., *Arzobispo de Buenos Aires*, Argentina.
12. Cardenal Eusébio Oscar SCHEID, S.C.I., *Arzobispo de São Sebastião do Rio de Janeiro*, Brasil.
13. Cardenal Marc OUELLET, P.S.S., *Arzobispo de Québec*, Canadá.
14. Cardenal Jorge Arturo MEDINA ESTÉVEZ, *Prefecto Emérito de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*.
15. Cardenal Darío CASTRILLÓN HOYOS, *Prefecto de la Congregación para el Clero*.
16. Cardenal Crescenzo SEPE, *Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos*.
17. Monseñor Leonardo SANDRI, *Arzobispo Titular de Cittanova, Sustituto de la Secretaría de Estado para los Asuntos Generales*.
18. Monseñor Joseph Serge MIOT, *Arzobispo Coadjutor y Administrador Apostólico «sede plena» de Port-Au-Prince*, Haití.
19. Monseñor Edmundo ABASTOFLOR MONTERO, *Arzobispo de La Paz*, Bolivia.
20. Monseñor Nicolás COTUGNO FANIZZI, S.D.B., *Arzobispo de Montevideo*, Uruguay.
21. Monseñor Jorge JIMÉNEZ CARVAJAL, C.I.M., *Arzobispo Coadjutor de Cartagena*, Colombia.

### **Miembros**

1. Cardenal Norberto RIVERA CARRERA, *Arzobispo de México*, México.
2. Cardenal Carlos AMIGO VALLEJO, O.F.M., *Arzobispo de Sevilla*, España.
3. Cardenal Rodolfo QUEZADA TORUÑO, *Arzobispo de Guatemala*, Guatemala.

4. Monseñor Michael Louis FITZGERALD, M. Afr., *Arzobispo Titular de Nepte, Presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Inter-religioso.*
5. Monseñor Stanislaw RYLKO, *Obispo Titular de Novica, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos.*
6. Monseñor Francesco MONTERISI, *Arzobispo Titular de Alba Marittima, Secretario de la Congregación para los Obispos.*
7. Monseñor Nikola ETEROVIĆ, *Arzobispo Titular de Sisak, Secretario General del Sínodo para los Obispos.*
8. Monseñor José Dimas CEDEÑO DELGADO, *Arzobispo de Panamá, Panamá.*
9. Monseñor Fernando SáENZ LACALLE, *Arzobispo de San Salvador, El Salvador.*
10. Monseñor Héctor Miguel CABREJOS VIDARTE, *Arzobispo de Trujillo, Perú.*
11. Monseñor Thomas VOSE DAILY, *Obispo Emérito de Brooklyn, Estados Unidos de América.*
12. Monseñor Franz GRAVE, *Obispo Titular de Tingaria y Auxiliar de Essen, Presidente de la Obra Episcopal «Adveniat», Alemania.*
13. Monseñor José Guadalupe MARTÍN RÁBAGO, *Obispo de León, México.*

#### **Invitados**

1. Cardenal Pedro RUBIANO SAÉNZ, *Arzobispo de Bogotá, Colombia.*
2. Cardenal Geraldo MAJELLA AGNELO, *Arzobispo de São Salvador da Bahia, Brasil.*
3. Mons. Andrés STANOVNIK, O.F.M. Cap., *Obispo de Reconquista, Argentina.*



## ÍNDICE

Presentación . . . . .	5
Apresentação . . . . .	6
Programa . . . . .	7
Discurso del Santo Padre a los participantes en la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina . . . . .	11
Saludo del Cardenal Giovanni Battista, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, al Santo Padre Juan Pablo II . . . . .	17
Homilía en la Concelebración Eucarística realizada en la Cripta de la Patriarcal Basílica de San Pedro. Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE, <i>Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina</i> . . . . .	21
Saludo del Presidente a los participantes, al inicio de la Reunión Plenaria . . . . .	29
Relación informativa. S.E.R. Mons. LUIS ROBLES DÍAZ, <i>Arzobispo tit. de Stefaniaco, Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina</i> . . . . .	39

### Intervenciones

Panorama de la celebración del Domingo en América Latina: Análisis de la situación. S.E.R. Mons. ANDRÉS STANOVNIK, O.F.M. Cap., <i>Obispo de Reconquista y Secretario Generale del CELAM</i> . . . . .	51
Enseñanzas pontificias sobre la Eucaristía y la Misa dominical. S.E.R. Cardenal JOSEPH RATZINGER, <i>Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe</i> . . . . .	105
Significado e importancia de la observancia del precepto dominical. S.E.R. Cardenal PEDRO RUBIANO SAÉNZ, <i>Arzobispo de Bogotá</i> . . . . .	123
El domingo: momento de encuentro de la comunidad y centro de la vida cristiana. S.E.R. Cardenal	

RODOLFO QUEZADA TORUÑO, <i>Arzobispo de Guatemala</i> . . . . .	139
Preparación de la Misa dominical. S.E.R. Cardenal NORBERTO RIVERA CARRERA, <i>Arzobispo de México</i> . . . . .	153
La homilía dominical. S.E.R. Cardenal JORGE MARIO BERGOGLIO, S.I., <i>Arzobispo de Buenos Aires</i> .	165
Recursos pastorales para la Misa dominical. S.E.R. Cardenal GERALDO MAJELLA AGNELO, <i>Arzobispo de São Salvador da Babía</i> . . . . .	185
La asistencia a la Misa dominical en América Latina. S.E.R. Mons. LEONARDO SANDRI, <i>Arzobispo tit. de Cittanova, Sustrituto de la Secretaria de Estado de Su Santidad</i> . . . . .	193
La preparación de la V Conferencia General del episcopado latinoamericano y del Caribe. S.E.R. Cardenal FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ OSSA, <i>Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM</i> . . . . .	215
Recomendaciones Pastorales . . . . .	247
Recomendações Pastorais . . . . .	255
Participantes . . . . .	263



TIPOGRAFÍA VATICANA